OBRAS

Dramáticas y Líricas

DE

D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

NUEVA EDICION,

adornada de 9 hermosas láminas.

TRADUCCIONES DRAMATICAS.

TOMO IV.

BARCELONA:

POR ANTONIO Y FRANCISCO OLIVA,

CALLE DE LA PLATERIA.

1834.

BIBLIOTHEQUE IBERIQUE UNIVERSITE TOULOUSE

Res Esp T 528 (4)

OBRAS
DE MORATIN.

RBN 1301926778

Esp
Res T.528
(4)

OBRAS

Dramáticas y Líricas

DE

D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

BIBLIOTHEQVE IBERIQVE VNIVERSITE TOLOSE

NUEVA EDICION.

TRADUCCIONES DRAMATICAS.

TOMO IV.

BARCELONA:

POR ANTONIO Y FRANCISCO OLIVA,

CALLE DE LA PLATERIA.

1834.

OBRAS

Dramáticas y Líricas

DE

D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

NUEVA EDICION.

TRADICIONES DRAMÁTICAS.

TOMO IV.

BARCELONA:

POR ANTONIO Y FRANCISCO OLIVA,

CALLE DE LA PLATERIA.

1834.

BIBLIOTECA DE CATALUNYA

HAMLET.

TRAGEDIA.

Si non errasset, fecerat ille minus.

MARTIALIS EPIGR. LIB. I.

ADVERTENCIA.

La presente tragedia es una de las mejores de Guillermo Shakespeare, y la que con mas frecuencia y aplauso público se representa en los teatros de Inglaterra. Las bellezas admirables que en ella se advierten, y los defectos que manchan y oscurecen sus perfecciones, forman un todo estraordinario y monstruoso, compuesto de partes tan diferentes entre sí por su calidad y su mérito, que difícilmente se hallarán reunidas en otra composicion dramática de aquel autor ni de aquel teatro; y por consecuencia, ninguna otra hubiera sido mas á propósito para dar entre nosotros una idea del mérito poético de Shakespeare, y del gusto que reina todavía en los espectáculos de aquella nacion.

En esta obra se verá una accion grande, interesante, trágica, que desde las primeras escenas se anuncia y prepara por medios maravillosos, capaces de acalorar la fantasía y llenar el ánimo de conmo-

cion y de terror. Unas veces procede la fábula con paso animado y rápido, y otras se debilita por medio de accidentes inoportunos y episodios mal preparados é inútiles, indignos de mezclarse entre los grandes intereses y afectos que en ella se presentan. Vuelve tal vez á levantarse, y adquiere toda la agitacion y movimiento trágico que la convienen, para caer despues y mudar repentinamente de carácter, haciendo que aquellas pasiones terribles, dignas del coturno de Sófocles, cesen y den lugar á los diálogos mas groseros, capaces solo de escitar la risa del vulgo. Llega el desenlace, donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata, amontonando circunstancias inverisímiles que destruyen toda ilusion, y ya desnudo el puñal de Melpómene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interés y hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulacion, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se confunde en igual destrozo.

Tal es en compendio la tragedia de *Hamlet*, y tal era el carácter dramático de Shakespeare. Si el traductor ha sabido desempeñar la obligacion que se impuso de presentarle como es en sí, no añadiéndole defectos, ni disimulando los que halló en su obra, los inteligentes deberán juzgarlo. Baste decir,

que para traducirla bien, no es suficiente poseer el idioma en que se escribió, ni conocer la alteracion que en él ha causado el espacio de dos siglos, sin identificarse con la índole poética del autor, seguirle en sus raptos, precipitarse con él en sus caidas, adivinar sus misterios, dar á las voces y frases arbitrariamente combinadas por él la misma fuerza y espresion que él quiso que tuvieran, y hacer hablar en castizo español á un estrangero, cuyo estilo, unas veces fácil y suave, otras enérgico y sublime, otras desaliñado y torpe, otras oscuro, ampuloso y redundante, no parece produccion de una misma pluma; á un escritor, en fin, que ha fatigado el estudio de muchos literatos de su nacion, empeñados en ilustrar y esplicar sus obras; lo cual, en opinion de ellos mismos, no se ha logrado todavía como era menester.

Si estas consideraciones deberian haber contenido al traductor y hacerle desistir de una empresa tan superior á su talento, le animó por otra parte el deseo de presentar al público español una de las mejores piezas del mas celebrado trágico inglés, viendo que entre nosotros no se tiene todavía la menor idea de los espectáculos dramáticos de aquella nacion ni del mérito de sus autores. Otros quizás le seguirán en esta empresa, y fácilmente podrán oscurecer sus primeros ensayos; pero entretanto no desconfia de que sus defectos hallarán alguna indulgencia de parte de aquellos en quienes

se reunan los conocimientos y el estudio necesarios para juzgarle.

Ni halló tampoco en las traducciones que los estrangeros han hecho de esta tragedia, el auxilio que debió esperar. Mr. Laplace imprimió en francés una traduccion de las obras de Shakespeare, que á pesar de sus defectos no dejó de merecer aceptacion; hasta que Mr. Letourneur publicó la suya, que es sin duda muy superior á la primera. Este literato poseia perfectamente el idioma inglés, y hallándose con toda la inteligencia que era menester para entender el original, pudiera haber hecho una traduccion fiel y perfecta; pero no quiso hacerlo.

Habia en su tiempo en Francia dos partidos muy poderosos, que mantenian guerra literaria y dividian las opiniones de la multitud. Voltaire, apasionado del gran mérito de Racine, profesaba su escuela; se esforzó cuanto pudo por imitarle en las muchas obras que dió al teatro, y este ilustre ejemplo arrastró á muchos poetas que se llamaron Racinistas. El partido opuesto, aunque no tenia á su frente tan temible caudillo, se componia no obstante de literatos de mucho mérito, que prefiriendo lo natural á lo conveniente, lo maravilloso á lo posible, la fortaleza á la hermosura, los raptos de la fantasía á los movimientos del corazon, y el ingenio al arte; admirando los aciertos de Corneille, se desentendian de sus errores, é indicaban como segura y única la senda por donde aquel insigne

poeta subió á la inmortalidad. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. La multitud de papeles que diariamente se esparcian por el público, ridiculizando la secta Racinista y apurando para ello cuantas sutilezas sugiere el ingenio y cuantos medios buscan la desesperacion y la envidia, si por un momento escitaban la risa de los lectores, caian despues en oscuridad y desprecio cuando aparecia en la escena francesa la *Fedra*, la *Ifigenia*, el *Bruto* ó el *Mahomet*. Entonces se publicó la traduccion de Letourneur, impresa por suscripcion, dedicada al Rey de Francia, y sostenida por el partido numeroso de aquellos á quienes la reputacion de Voltaire atropellaba y ofendia. Tratóse pues de exaltar el mérito de Shakespeare, y de presentarle á la Europa culta como el único talento dramático digno de su admiracion, y capaz de disputar la corona á los Euripides y Sófocles. Así pensaron abatir el orgullo del moderno trágico francés, y vencerle con armas auxiliares y estrangeras, sin detenerse mucho á considerar cuan poca satisfaccion debia resultarles de una victoria adquirida por tales medios.

Con estos antecedentes, no será difícil adivinar lo que hizo Letourneur en su version de Shakespeare. Reunió en un discurso preliminar y en las notas y observaciones con que ilustró aquellas obras, cuanto creyó ser favorable á su causa, repitiendo las opiniones de los mas apasionados críticos ingleses en elogio de su compatriota, negándose voluntaria-

mente á los buenos principios que dictaron la razon y el arte, y estableciendo una nueva poética, por la cual no solo quedan disculpados los estravíos de su idolatrado autor, sino que todos ellos se erigen en preceptos, recomendándolos como dignos de imitacion y aplauso.

En aquellos pasages en que Shakespeare, felizmente sostenido de su admirable ingenio, espresa con acierto las pasiones y defectos humanos, describe y pinta los objetos de la naturaleza, ó reflexiona melancólico con profunda y sólida filosofía, allí es fiel la traduccion; pero en aquellos en que se olvida de la fábula que finge, del fin que debió en ella proponerse, de la situacion en que pone á sus personages, del carácter que les dió, de lo que dijeron antes, de lo que debe suceder despues, y acalorado por una especie de frenesí no hay desacierto en que no tropiece y caiga, entonces el traductor francés le abandona, y nada omite para disimular su deformidad, suponiendo, alterando, sustituyendo ideas y palabras suyas á las que halló en el original; resultando de aquí una traduccion pérfida, ó por mejor decir, una obra compuesta de pedazos suyos y agenos, que en muchas partes no merece el nombre de traduccion.

Lejos pues de aprovecharse el traductor español de tales versiones, las ha mirado con la desconfianza que debia; y prescindiendo de ellas y de las mal fundadas opiniones de los que han querido mejo-

rar á Shakespeare con el pretesto de interpretarle, ha formado su traduccion sobre el original mismo, coincidiendo por necesidad con los traductores franceses cuando los halló exactos, y apartándose de ellos cuando no lo son, como podrá conocerlo fácilmente cualquiera que se tome la molestia de cotejarlos.

Esto es solo cuanto quiere advertir acerca de su traduccion. Las notas que acompañan á la tragedia son obra suya; y á escepcion de una ú otra especie que ha tomado de los comentadores ingleses (segun lo advierte en su lugar), todo lo demas, como cosa propia, lo abandona al exámen de los críticos inteligentes.

Si se ha equivocado en su modo de juzgar, ó por malos principios ó por falta de sensibilidad, de buen gusto ó de reflexion, no será inútil impugnarle; que harto es necesario agitar cuestiones literarias relativas á esta materia, para dar á nuestros buenos ingenios ocupacion digna, si se atiende al estado lastimoso en que yace el estudio de las letras humanas, los pocos alumnos que hoy cuenta la buena poesía, y el merecido abandono y descrédito en que van cayendo las producciones modernas del teatro.

PERSONAS.

CLAUDIO, Rey
GERTRUDIS, Reina } *de Dinamarca.*
HAMLET, Príncipe
FORTIMBRAS, Príncipe de Noruega.
La sombra del Rey HAMLET.
POLONIO, Sumiller de Corps.
OFELIA, hija
LAERTES, hijo } *de Polonio.*
HORACIO, amigo de Hamlet.
VOLTIMAN
CORNELIO
RICARDO *Cortesanos.*
GUILLERMO
ENRIQUE
MARCELO
BERNARDO *Soldados.*
FRANCISCO
REYNALDO, criado de Polonio.
DOS EMBAJADORES de Inglaterra.
UN CURA.
UN CABALLERO.
UN CAPITAN.
UN GUARDIA.
UN CRIADO.
DOS MARINEROS.
DOS SEPULTUREROS.
CUATRO CÓMICOS.

Acompañamiento de Grandes, Caballeros, Damas, Soldados, Curas, Cómicos, Criados, etc.

La escena se representa en el palacio y ciudad de Elsingór, en sus cercanías, y en las fronteras de Dinamarca.

B. Planella d. Amills g.

Hamlet.

HAMLET. (1)

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Esplanada delante del palacio real de Elsingór. Noche obscura.

FRANCISCO. BERNARDO.

(*Francisco estará paseándose haciendo centinela. Bernardo se va acercando hácia él. Estos personages y los de la escena siguiente estarán armados con espada y lanza.*)

BERNARDO.

¿Quién está ahí?

FRANCISCO.

No: respóndame él á mí. Deténgase y diga quién es.

BERNARDO.

Viva el Rey.

FRANCISCO.

¿Es Bernardo?

BERNARDO.

El mismo.

FRANCISCO.

Tú eres el mas puntual en venir á la hora.

BERNARDO.

Las doce han dado ya: bien puedes ir á recogerte.

FRANCISCO.

Te doy mil gracias por la mudanza. Hace un frio que penetra, y yo estoy delicado del pecho.

BERNARDO.

¿Has hecho tu guardia tranquilamente?

FRANCISCO.

Ni un raton se ha movido. (2)

BERNARDO.

Muy bien. Buenas noches. Si encuentras á Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, diles que vengan presto.

FRANCISCO.

Me parece que los oigo. Alto ahí. ¡Eh! ¿Quién va?

ESCENA II.

HORACIO. MARCELO Y DICHOS.

HORACIO.

Amigos de este pais.

MARCELO.

Y fieles vasallos del Rey de Dinamarca.

FRANCISCO.

Buenas noches.

MARCELO.

¡Oh honrado soldado! Pásalo bien. ¿Quién te relevó de la centinela?

FRANCISCO.

Bernardo, que queda en mi lugar. Buenas noches.

(Vase Francisco: Marcelo y Horacio se acercan adonde está Bernardo haciendo centinela.)

MARCELO.

¡Hola, Bernardo!

BERNARDO.

¿Quién está ahí? ¿Es Horacio?

HORACIO.

Un pedazo de él.

BERNARDO.

Bien venido, Horacio: Marcelo, bien venido.

MARCELO.

¿Y qué, se ha vuelto á aparecer aquella cosa esta noche?

BERNARDO.

Yo nada he visto.

MARCELO.

Horacio dice que es aprension nuestra, y nada quiere creer de cuanto le he dicho acerca de esa espantosa fantasma que hemos visto ya en dos ocasiones. Por eso le he rogado que se venga á la guardia con nosotros, para que si esta noche vuelve el aparecido, pueda dar crédito á nuestros ojos, y le hable si quiere.

HORACIO.

¡Qué! No, no vendrá.

BERNARDO.

Sentémonos un rato, y deja que asaltemos de nuevo tus oidos con el suceso que tanto repugnan oir, y que en dos noches seguidas hemos ya presenciado nosotros.

HORACIO.

Muy bien: sentémonos, y oigamos lo que Bernardo nos cuente. *(Siéntanse los tres.)*

BERNARDO.

La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del polo habia hecho ya su carrera para iluminar aquel espacio del cielo donde ahora resplandece, Marcelo y yo, á tiempo que el relox daba la una.

MARCELO.

Chit. Calla: mírale (3) por donde viene otra vez.

(Se aparece á un extremo del teatro la sombra del Rey Hamlet armado de todas armas, con manto real, yelmo en la cabeza, y la visera alzada. Los soldados y Horacio se levantan despavoridos.)

BERNARDO.

Con la misma figura que tenia el difunto Rey.

MARCELO.

Horacio, tú que eres hombre de estudios, háblale.

BERNARDO.

¿No se parece todo al Rey? Mírale, Horacio.

HORACIO.

Muy parecido es.... Su vista me conturba con miedo y asombro.

BERNARDO.

Querrá que le hablen.

MARCELO.

Háblale, Horacio.

HORACIO.

(*Horacio se encamina hácia donde está la sombra.*)

¿Quien eres tú, que así usurpas este tiempo á la noche, y esa presencia noble y guerrera que tuvo un dia la magestad del soberano dinamarqués, que yace en el sepulcro? Habla: por el cielo te lo pido.

(*Vase la sombra á paso lento.*)

MARCELO.

Parece que está irritado.

BERNARDO.

¿Ves? se vá, como despreciándonos.

HORACIO.

Detente, habla. Yo te lo mando. Habla.

MARCELO.

Ya se fué. No quiere respondernos.

BERNARDO.

¿Qué tal, Horacio? Tú tiemblas y has perdido el color. ¿No es esto algo mas que aprension? ¿Qué te parece?

HORACIO.

Por Dios que nunca lo hubiera creido sin la sensible y cierta demostracion de mis propios ojos.

MARCELO.

¿No es enteramente parecido al Rey?

HORACIO.

Como tú á tí mismo. Y tal era el arnés de que iba ceñido cuando peleó con el ambicioso Rey de Noruega, y así le ví arrugar ceñudo la frente cuando en una altercacion colérica hizo

caer al de Polonia sobre el hielo, de un solo golpe.... ¡Extraña aparicion es esta!

MARCELO.

Pues de esa manera, y á esta misma hora de la noche, se ha paseado dos veces con ademan guerrero delante de nuestra guardia.

HORACIO.

Yo no comprendo el fin particular con que esto sucede; pero en mi ruda manera de pensar, pronostica alguna extraordinaria mudanza á nuestra nacion.

MARCELO.

Ahora bien, sentémonos (*Siéntanse.*): y decidme, cualquiera de vosotros que lo sepa, ¿por qué fatigan todas las noches á los vasallos con estas guardias tan penosas y vigilantes? ¿Para qué es esta fundicion de cañones de bronce y este acopio extrangero de máquinas

de guerra? ¿A qué fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados á un afan molesto, que no distingue el domingo de lo restante de la semana? ¿Qué causas puede haber para que sudando el trabajador apresurado junte las noches á los dias? ¿Quién de vosotros podrá decírmelo?

HORACIO.

Yo te lo diré, ó á lo menos los rumores que sobre esto corren. Nuestro (4) último Rey (cuya imágen acaba de aparecérsenos) fué provocado á combate, como ya sabeis, por Fortimbrás (5), de Noruega, estimulado éste de la mas orgullosa emulacion. En aquel desafío, nuestro valeroso Hamlet (que tal renombre alcanzó en la parte del mundo que nos es conocida) mató á Fortimbrás, el cual por un contrato sellado y ratificado segun el fuero de las armas, cedia al vencedor (dado caso

que muriese en la pelea) todos aquellos paises que estaban bajo su dominio. Nuestro Rey se obligó tambien á cederle una porcion equivalente, que hubiera pasado á manos de Fortimbrás, como herencia suya, si hubiese vencido; así como, en virtud de aquel convenio y de los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora el jóven Fortimbrás, de un carácter fogoso, falto de experiencia y lleno de presuncion, ha ido recogiendo de aquí y de allí por las fronteras de Noruega una turba de gente resuelta y perdida, á quien la necesidad de comer determina á intentar empresas que piden valor; y segun claramente vemos, su fin no es otro que el de recobrar con violencia y á fuerza de armas los mencionados paises que perdió su padre. Este es, en mi dictámen el motivo principal de nuestras prevenciones, el de

BIBLIOTHEQUE IBERIQUE

esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitacion y movimiento en que toda la nacion está.

BERNARDO.

Si no es esa, yo no alcanzo cuál puede ser.... Y en parte lo confirma la vision espantosa que se ha presentado armada en nuestro puesto con la figura misma del Rey que fué y es todavía el autor de estas guerras.

HORACIO.

Es por cierto una mota que turba los ojos del entendimiento. En la época (6) mas gloriosa y feliz de Roma, poco antes que el poderoso Cesar cayese, quedaron vacíos los sepulcros, y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad gimiendo en voz confusa; las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celajes funestos, y el húmedo pla-

neta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno, padeció eclipse, como si el fin del mundo hubiese llegado. Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursores que avisan los futuros destinos: el cielo y la tierra juntos los han manifestado á nuestro pais y á nuestra gente.... Pero.... silencio.... ¿Veis?.... Allí.... Otra vez vuelve.... *(Vuelve á salir la sombra por otro lado. Se levantan los tres y echan mano á las lanzas. Horacio se encamina hácia la sombra: y los otros dos siguen detrás.)* Aunque el terror me hiela, yo le quiero salir al encuentro. Detente, fantasma. Si puedes articular sonidos, si tienes voz, háblame. Si allá donde estás puedes recibir algun beneficio para tu descanso y mi perdon, háblame. Si sabes los hados que amenazan á tu pais, los cuales felizmente previstos puedan evitarse, ¡ay! habla... O si acaso durante tu vida acumulaste en las entrañas de la tierra mal habi-

dos tesoros, por lo que se dice que vosotros, infelices espíritus, despues de la muerte vagais inquietos, declaralo.... Detente y habla.... Marcelo, detenle....

(Canta un gallo á lo lejos, y empieza á retirarse la sombra: los soldados quieren detenerla haciendo uso de las lanzas; pero la sombra los evita y desparece con prontitud.)

MARCELO.

¿Le daré con mi lanza?

HORACIO.

Sí, hiérele, si no quiere detenerse.

BERNARDO.

Aquí está.

HORACIO.

Aquí.

MARCELO.

Se ha ido. Nosotros le ofendemos, siendo él un soberano, en hacer demostraciones de violencia. Bien que, segun parece, es invulnerable como el

aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.

BERNARDO.

Él iba ya á hablar cuando el gallo cantó. (7)

HORACIO.

Es verdad, y al punto se estremeció como el delincuente apremiado con terrible precepto. Yo he oido decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace dispertar al Dios del dia con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo extraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro; y la fantasma que hemos visto acaba de confirmar la certeza de esta opinion.

(*Empieza á iluminarse lentamente el teatro.*)

MARCELO.

En efecto desapareció al cantar el gallo. Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el

nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningun espíritu se atreve á salir de su morada: las noches son saludables, ningun planeta influye siniestramente, ningun maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos: ¡tan sagrados son y tan felices aquellos dias!

HORACIO.

Yo tambien lo tengo entendido así, y en parte lo creo. Pero ved como ya la mañana, cubierta con la rosada túnica, viene pisando el rocío de aquel alto monte oriental. Demos fin á la guardia, y soy de opinion que digamos al jóven Hamlet lo que hemos visto esta noche: porque yo os prometo que este espíritu hablará con él, aunque ha sido para nosotros mudo. ¿No os parece que le demos esta noticia,

indispensable en nuestro zelo y tan propia de nuestra obligacion?

MARCELO.

Sí, sí, hagámoslo. Yo sé en dónde le hallaremos esta mañana con mas seguridad.

ESCENA III.

Salon de palacio.

CLAUDIO. GERTRUDIS. HAMLET. POLONIO. LAERTES. VOLTIMAN. CORNELIO. CABALLEROS. DAMAS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía tan reciente en nuestra memoria, que obliga á mantener en tristeza los corazones y á que en todo el reino solo se observe la imágen del dolor; con todo

eso, tanto ha combatido en mí la razon á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. A este fin he recibido por esposa á la que un tiempo fué mi hermana y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nacion; si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las fiestas á la pompa fúnebre, los cánticos de muerte á los epitalamios de himeneo, pesados en igual balanza el placer y la afliccion. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasion ha procedido con absoluta libertad, de lo cual os quedo muy agradecido. Ahora falta deciros, que el jóven Fortimbrás (8), estimándome en poco, ó presumiendo que la reciente muerte de mi querido

hermano habrá producido en el reino trastorno y desunion; fiado en esta soñada superioridad, no ha cesado de importunarme con mensages, pidiéndome le restituya aquellas tierras que perdió su padre y adquirió mi valeroso hermano con todas las formalidades de la ley. Basta ya lo que de él he dicho. Por lo que á mí toca, y en cuanto al objeto que hoy nos reune, veisle aquí. Escribo al rey de Noruega, tio del jóven Fortimbrás, que doliente y postrado en el lecho apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, á fin de que le impida llevarlos adelante, pues tengo ya exactos informes de la gente que levanta contra mí, su calidad, su número y fuerzas. Prudente Cornelio, y tú Voltiman, vosotros saludareis en mi nombre al anciano Rey; aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno

que exceda los límites expresados en estos artículos. (*Les da unas cartas.*) Id con Dios, y espero que manifestareis en vuestra diligencia el zelo de servirme.

VOLTIMAN.

En esta y cualquiera otra comision os daremos pruebas de nuestro respeto.

CLAUDIO.

No lo dudaré. El cielo os guarde.

ESCENA IV.

CLAUDIO. GERTRUDIS. HAMLET. POLONIO. LAERTES. DAMAS. CABALLEROS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

¿Y tú, Laertes, qué solicitas? Me has hablado de una pretension, ¿no me dirás cual sea? En cualquiera cosa justa que pidas al rey de Dinamarca, no será vano el ruego. ¿Ni qué podrás

pedirme que no sea mas ofrecimiento mio, que demanda tuya? No es mas adicto á la cabeza el corazon, ni mas pronta la mano en servir á la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. ¿En fin, qué pretendes?

LAERTES.

Respetable soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver á Francia. De allí he venido voluntariamente á Dinamarca á manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronacion; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinacion me llaman de nuevo á aquel pais, y espero de vuestra mucha bondad esta licencia.

CLAUDIO.

¿Has obtenido ya la de tu padre? ¿Qué dices Polonio?

POLONIO.

A fuerza de importunaciones ha lo-

grado arrancar mi tardio consentimiento. Al verle tan inclinado, firmé últimamente la licencia de que se vaya, aunque á pesar mio; y os ruego, señor, que se la concedais.

CLAUDIO.

Elige el tiempo que te parezca mas oportuno para salir, y haz cuanto gustes y sea mas conducente á tu felicidad. Y tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo!

HAMLET.

Algo mas que deudo, y menos que amigo. (9)

CLAUDIO.

¿Qué sombras de tristeza te cubren siempre?

HAMLET.

Al contrario, señor, estoy demasiado á la luz.

GERTRUDIS.

Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste afliccion; véase en él que

eres amigo de Dinamarca: ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo á tu generoso padre. Tú lo sabes, comun es á todos, el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET.

Sí señora, á todos es comun.

GERTRUDIS.

Pues si lo es, ¿por qué aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET.

¿Aparentar? No señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el trage acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante rio, ni la dolorida expresion del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las exterioridades de sentimiento; bastarán por sí solos, mi querida madre, á manifestar el ver-

dadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad; pero son acciones que un hombre puede fingir.... Aquí, *(Tocándose el pecho.)* aquí dentro tengo lo que es mas que apariencia: lo restante no es otra cosa que atavios y adornos del dolor.

CLAUDIO.

Bueno y laudable (10) es que tu corazon pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero, no debes ignorarlo, tu padre perdió un padre tambien y aquel perdió el suyo. El que sobrevive, limita la filial obligacion de su obsequiosa tristeza á un cierto término; pero continuar en interminable desconsuelo, es una conducta de obstinacion impía. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto; que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un corazon débil, un alma indócil, un talen-

to limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazon padezca, queriendo neciamente resistir á lo que es y debe ser inevitable? ¿á lo que es tan comun como cualquiera de las cosas que mas á menudo hieren nuestros sentidos? Este es un delito contra el cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una injuria absurda á la razon, que nos da en la muerte de nuestros padres la mas frecuente de sus lecciones, y que nos está diciendo, desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira: mortales, ved aquí vuestra irrevocable suerte. Modera, pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza: considera que tienes un padre en mí, puesto que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona mas inmediata á mi trono y que te amo con el afecto mas puro que puede tener á su hijo un

padre. Tu resolucion de volver á los estudios de Witemberga es la mas opuesta á nuestro deseo, y antes bien te pedimos que desistas de ella; permaneciendo aquí, estimado y querido á vista nuestra, como el primero de mis cortesanos, mi pariente y mi hijo.

GERTRUDIS.

Yo te ruego, Hamlet, que no vayas á Wittemberga: quédate con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

HAMLET.

Obedeceros en todo, será siempre mi primer conato.

CLAUDIO.

Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés. Venid, señora. La sincera y fiel cosdescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazon. En aplauso de este acontecimiento, no

celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie á las nubes el cañon robusto, y el cielo retumbe muchas veces á las aclamaciones del rey, repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

ESCENA V.

HAMLET.

¡Oh si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse, disuelta en lluvia de lágrimas! ¡ó el Todopoderoso no asestara el cañon contra el homicida de sí mismo! ¡Oh Dios! ¡oh Dios mio! cuan fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo! Nada; nada quiero de él: es un campo inculto y rudo, que solo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Qué esto haya llegado á suceder á los dos

meses que él ha muerto!... No, ni tanto: aun no ha dos meses. Aquel excelente rey, que fué comparado con éste, como con un Sátiro, Hiperion: tan amante de mi madre, que ni á los aires celestes permitia llegar atrevidos á su rostro. ¡Oh cielo y tierra!... ¿Para qué conservo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesion hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes.... ¡ah! no quisiera pensar esto. ¡Fragilidad! ¡tú tienes (11) nombre de muger! En el corto espacio de un mes y aun antes de romper los zapatos (12) con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas, acompañó el cuerpo de mi triste padre.... sí, ella, ella misma. ¡Cielos! una fiera, incapaz de razon y discurso, hubiera mostrado afliccion mas durable. Se ha casado, en fin, con mi tio, hermano de mi padre;

pero no mas parecido á él que yo lo soy á Hércules. En un mes.... enrojecidos aun los ojos con el pérfido llanto, se casó. ¡Ah, delincuente precipitacion! ir á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero, hazte pedazos corazon mio, que mi lengua debe reprimirse.

ESCENA VI.

HAMLET. HORACIO. BERNARDO. MARCELO.

HORACIO.

Buenos dias, señor.

HAMLET.

Me alegro de verte bueno..... ¿Es Horacio? ó me he olvidado de mí propio.

HORACIO.

El mismo soy, y siempre vuestro

humilde criado.

HAMLET.

Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese título que te das. ¿A qué has venido de Witemberga?.... ¡Ah, Marcelo!

MARCELO.

Señor.

HAMLET.

Mucho me alegro de verte con salud tambien. Pero, la verdad, á ¿qué has venido de Witemberga?

HORACIO.

Señor.... deseos de holgarme.

HAMLET.

No quisiera oir de boca de tu enemigo otro tanto: ni podrás forzar mis oidos á que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desaplicado. Pero, díme, ¿qué asuntos tienes (13) en Elsingór? Aquí te enseña-

remos á ser gran bebedor antes que te vuelvas.

HORACIO.

He venido á ver los funerales de vuestro padre.

HAMLET.

No se burle de mí, por Dios, señor condiscípulo. Yo creo que habrás venido á las bodas de mi madre.

HORACIO.

Es verdad: como se han celebrado inmediatamente.

HAMLET.

Economía, Horacio, economía. Aun no se habian enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda.... ¡Oh! yo quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor enemigo, antes que haber visto aquel dia. ¡Mi padre!.... me parece que veo á mi padre.

HORACIO.

¿En dónde, señor?

HAMLET.

Con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO.

Alguna vez le ví. Era un buen rey.

HAMLET.

Era un hombre tan cabal en todo, que no espero hallar otro semejante.

HORACIO.

Señor, yo creo que le ví anoche. (14)

HAMLET.

¿Le viste? ¿á quién?

HORACIO.

Al rey vuestro padre.

HAMLET.

¿Al rey mi padre?

HORACIO.

Prestadme oido atento, suspendiendo un rato vuestra admiracion, mientras os refiero este caso maravilloso:

apoyado con el testimonio de estos caballeros.

HAMLET.

Sí, por Dios, dímelo.

HORACIO.

Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habian visto dos veces hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura semejante á vuestro padre, armada segun él solia de pies á cabeza, se les puso delante: caminando grave, tardo y magestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimia el pavor, acercándose hasta donde ellos podian alcanzar con sus lanzas; pero débiles y cuasi helados con el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible: voime á la guardia con ellos la tercera noche, y allí encontré ser cierto

cuanto me habian dicho, así en la hora, como en la forma y circunstancias de aquella aparicion. La sombra volvió en efecto. Yo conocí á vuestro padre, y es tan parecido á él, como lo son entre sí estas dos manos mias.

HAMLET.

¿Y en dónde (15) fué eso?

MARCELO.

En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela.

HAMLET.

¿Y no le hablasteis?

HORACIO.

Sí señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza haciendo con ella un movimiento, como si fuese á hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo matutino y al sonido huyó con

presta fuga, desapareciendo de nuestra vista.

HAMLET.

¡Es cosa bien admirable!

HORACIO.

Y tan cierta como mi propia existencia. Nosotros hemos creido que era obligacion nuestra avisaros de ello, mi venerado príncipe.

HAMLET.

Sí, amigos, sí.... pero esto me llena de turbacion. ¿Estais de centinela esta noche?

TODOS.

Sí señor.

HAMLET.

¿Decís que iba armado?

TODOS.

Sí señor, armado.

HAMLET.

¿De la frente al pie?

TODOS.

Sí señor, de pies á cabeza.

HAMLET.

Luego no le visteis el rostro.

HORACIO.

Le vimos, porque traia la visera alzada.

HAMLET.

¿Y qué? ¿parecia que estaba irritado?

HORACIO.

Mas anunciaba su semblante el dolor, que la ira.

HAMLET.

¿Pálido ú encendido?

HORACIO.

No: muy pálido.

HAMLET.

¿Y fijaba la vista en vosotros?

HORACIO.

Constantemente.

HAMLET.

Yo hubiera querido hallarme allí.

HORACIO.

Mucho pavor os hubiera causado.

HAMLET.

Sí, es verdad, sí.... ¿y permaneció mucho tiempo?

HORACIO.

El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento, con moderada diligencia.

MARCELO.

Mas, mas estuvo.

HORACIO.

Cuando yo le ví, no.

HAMLET.

¿La barba blanca, eh?

HORACIO.

Sí señor, como yo se la habia visto cuando vivia, de un color ceniciento.

HAMLET.

Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve.

HORACIO.

¡Oh! sí volverá, yo os lo aseguro.

HAMLET.

Si él se me presenta en la figura de mi noble padre, yo le hablaré, aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas me impusiera silencio. Yo os pido á todos que asi como hasta ahora habeis callado á los demas lo que visteis, de hoy en adelante lo oculteis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadlo al pensamiento, pero no á la lengua; y yo sabré remunerar vuestro zelo. Dios os guarde, amigos. Entre once y doce iré á buscaros á la muralla.

TODOS.

Nuestra obligacion es serviros.

HAMLET.

Sí, conservadme vuestro amor, y estad seguros del mio. A Dios. (*Vanse los tres.*) El espíritu de mi padre.... con armas.... no es esto bueno. Recelo alguna maldad. ¡Oh si la noche hubiese ya llegado! Esperémosla tranquilamente, alma mia. Las malas acciones, aunque toda la tierra las oculte, se descubren al fin á la vista humana.

ESCENA VII.

Sala de la casa de Polonio.

LAERTES. OFELIA.

LAERTES.

Ya tengo todo mi equipage á bordo. A Dios, hermana, y cuando los vientos sean favorables y seguro el paso del mar, no te descuides en darme nuevas de tí.

OFELIA.

¿Puedes dudarlo?

LAERTES.

Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarle como una mera cortesanía, un hervor de la sangre, una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir y no permanece; hermosa, no durable; perfume de un momento y nada mas.

OFELIA.

¿Nada mas? (16)

LAERTES.

Pienso que no: porque no solo (17) en nuestra juventud se aumentan las fuerzas y tamaño del cuerpo, sino que las facultades interiores del talento y del alma crecen tambien con el templo en que ella reside. Puede ser que él te ame ahora con sinceridad, sin que manche borron alguno la pureza

de su intencion; pero debes temer al considerar su grandeza, que no tiene voluntad propia, y que vive sujeto á obrar segun á su nacimiento corresponde. Él no puede como (18) una persona vulgar elegir por sí mismo, puesto que de su eleccion depende la salud y prosperidad de todo un reino: y ve aquí porque esta eleccion debe arreglarse á la condescendencia unánime de aquel cuerpo de quien es cabeza. Así, pues, cuando él diga que te ama, será prudencia en tí no darle crédito, reflexionando que en el alto lugar que ocupa nada puede cumplir de lo que promete, sino aquello que obtenga el consentimiento de la parte mas principal de Dinamarca. Considera cual pérdida padeceria tu honor, si con demasiada credulidad dieras oidos á su voz lisonjera, perdiendo la libertad del corazon, ó facilitando á sus

instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia; teme, querida hermana: no sigas inconsiderada tu inclinacion: huye el peligro, colocándote fuera del tiro de los amorosos deseos. La doncella mas honesta es libre en exceso, si descubre su belleza al rayo de la luna. La virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun antes que su boton se rompa; y al tiempo que la aurora matutina de la juventud esparce su blando rocío, los vientos mortíferos son mas frecuentes. Conviene, pues, no omitir precaucion alguna, pues la mayor seguridad estriba en el temor prudente. La juventud (19), aun cuando nadie la combata, halla en sí misma su propio enemigo.

OFELIA.

Yo conservaré para defensa de mi corazon tus saludables máximas. Pero, mi buen hermano, mira no hagas tú lo que algunos rígidos pastores (20) hacen, mostrando áspero y espinoso el camino del cielo, mientras como impíos y abandonados disolutos pisan ellos la senda florida de los placeres, sin cuidarse de practicar su propia doctrina.

LAERTES.

¡Oh! no lo receles. Yo me detengo demasiado, pero allí viene mi padre: pues la ocasion es favorable, me despediré de él otra vez. Su bendicion repetida será un nuevo consuelo para mí.

ESCENA VIII.

POLONIO. LAERTES. OFELIA.

POLONIO.

¿Aún estás aquí? ¡Qué mala ver-

güenza! A bordo, á bordo: el viento impele ya por la popa tus velas, y á tí solo aguardan. Recibe mi bendicion y procura imprimir en la memoria estos pocos preceptos. No publiques (21) con facilidad lo que pienses, ni ejecutes cosa no bien premeditada primero. Debes ser afable, pero no vulgar en el trato. Une á tu alma con vínculos de acero aquellos amigos que adoptaste despues de examinada su conducta; pero no acaricies con mano pródiga á los que acaban de salir del cascaron y aún están sin plumas. Huye siempre de mezclarte en disputas; pero una vez metido en ellas, obra de manera que tu contrario huya de tí. Presta el oido á todos, y á pocos la voz. Oye las censuras de los demas, pero reserva tu propia opinion. Sea tu vestido tan costoso cuanto tus facultades lo permitan; pero no afectado en su he-

chura: rico, no extravagante: porque el trage dice por lo comun quien es el sugeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta materia. Procura no dar ni pedir prestado á nadie; porque el que presta suele perder á un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado, falta al espíritu de economía y buen órden que nos es tan útil. Pero sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo, y no podrás ser falso con los demas: consecuencia tan necesaria como que la noche suceda al dia. A Dios, y él permita que mi bendicion haga fructificar en tí estos consejos.

LAERTES.

Humildemente os pido vuestra licencia.

(Se arrodilla y besa la mano á Polonio.)

POLONIO.

Sí, el tiempo te está convidando y tus criados esperan: vete.

LAERTES.

A Dios, Ofelia (*Abrázanse Ofelia y Laertes.*), y acuérdate bien de lo que te he dicho.

OFELIA.

En mi memoria queda guardado, y tú mismo tendrás la llave.

LAERTES.

A Dios.

ESCENA IX.

POLONIO. OFELIA.

POLONIO.

¿Y qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA.

Si gustais de saberlo, cosas eran relativas al príncipe Hamlet.

POLONIO.

Bien pensado, en verdad. Me han dicho que de poco tiempo á esta parte te ha visitado varias veces privadamente, y que tú la has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es así (como me lo han asegurado, á fin de que prevenga el riesgo) debo advertirte, que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde á una hija mia y á tu propio honor. ¿Qué es lo que ha pasado entre los dos? Dime la verdad.

OFELIA.

Ultimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

POLONIO.

¡Amor! ¡ah! Tú hablas como una muchacha loquilla y sin experiencia en circunstancias tan peligrosas. ¡Ternura la llamas! ¿y tú das crédito á esa ternura?

OFELIA.

Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

POLONIO.

En efecto es así, y yo quiero enseñártelo. Piensa bien que eres una niña, que has recibido por verdadera paga esas ternuras que no son moneda corriente. Estímate en mas á tí propia, pues si te aprecias en menos de lo que vales (por seguir la (22) comenzada alusion) harás que pierda el entendimiento.

OFELIA.

Él me ha requerido de amores, es verdad; pero siempre con una apariencia honesta que....

POLONIO.

Sí por cierto, apariencia puedes llamarla. ¿Y bien? Prosigue.

OFELIA.

Y autorizó cuanto me decia con los mas sagrados juramentos.

POLONIO.

Sí, esas son redes para coger codornices. Yo sé muy bien, cuando la sangre hierve, con cuanta prodigalidad presta el alma juramentos á la lengua; pero son (23) relámpagos, hija mia, que dan mas luz que calor: estos y aquellos se apagan pronto y no debes tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas van á efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser mas avara de tu presencia virginal: pon tu conversacion á precio mas alto, y no á la primera insinuacion admitas coloquios. Por lo que toca al príncipe, debes creer de él solamente que es un jóven, y que si una vez afloja las riendas, pasará mas allá de lo que tú le puedes permitir. En suma, Ofelia, no creas sus palabras que son fementidas, ni es verdadero el color que aparentan;

son intercesoras de profanos deseos, y si parecen sagrados y piadosos votos, es solo para engañar mejor. Por último, te digo claramente que de hoy mas no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar, ni mantener conversacion al príncipe. Cuidado con hacerlo así: yo te lo mando. Vete á tu aposento.

OFELIA.

Asi lo haré, señor.

ESCENA X.

Esplanada delante del palacio. Noche obscura.

HAMLET. HORACIO. MARCELO.

HAMLET.

El aire es frio y sutil en demasía.

HORACIO.

En efecto, es agudo y penetrante.

HAMLET.

¿Qué hora es ya?

HORACIO.

Me parece que aún no son las doce.

MARCELO.

No, ya han dado.

HORACIO.

No las he oido. Pues en tal caso ya está cerca el tiempo en que el muerto suele pasearse. ¿Pero qué significa este ruido, señor?

(Suena á lo lejos música de clarines y timbales.)

HAMLET.

Esta noche se huelga el Rey, pasándola desvelado en un banquete con gran vocería y traspieses de embriaguez: y á cada copa del Rin que bebe, los timbales y trompetas anuncian con estrépito sus victoriosos brindis.

HORACIO.

¿Se acostumbra eso aquí?

HAMLET.

Sí, se acostumbra; pero aunque he nacido en este pais y estoy hecho á sus estilos, me parece que sería mas decoroso quebrantar esta costumbre que seguirla. Un exceso tal, que embrutece el entendimiento, nos infama á los ojos de las otras naciones desde oriente á occidente. Nos llaman ébrios: manchan nuestro nombre con este dictado afrentoso, y en verdad que él solo, por mas que poseamos en alto grado otras buenas cualidades, basta á empañar el lustre de nuestra reputacion. Así acontece frecuentemente á los hombres. Cualquiera defecto natural en ellos, sea el de su nacimiento, del cual no son culpables (puesto que nadie puede escoger su orígen), sea cualquiera desórden ocurrido en su

temperamento, que muchas veces rompe los límites y reparos de la razon, ó sea cualquier hábito que se aparte demasiado de las costumbres recibidas, llevando estos hombres consigo el signo de un solo defecto que imprimió en ellos la naturaleza ó el acaso, aunque sus virtudes fuesen tantas cuantas es concedido á un mortal, y tan puras como la bondad celeste, serán no obstante amancilladas en el concepto público por aquel único vicio que las acompaña. Un solo adarme de mezcla quita el valor al mas precioso metal y le envilece.

HORACIO.

¿Veis? señor, ya viene.

(Aparécese la sombra del Rey Hamlet hácia el fondo del teatro. Hamlet al verla se retira lleno de horror, y despues se encamina hácia ella.)

HAMLET.

¡Angeles (24) y ministros de piedad,

defendednos! Ya seas alma dichosa ó condenada vision, traigas contigo aura celestial ó ardores del infierno, sea malvada ó benéfica intencion la tuya, en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Sí, te he de hablar.... Hamlet, mi Rey, mi padre, soberano de Dinamarca..... ¡Oh! respóndeme, no me atormentes con la duda. Dime, ¿por qué tus venerables huesos ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Por qué el sepulcro donde te dimos urna pacífica, te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Cuál puede ser la causa de que tu difunto cuerpo del todo armado, vuelva otra vez á ver los rayos pálidos de la luna añadiendo á la noche horror? ¿Y qué nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitacion espantosa con ideas que exceden á los

alcances de nuestra razon? Dí, ¿por qué es esto? ¿por qué? ¿ó qué debemos hacer nosotros?

HORACIO.

Os hace señas de que le sigais, como si deseára comunicaros algo á solas.

MARCELO.

Ved con qué expresivo ademan os indica que le acompañeis á lugar mas remoto, pero no hay que ir con él.

HORACIO.

No, por ningun motivo.

HAMLET.

Si no quiere hablar, habré de seguirle.

HORACIO.

No hagais tal, señor.

HAMLET.

¿Y por qué no? ¿Qué temores debo tener? Yo no estimo la vida en nada,

y á mi alma ¿qué puede él hacerla, siendo como él mismo cosa inmortal?..... Otra vez me llama..... Voile á seguir.

HORACIO.

Pero señor, si os arrebata al mar (25) ó á la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible capaz de impediros el uso de la razon, y enagenarla con frenesí..... ¡Ay! ved lo que haceis. El lugar solo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en la profundidad su bramido ronco.

HAMLET.

Todavía me llama.... Camina. Ya te sigo.

(La sombra hará los movimientos que indica el diálogo. Horacio y Marcelo quieren detener á Hamlet, y él los aparta con violencia y la sigue.)

MARCELO.

No señor, no ireis.

HAMLET.

Dejadme.

HORACIO.

Creedme, no le sigais.

HAMLET.

Mis hados me conducen y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del leon de Nemea. Aún me llama.... Señores, apartad esas manos.... por Dios.... ó quedará muerto á las mias el que me detenga. Otra vez te digo que andes, que voy á seguirte.

ESCENA XI.

HORACIO. MARCELO.

HORACIO.

Su exaltada imaginacion le arrebata.

MARCELO.

Sigámosle, que en esto no debemos obedecerle.

HORACIO.

Sí, vamos detrás de él.... ¿Cuál será el fin de este suceso?

MARCELO.

Algun grave mal se oculta en Dinamarca.

HORACIO.

Los cielos dirigirán el éxito.

MARCELO.

Vamos, sigámosle.

ESCENA XII.

Parte remota cercana al mar. Vista á lo lejos del palacio de Elsingór.

HAMLET. LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

HAMLET.

¿Adónde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.

LA SOMBRA.

Mírame.

HAMLET.

Ya te miro.

LA SOMBRA.

Casi es ya llegada la hora en que debo restituirme á las sulfúreas y atormentadoras llamas.

HAMLET.

¡Oh alma infeliz!

LA SOMBRA.

No me compadezcas: presta solo atentos oidos á lo que voy á revelarte.

HAMLET.

Habla, yo te prometo atencion.

LA SOMBRA.

Luego que me oigas, prometerás venganza.

HAMLET.

¿Por qué?

LA SOMBRA.

Yo soy el alma de tu padre, destinada por cierto tiempo á vagar de noche, y aprisionada en fuego durante el dia, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. ¡Oh! si no me fuera vedado manifestar los secretos de la prision que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaria á despedazar tu corazon; helar tu sangre juvenil; tus ojos, inflamados como estrellas, saltar de sus órbitas; tus anudados cabellos separarse, erizándose como las puas del colérico espin. Pero estos eternos misterios no son para los oidos humanos. Atiende, atiende ¡ay! atiende. Si tuviste amor á tu tierno padre.....

HAMLET.

¡Oh Dios!

LA SOMBRA.

Venga su muerte: venga un homicidio cruel y atroz.

HAMLET.

¿Homicidio?

LA SOMBRA.

Sí, homicidio cruel, como todos lo son, pero el mas cruel y el mas injusto y el mas aleve.

HAMLET.

Refiéremelo (26) presto, para que con alas veloces como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite á la venganza.

LA SOMBRA.

Ya veo cuán dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Leteo, no dejaria de conmoverte lo que voy á decir. Escúchame ahora, Hamlet. Esparcióse la voz de que estando en mi jardin dormi-

do, me mordió una serpiente. Todos los oidos de Dinamarca fueron grosesamente engañados con esta fabulosa invencion; pero tú debes saber, mancebo generoso, que la serpiente que mordió á tu padre, hoy ciñe su corona.

HAMLET.

¡Oh! présago me lo decia el corazon. ¡Mi tio!....

LA SOMBRA.

Sí, aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidoras dádivas.... (¡Oh talento y dádivas malditas, que tal poder teneis para seducir!) supo inclinar á su deshonesto apetito la voluntad de la Reina mi esposa, que yo creía tan llena de virtud. ¡Oh Hamlet, cuán grande fué su caida! Yo, cuyo amor para con ella fué tan puro.... yo, siempre tan fiel á los

solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fuí aborrecido, y se rindió á aquel miserable, cuyas prendas eran en verdad harto inferiores á las mias. Pero así como la virtud será incorruptible aunque la disolucion procure excitarla bajo divina forma, así la incontinencia aunque viviese unida á un ángel radiante: profanará con oprobio su tálamo celeste.... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana. Debo ser breve. Dormia yo una tarde en mi jardin, segun lo acostumbraba siempre. Tu tio me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oido su ponzoñosa destilacion, la cual de tal manera es contraria á la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo,

y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la mas pura y robusta sangre como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cutis hinchado comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra en ásperas y asquerosas costras. Asi fué que estando durmiendo perdí á manos de mi hermano mismo mi corona, mi esposa y mi vida á un tiempo. Perdí la vida cuando mi pecado estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa, presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh maldad horrible, horrible!..... Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, no, que el tálamo real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominado

incesto. Pero de cualquier modo que dirijas la accion, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu madre. Abandona este cuidado al cielo: deja que aquellas agudas puntas que tiene fijas en su pecho, la hieran y atormenten. A Dios. Ya la luciérnaga amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del dia. A Dios. A Dios. Acuérdate de mí.

ESCENA XIII.

HAMLET, Y DESPUES HORACIO Y MARCELO.

HAMLET.

¡Oh vosotros, ejércitos celestiales! ¡oh tierra!.... ¿y quién mas? ¿invocaré al infierno tambien?.... ¡Eh! no.... Detente, corazon mio, detente; y vos, mis nervios, no así os debiliteis en un mo-

mento, sostenedme robustos.... ¡Acordarme de tí! Sí, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. ¡Acordarme de tí! Sí, yo me acordaré y yo borraré de mi fantasía todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas é impresiones de lo pasado que la juventud y la observacion estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volumen de mi entendimiento. Sí, por los cielos te lo juro... ¡Oh muger, la mas delincuente! ¡Oh malvado! ¡malvado! ¡halagüeño y execrable malvado! Conviene (27) que yo apunte en este libro.... *(Saca un libro de memorias y escribe en él.)* Sí..... Que un hombre puede halagar y sonreirse, y ser un malvado; á lo menos estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y este es mi tio.... Sí, tú eres.... ¡Ah! pero la expresion que de-

bo conservar es esta. A Dios, á Dios, acuérdate de mí. Yo he jurado acordarme.

HORACIO.

Señor, señor. (*Gritando desde adentro.*)

MARCELO.

Hamlet. (*Gritando desde adentro.*)

HORACIO.

Los cielos le asistan.

HAMLET.

¡Oh! háganlo así.

MARCELO.

¡Hola! ¡Eh! señor.

HAMLET.

¡Hola! amigos, ¡eh! venid, venid acá.
(*Salen Horacio y Marcelo.*)

MARCELO.

¿Qué ha sucedido?

HORACIO.

¿Qué noticias nos dais?

HAMLET.

¡Oh! maravillosas.

HORACIO.

Mi amado señor, decidlas.

HAMLET.

No, que lo revelareis.

HORACIO.

No, yo os prometo que no haré tal.

MARCELO.

Ni yo tampoco.

HAMLET.

¿Creeis vosotros que pudiese haber cabido en el corazon humano.... ¿Pero guardareis secreto?

LOS DOS.

Sí señor, yo os lo juro.

HAMLET.

No existe en toda Dinamarca (28) un infame..... que no sea un gran malvado.

HORACIO.

Pero no era necesario, señor, que un muerto saliera del sepulcro á persuadirnos esa verdad.

HAMLET.

Sí, cierto, teneis razon, y por eso mismo sin tratar mas del asunto, será bien despedirnos y separarnos: vosotros adonde vuestros negocios ó vuestra inclinacion os lleven.... que todos tienen sus inclinaciones y negocios, sean los que sean; y yo, ya lo sabeis, á mi triste ejercicio. A rezar.

HORACIO.

Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y órden.

HAMLET.

Mucho me pesa de haberos ofendido con ellas: sí por cierto, me pesa en el alma.

HORACIO.

¡Oh! señor, no hay ofensa ninguna.

HAMLET.

Sí, por San Patricio (29 que sí la hay, y muy grande, Horacio..... En cuanto á la aparicion.... Es un difunto venerable..... Sí, yo os lo aseguro..... Pero reprimid cuanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha pasado entre él y yo. ¡Ah, mis buenos amigos! yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedais una corta merced.

HORACIO.

Con mucho gusto, señor: decid cuál sea.

HAMLET.

Que nunca revelareis á nadie lo que habeis visto esta noche.

LOS DOS.

A nadie lo diremos.

HAMLET.

Pero es menester que lo jureis.

HORACIO.

Os doy mi palabra de no decirlo.

MARCELO.

Yo os prometo lo mismo.

HAMLET.

Sobre mi espada.

MARCELO.

Ved que ya lo hemos prometido.

HAMLET.

Sí, sí, sobre mi espada. (30)

LA SOMBRA.

Juradlo.

(*Se oirá la voz de la sombra, que suena á varias distancias debajo de tierra. Hamlet y los demas, horrorizados, mudan de situacion, segun lo indica el diálogo.*)

HAMLET.

¡Ah! ¿eso (31) dices?..... ¿Estás ahí, hombre de bien?.... Vamos, ya le oís hablar en lo profundo. ¿Quereis jurar?

HORACIO.

Proponed la fórmula.

HAMLET.

Que nunca direis lo que habeis visto. Juradlo por mi espada.

LA SOMBRA.

Juradlo.

HAMLET.

¿*Hic et ubique?* Mudaremos de lugar. Señores, acercaos aquí: poned otra vez las manos en mi espada, y jurad por ella que nunca direis nada de esto que habeis oido y visto.

LA SOMBRA.

Juradlo por su espada.

HAMLET.

Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho..... Pero ¿cómo puedes taladrar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto, amigos.

HORACIO.

¡Oh! Dios de la luz y de las tinieblas, ¡qué extraño prodigio es este!

HAMLET.

Por eso como á un (32) extraño debeis hospedarle y tenerle oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay mas de lo que puede soñar tu filosofía. Pero venid acá, y como antes dije, prometedme (así el cielo os haga felices) que por mas (33) singular y extraordinaria que sea de hoy mas mi conducta (puesto que acaso juzgaré á propósito afectar un proceder del todo extravagante), nunca vosotros al verme así dareis nada á entender, cruzando los brazos de esta manera, ó haciendo con la cabeza este movimiento, ó con frases equívocas como: sí, sí, nosotros sabemos: nosotros pudiéramos si quisiéramos..... si gustáramos de hablar: hay tanto que decir en eso: pudiera ser que.... ó en fin, cualquiera otra expresion ambigua, semejante á estas, por donde se

infiera que vosotros sabeis algo de mí. Juradlo: así en vuestras necesidades os asista el favor de Dios. Juradlo.

LA SOMBRA.

Jurad.

HAMLET.

Descansa, descansa, agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo á vosotros con la mayor instancia, y creed que por mas infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no le falten medios para manifestaros la estimacion y amistad que os profesa. Vámonos. Poned el dedo en la boca, yo os lo ruego.... La naturaleza está en desórden... ¡Iniquidad execrable! ¡Oh, nunca yo hubiera nacido para castigarla! Venid, vámonos juntos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I. (1)

Sala en casa de Polonio.

POLONIO. REYNALDO.

POLONIO.

Reynaldo, entrégale este dinero y estas cartas.

(Le da un bolsillo y unas cartas.)

REYNALDO.

Así lo haré, señor.

POLONIO.

Sería un admirable golpe (2) de prudencia, que antes de verle te informaras de su conducta.

REYNALDO.

En eso mismo estaba yo.

POLONIO.

Sí, es muy buena idea, muy buena. Mira, lo primero has de averiguar qué dinamarqueses hay en Paris, y cómo, en qué términos, con quién, y en dónde están, á quién tratan, qué gastos tienen; y sabiendo por estos rodeos y preguntas indirectas que conocen á mi hijo, entonces ve en derechura á tu objeto, encaminando á él en particular tus indagaciones. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo: sí, conozco á su padre, y á algunos amigos suyos, y aun á él un poco.... ¿Lo has entendido?

REYNALDO.

Sí señor, muy bien.

POLONIO.

Sí, le conozco un poco, pero.... (has de añadir entonces) pero no le he tra-

tado. Si es el que yo creo, á fé que es bien calavera: inclinado á tal ó tal vicio.... y luego dirás de él cuanto quieras fingir; digo, pero que no sean cosas tan fuertes que puedan deshonrarle. Cuidado con eso. Habla solo de aquellas travesuras, aquellas locuras y extravíos comunes á todos, que ya se reconocen por compañeros inseparables de la juventud y la libertad.

REYNALDO.

Como el jugar, ¿eh?

POLONIO.

Sí, el jugar, beber, esgrimir, jurar, disputar, mocear..... Hasta esto bien puedes alargarte.

REYNALDO.

Y aun con eso hay harto para quitarle el honor.

POLONIO.

No por cierto, ademas que todo depende del modo con que le acuses. No

debes achacarle delitos escandalosos, ni pintarle como un jóven abandonado enteramente á la disolucion: no, no es esa mi idea. Has de insinuar sus defectos con tal arte, que parezcan nulidades producidas de falta de sujecion y no otra cosa, extravíos de una imaginacion ardiente, ímpetus nacidos de la efervescencia general de la sangre.

REYNALDO.

Pero señor.....

POLONIO.

¡Ah! tú querrás saber con qué fin debes hacer esto, ¿eh?

REYNALDO.

Gustaria de saberlo.

POLONIO.

Pues señor, mi fin es este, y creo que es proceder con mucha cordura. Cargando estas pequeñas faltas sobre mi hijo (como ligeras manchas de una

obra preciosa) ganarás por medio de la conversacion la confianza de aquel á quien pretendas examinar. Si él está persuadido de que el muchacho tiene los mencionados vicios que tú le imputas, no dudes que él convenga con tu opinion, diciendo: señor mio, ó amigo; ó caballero.... en fin, segun el título ó dictado de la persona ó del pais.

REYNALDO.

Sí, ya estoy.

POLONIO.

Pues entonces él dice..... (3) dice..... ¿Qué iba yo á decir ahora?..... algo iba yo á decir. ¿En qué estábamos?

REYNALDO.

En que él concluirá diciendo al amigo ó al caballero.

POLONIO.

Sí, concluirá diciendo. Es verdad.... así te dirá precisamente. Es verdad, yo

conozco á ese mozo, ayer le ví, ó cualquier otro dia, ó en tal y tal ocasion, con este ó con aquel sugeto, y allí, como habeis dicho, le ví que jugaba, allá le encontré en una comilona, acullá en una quimera sobre el juego de pelota y.... (puede ser que añada) le he visto entrar en una casa pública, *videlicet* en un burdel, ó cosa tal. ¿Lo entiendes ahora? Con el anzuelo de la mentira pescarás la verdad: que así es como nosotros los que tenemos talento y prudencia solemos conseguir por indirectas el fin directo, usando de artificios y disimulacion. Así lo harás con mi hijo, segun la instruccion y advertencias que acabo de darte. ¿Me has entendido?

REYNALDO.

Sí señor, quedo enterado.

POLONIO.

Pues á Dios, buen viage.

REYNALDO.

Señor....

POLONIO.

Examina por tí mismo sus inclinaciones.

REYNALDO.

Así lo haré.

POLONIO.

Dejándole que obre libremente.

REYNALDO.

Está bien, señor.

POLONIO.

A Dios.

ESCENA II.

POLONIO. OFELIA.

POLONIO.

Y bien, Ofelia, ¿qué hay de nuevo?

OFELIA.

¡Ay señor, que he tenido un susto muy grande!

POLONIO.

¿Con qué motivo? Por Dios que me lo digas.

OFELIA.

Yo estaba haciendo (4) labor en mi cuarto, cuando el príncipe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caidas hasta los pies, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror.... se presenta delante de mí.

POLONIO.

Loco, sin duda por tus amores, ¿eh?

OFELIA.

Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

POLONIO.

¿Y qué te dijo?

OFELIA.

Me asió una mano y me la apretó fuertemente. Apartóse despues á la distancia de su brazo, y poniendo, así, la otra mano sobre su frente, fijó la vista en mi rostro recorriéndole con atencion como si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato, hasta que por último sacudiéndome ligeramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacérsele en pedazos el cuerpo y dar fin á su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino: salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella fijó la vista en mí.

POLONIO.

Ven conmigo; quiero ver al Rey. Ese es un verdadero éxtasis de amor, que siempre fatal á sí mismo en su exceso violento, inclina la voluntad á empresas temerarias, mas que ninguna otra pasion de cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero dime, ¿le has tratado con dureza en estos últimos dias?

OFELIA.

No señor, solo en cumplimiento de lo que mandásteis, le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

POLONIO.

Y eso basta para haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con mas acierto de su pasion. Yo temí que era solo un artificio suyo para perderte..... ¡Sospecha indigna! ¡Eh! tan (5) propio parece de la edad anciana pa-

sar mas allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de prevision. Vamos, vamos á ver al Rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor, sería mas grande el sentimiento que pudiera causarle, teniéndole oculto, que el disgusto que recibirá al saberlo. Vamos.

ESCENA III.

Salon de palacio.

CLAUDIO. GERTRUDIS. RICARDO. GUILLERMO. ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venido, (6) Guillermo, y tú tambien, querido Ricardo. Ademas de lo mucho que se me dilataba el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado á solicitar vuestra venida. Algo habeis oido ya de la trans-

formacion de Hamlet. Así puedo llamarla, puesto que ni en lo interior ni en lo exterior se parece nada al que antes era, ni llego á imaginar qué otra cosa haya podido privarle así de la razon, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego á entrambos, pues desde la primera infancia os habeis criado con él, y existe entre vosotros aquella intimidad nacida de la igualdad en los años y en el genio, que tengais á bien deteneros en mi corte algunos dias. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría; y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved cuál sea la ignorada afliccion que así le consume, para que descubriéndola procuremos su alivio.

GERTRUDIS.

Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores, y estoy segura de que no se hallarán otros dos suge-

tos á quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad, que gusteis de pasar con nosotros algun tiempo para contribuir al logro de mi esperanza, vuestra asistencia será remunerada como corresponde al agradecimiento de un Rey.

RICARDO.

Vuestras Magestades tienen soberana autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

GUILLERMO.

Uno y otro obedeceremos, y postramos á vuestros pies, con el mas puro afecto, el zelo de serviros que nos anima.

CLAUDIO.

Muchas gracias, cortés Guillermo. Gracias, Ricardo.

GERTRUDIS.

Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veais cuanto antes á mi

doliente hijo. (*A los criados.*) Conduzca alguno de vosotros á estos caballeros adonde Hamlet se halle.

GUILLERMO.

Haga el cielo que nuestra compañía y nuestros conatos puedan serle agradables y útiles.

GERTRUDIS.

Sí. Amen.

ESCENA IV.

CLAUDIO. GERTRUDIS. POLONIO. ACOMPAÑAMIENTO.

POLONIO.

Señor, los embajadores (7) enviados á Noruega han vuelto ya, en extremo contentos.

CLAUDIO.

Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

POLONIO.

¡Oh! sí, ¿no es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazon no tienen otro objeto que el servicio de Dios y el de mi Rey: y si este talento mio no ha perdido enteramente aquel seguro olfato con que supo siempre rastrear asuntos políticos, pienso haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del Príncipe.

CLAUDIO.

Pues dínosla, que estoy impaciente de saberla.

POLONIO.

Será bien que deis primero audiencia á los embajadores: mi informe servirá de postres á este gran festin.

CLAUDIO.

Tú mismo puedes ir á cumplimentarlos é introducirlos. (*Vase Polonio.*) Dice que ha descubierto, amada Gertru-

dis, la causa verdadera de la indisposicion de tu hijo.

GERTRUDIS.

¡Ah! yo dudo que él tenga otra mayor que la muerte de su padre, y nuestro acelerado casamiento.

CLAUDIO.

Yo sabré examinarle.

ESCENA V.

CLAUDIO. GERTRUDIS. POLONIO. VOLTIMAN. CORNELIO. ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venidos, amigos. Dí, Voltiman, ¿qué respondió nuestro hermano el Rey de Noruega?

VOLTIMAN.

Corresponde con la mas sincera amistad á vuestras atenciones y á vuestro ruego. Así que llegamos, mandó sus-

pender los armamentos que hacia su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el polaco; pero mejor informado despues, halló ser cierto que se dirigian en ofensa vuestra. Indignado de que abusáran así de la impotencia á que le han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes á Fortimbrás, que sometiéndose prontamente á las represiones del tio, le ha jurado por último que nunca mas tomará las armas contra vuestra Magestad. Satisfecho de este procedimiento el anciano Rey, le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las tropas que habia levantado. A este fin os ruega concedais paso libre por vuestros estados al ejército prevenido para tal empresa, bajo las condiciones de recíproca seguridad, expresadas aquí.

(*Saca unos papeles y se los da á Claudio.*)

CLAUDIO.

Está bien: leeré en tiempo mas oportuno sus proposiciones, y reflexionaré lo que debo en este caso responderle. Entretanto os doy gracias por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad. A la noche sereis conmigo en el festin. Tendré gusto de veros.

ESCENA VI.

CLAUDIO. GERTRUDIS. POLONIO.

POLONIO.

Este asunto se ha concluido muy bien. *(Claudio hace una seña, y se retira el acompañamiento.)* Mi soberano (8), y vos, señora: explicar lo que es la dignidad de un Monarca, las obligaciones del vasallo, por qué el dia es dia, noche la noche, y tiempo el tiempo, sería gastar inútilmente el dia, la noche y

el tiempo. Así pues, como (9) quiera que la brevedad es el alma del talento, y que nada hay mas enfadoso que los rodeos y perífrasis.... seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque, si en rigor se examina, ¿qué otra cosa es la locura sino estar uno enteramente loco? Pero dejando esto aparte....

GERTRUDIS.

Al caso, Polonio, al caso, y menos artificios.

POLONIO.

Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno. Es cierto que él está loco. Es cierto que es lástima, y es lástima que sea cierto; pero dejemos á un lado esta pueril antítesis, que no quiero usar de artificios. Convengamos pues en que está loco, y ahora falta descubrir la causa de este efecto, ó por mejor decir, la causa de

este defecto; porque este efecto defectuoso nace de una causa, y así resta considerar lo restante. Yo tengo una hija.... la tengo mientras es mia: que en prueba de su respeto y sumision.... notad lo que os digo.... me ha entregado esta carta. (*Saca una carta y lee en ella los pedazos que indica el diálogo.*) Ahora resumid los hechos y sacareis la consecuencia. *Al ídolo celestial de mi alma, á la sin par Ofelia....* Esta es una alta frase..... una falta de frase sin par..... Es una falta de frase, pero oid lo demas. *Estas letras destinadas á que su blanco y hermoso pecho las guarde: estas....*

GERTRUDIS.

¿Y esa carta se la ha enviado Hamlet?

POLONIO.

¡Bueno por cierto! Esperad un poco, seré muy fiel.

Duda que son de fuego las estrellas,
Duda si al sol el movimiento falta,
Duda lo cierto, admite lo dudoso;
Pero no dudes de mi amor las ansias.

Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia; ni sé tampoco expresar mis penas con arte; pero cree que te amo en extremo, con el mayor extremo posible. A Dios. Tuyo siempre, mi adorada niña, mientras esta máquina exista.—HAMLET.

Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver esta carta, y ademas me ha contado las solicitudes del Príncipe, segun han ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

CLAUDIO.

¿Y ella cómo ha recibido su amor?

POLONIO.

¿En qué opinion me teneis?

CLAUDIO.

En la de un hombre honrado y veráz.

POLONIO.

Y me complazco en probaros que lo soy. Pero ¿qué hubiérais pensado de mí, si cuando he visto que tomaba vuelo este ardiente amor.... porque os puedo asegurar que aun antes que mi hija me hablase, ya lo habia yo advertido.... ¿qué hubiera pensado de mí vuestra Magestad y la Reina que está presente, si hubiera tolerado este galanteo? ¿Si haciéndome violencia á mí propio hubiera permanecido silencioso y mudo, mirándolo con indiferencia? ¿Qué hubiérais pensado de mí? No señor, yo he ido en derechura al asunto, y la dije á la niña ni mas ni menos: hija, el señor Hamlet es un

Príncipe muy superior á tu esfera..... Esto no debe pasar adelante. Y despues la mandé que se encerrase en su estancia sin admitir recados, ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el Príncipe.... (para abreviar la historia) al verse desdeñado, comenzó á padecer melancolías, despues inapetencia, despues vigilias, despues debilidad, despues aturdimiento, y despues (por una graduacion natural) la locura que le saca fuera de sí, y que todos nosotros lloramos.

CLAUDIO.

¿Creeis, señora, que esto haya pasado así?

GERTRUDIS.

Me parece bastante probable.

POLONIO.

¿Ha sucedido alguna vez.... (tendria gusto de saberlo) que yo haya dicho

positivamente, esto hay, y que haya resultado lo contrario?

CLAUDIO.

No se me acuerda.

POLONIO.

Pues separadme esta de este *(Señalando la cabeza y el cuello.)*, si otra cosa hubiere en el asunto.... ¡Ah! por poco que las circunstancias me ayuden, yo descubriré la verdad donde quiera que se oculte, aunque el centro de la tierra la sepultára.

CLAUDIO.

¿Y cómo te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

POLONIO.

Bien sabeis que el Príncipe suele pasearse algunas veces por esa galería cuatro horas enteras.

GERTRUDIS.

Es verdad, así suele hacerlo.

POLONIO.

Pues cuando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultaremos detrás de los tapices, para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es esta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra corte, y enviadme á una alquería á guiar un arado.

CLAUDIO.

Sí, yo lo quiero averiguar.

GERTRUDIS.

Pero ¿veis? (10) ¡qué lástima! Leyendo viene el infeliz.

POLONIO.

Retiraos, yo os lo suplico: retiraos entrambos, que le quiero hablar si me dais licencia.

ESCENA VII.

POLONIO. HAMLET.

POLONIO.

¿Cómo os va, mi buen señor?

(Hamlet sale leyendo en un libro.)

HAMLET.

Bien, á Dios gracias.

POLONIO.

¿Me conoceis?

HAMLET.

Perfectamente. Tú vendes peces.

POLONIO.

¿Yo? No señor.

HAMLET.

Así fueras honrado.

POLONIO.

¿Honrado decís?

HAMLET.

Sí señor que lo digo. El ser honrado segun va el mundo, es lo mismo que ser escogido uno entre diez mil.

POLONIO.

Todo eso es verdad.

HAMLET.

Si el sol engendra (11) gusanos en un perro muerto, y aunque es un Dios, alumbra benigno con sus rayos á un cadáver corrupto..... ¿No tienes una hija?

POLONIO.

Sí señor, una tengo.

HAMLET.

Pues no la dejes pasear al sol. La concepcion es una bendicion del cielo, pero no del modo en que tu hija podrá concebir. Cuida mucho de esto, amigo.

POLONIO.

¿Pero qué quereis decir con eso? Siempre está pensando en mi hija. No obstante, al principio no me conoció... Dice que vendo peces.... ¡Está rematado, rematado!..... Y en verdad que yo tambien, siendo mozo, me ví muy tras-

tornado por el amor.... cuasi tanto como él. Quiero hablarle otra vez. ¿Qué estais leyendo?

HAMLET.

Palabras, palabras, todo palabras.

POLONIO.

¿Y de qué se trata?

HAMLET.

¿Entre quién?

POLONIO.

Digo que de qué trata el libro que leeis.

HAMLET.

De calumnias. Aquí dice (12) el malvado satírico, que los viejos tienen la barba blanca, las caras con arrugas, que vierten de sus ojos ambar abundante y goma de ciruela, que padecen gran debilidad de piernas y mucha falta de entendimiento. Todo lo cual, señor mio, aunque yo plena y eficazmente lo creo, con todo eso no me parece bien hallarlo afirmado en tales

términos; porque al fin vos seríais sin duda tan jóven como yo, si os fuera posible andar hácia atrás como el cangrejo.

POLONIO.

Aunque todo es locura, no deja de observar método en lo que dice. ¿Quereis venir, señor, adonde no os dé el aire?

HAMLET.

¿Adónde? ¿A la sepultura?

POLONIO.

Cierto, que allí no da el aire. ¡Con qué agudeza responde siempre! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, cuando en el estado de razon y salud tal vez no se logran. Voile á dejar, y disponer al instante el careo entre él y mi hija. Señor, si me dais licencia de que me vaya....

HAMLET.

No me puedes pedir cosa que con

mas gusto te conceda, exceptuando la vida, eso sí, exceptuando la vida.

POLONIO.

A Dios, señor.

HAMLET.

¡Fastidiosos y extravagantes viejos!

POLONIO.

Si buscais al Príncipe, vedle ahí.

(Dirá esto á Guillermo y Ricardo que salen por donde él se va.)

ESCENA VIII.

HAMLET. RICARDO. GUILLERMO.

RICARDO.

Buenos dias, señor.

GUILLERMO.

Dios guarde á vuestra Alteza.

RICARDO.

Mi venerado Príncipe.

HAMLET.

¡Oh buenos amigos! ¿Cómo va? ¡Gui-

llermo, Ricardo, guapos mozos! ¿Cómo vá? ¿Qué se hace de bueno?

RICARDO.

Nada, señor: pasamos una vida muy indiferente.

GUILLERMO.

Nos creemos felices en no ser demasiado felices. No, no servimos de airon al tocado de la fortuna.

HAMLET.

¿Ni de suelas á su calzado?

RICARDO.

Ni uno ni otro.

HAMLET.

En tal caso (13) estareis colocados hácia su cintura: allí es el centro de los favores.

GUILLERMO.

Cierto, como privados suyos.

HAMLET.

Pues, allí en lo mas oculto..... ¡Ah! decis bien, ella es un prostituta..... ¿Qué hay de nuevo?

RICARDO.

Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

HAMLET.

Señal que el dia del juicio va á venir pronto. Pero vuestras noticias no son ciertas.... Permitid que os pregunte mas particularmente. ¿Por qué delitos os ha traido aquí vuestra mala suerte á vivir en prision?

GUILLERMO.

¿En prision decís?

HAMLET.

Sí, Dinamarca es una cárcel.

RICARDO.

Tambien el mundo lo será.

HAMLET.

Y muy grande, con muchas guardas, encierros y calabozos, y Dinamarca es uno de los peores.

RICARDO.

Nosotros no éramos de esa opinion.

HAMLET.

Para vosotros podrá no serlo, porque nada hay bueno ni malo, sino en fuerza de nuestra fantasía. Para mí es una verdadera cárcel.

RICARDO.

Será vuestra ambicion la que os le figura tal: la grandeza de vuestro ánimo le hallará estrecho.

HAMLET.

¡Oh Dios mio! Yo pudiera estar encerrado en la cáscara de una nuez, y creerme soberano de un estado inmenso..... Pero estos sueños terribles me hacen infeliz.

RICARDO.

Todos esos sueños son ambicion, y todo cuanto al ambicioso le agita, no es mas que la sombra de un sueño.

HAMLET.

El sueño en sí no es mas que una sombra.

RICARDO.

Ciertamente, y yo considero la ambicion por tan ligera y vana, que me parece la sombra de una sombra.

HAMLET.

De donde resulta que los mendigos son cuerpos, y los monarcas y héroes agigantados, sombras de los mendigos.... Iremos un rato á la corte, señores, porque á la verdad no tengo la cabeza para discurrir.

LOS DOS.

Os iremos sirviendo.

HAMLET.

¡Oh! no se trate de eso. No os quiero confundir con mis criados, que á fé de hombre de bien me sirven indignamente. Pero decidme por nuestra amistad antigua: ¿qué haceis en Elsingór?

RICARDO.

Señor, hemos venido únicamente á veros.

HAMLET.

Tan pobre soy que aun de gracias estoy escaso: no obstante, agradezco vuestra fineza.... Bien que os puedo asegurar que mis gracias, aunque se paguen á ochavo, se pagan mucho. ¿Y quién os ha hecho venir? ¿Es libre esta visita? ¿Me la haceis por vuestro gusto propio? Vaya, habladme con franqueza: vaya, decídmelo.

GUILLERMO.

¿Y qué os hemos de decir, señor?

HAMLET.

Todo lo que haya acerca de esto. A vosotros os envian sin duda, y en vuestros ojos hallo una especie de confesion, que toda vuestra reserva no puede desmentir. Yo sé que el bueno del

Rey y tambien la Reina os han mandado que vengais.

RICARDO.

¿Pero á qué fin?

HAMLET.

Eso es lo que debeis decirme. Pero os pido por los derechos de nuestra amistad, por la conformidad de nuestros años juveniles, por las obligaciones de nuestro no interrumpido afecto, por todo aquello, en fin, que sea para vosotros mas grato y respetable, que me digais con sencillez la verdad. ¿Os han mandado venir, ó no?

RICARDO.

¿Qué dices tú? (*Mirando á Guillermo.*)

HAMLET.

Ya os he dicho que lo estoy viendo en vuestros ojos: si me estimais de veras, no hay que desmentirlos.

GUILLERMO.

Pues señor, es cierto: nos han hecho venir.

HAMLET.

Y yo os voy á decir el motivo; así me anticiparé á vuestra propia confesion, sin que la fidelidad que debeis al Rey y á la Reina quede por vosotros ofendida. Yo he perdido de poco tiempo á esta parte, sin saber la causa, toda mi alegría, olvidando mis ordinarias ocupaciones; y este accidente ha sido tan funesto á mi salud, que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio esteril, ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre magestuosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestífera multitud de vapores. ¡Qué admirable fábrica es la del hombre! ¡Qué noble

BIBLIOTHECA IBERO-AMERICANA

su razon! ¡Qué infinitas sus facultades! ¡Qué expresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos! ¡Qué semejante á un ángel en sus acciones! ¡Y en su espíritu qué semejante á Dios! Él es sin duda lo mas hermoso de la tierra, el mas perfecto de todos los animales. Pues no obstante, ¿qué juzgais que es en mi estimacion ese purificado polvo? El hombre no me deleita.... ni menos la muger.... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobais mi opinion.

RICARDO.

En verdad, señor, que no habeis acertado mis ideas.

HAMLET.

¿Pues por qué te reías cuando dije que no me deleita el hombre?

RICARDO.

Me reí al considerar, puesto que los hombres no os deleitan, qué comidas

de cuaresma dareis á los cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en servicio vuestro.

HAMLET.

El que hace de Rey sea muy bien venido, su Magestad recibirá mis obsequios como es de razon; el arrojado caballero sacará á lucir su espada y su broquel, el enamorado no suspirará de balde, el que hace de loco acabará su papel en paz, el patan dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones áridos, y la dama expresará libremente su pasion, ó las interrupciones del verso hablarán por ella. ¿Y qué cómicos son?

RICARDO.

Los que mas os agradan regularmente. La compañía trágica de nuestra ciudad.

HAMLET.

¿Y por qué andan vagando así? ¿No les sería mejor para su reputacion y sus intereses establecerse en alguna parte?

RICARDO.

Creo que los (14) últimos reglamentos se lo prohiben.

HAMLET.

¿Son hoy tan bien recibidos como cuando yo estuve en la ciudad? ¿Acude siempre el mismo concurso?

RICARDO.

No señor, no por cierto.

HAMLET.

¿Y en qué consiste? ¿Se han echado á perder?

RICARDO.

No señor. Ellos han procurado seguir siempre su acostumbrado método, pero hay aquí una cria de (15) chiquillos, vencejos chillones, que gri-

tando en la declamacion fuera de propósito, son por esto mismo palmoteados hasta el exceso. Esta es la diversion del dia, y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman) que muchos caballeros de espada en cinta, atemorizados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven á poner el pie en los otros.

HAMLET.

¡Oiga! ¿Con que son muchachos? ¿Y quién los sostiene? ¿Qué sueldo les dan? ¿Abandonarán el ejercicio cuando pierdan la voz para cantar? Y cuando tengan que hacerse cómicos ordinarios, como parece verosímil que suceda, si carecen de otros medios, ¿no dirán entonces que sus compositores los han perjudicado, haciéndoles declamar contra la profesion misma que han tenido que abrazar despues?

RICARDO.

Lo cierto es que han ocurrido ya muchos disgustos por ambas partes, y la nacion ve sin escrúpulo continuarse la discordia entre ellos. Ha habido tiempo en que el dinero de las piezas no se cobraba, hasta que el poeta y el cómico reñian y se hartaban de bofetones.

HAMLET.

¿Es posible?

GUILLERMO.

¡Oh si lo es! Como que ha habido ya muchas cabezas rotas.

HAMLET.

Y qué, ¿los chicos han vencido en esas peleas?

RICARDO.

Cierto que sí, y se hubieran burlado del mismo Hércules con maza y todo.

HAMLET.

No es extraño. Ya veis mi tio Rey de Dinamarca. Los que se mofaban de él mientras vivió mi padre, ahora dan veinte, cuarenta, cincuenta y aun cien ducados por su retrato de miniatura. En esto hay algo que es mas que natural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

GUILLERMO.

Ya están ahí los cómicos.

HAMLET.

Pues caballeros, muy bien venidos á Elsingór: acercaos aquí, dadme las manos. Las señales de una buena acogida consisten por lo comun en ceremonias y cumplimientos; pero permitid que os trate así, porque os hago saber que yo debo recibir muy bien á los cómicos en lo exterior, y no quisiera que las distinciones que á ellos les haga, pareciesen mayores que las que os hago á vosotros. Bien venidos...

Pero mi tio padre, y mi madre tia, á fé á fé que se equivocan mucho.

GUILLERMO.

¿En qué, señor?

HAMLET.

Yo no estoy loco, sino cuando sopla el nornordeste; pero cuando corre el sud, distingo muy bien un huevo de una castaña.

ESCENA IX.

POLONIO Y DICHOS.

POLONIO.

Dios os guarde, señores.

HAMLET.

Oye aquí, Guillermo, y tú tambien... un oyente á cada lado. ¿Veis aquel vegestorio que acaba de entrar? Pues aún no ha salido de mantillas.

RICARDO.

O acaso habrá vuelto á ellas, porque segun se dice, la vejez es segunda infancia.

HAMLET.

Apostaré que me viene á hablar de los cómicos, tened cuidado..... Pues señor, tú tienes razon: eso fué el lúnes por la mañana, no hay duda.

POLONIO.

Señor, tengo que daros una noticia.

HAMLET.

Señor, tengo que daros una noticia. *(Imitando la voz de Polonio.)* Cuando Roscio era actor en Roma....

POLONIO.

Señor, los cómicos han venido.

HAMLET.

¡Tuh! ¡tuh! ¡tuh!

POLONIO.

Como soy hombre de bien que sí.

HAMLET.

Cada actor viene caballero en burro.

(*Hamlet declama este verso en tono trágico y los que dice poco despues.*)

POLONIO.

Estos son los mas excelentes actores del mundo, así en la tragedia (16) como en la comedia, historia ó pastoral, en lo cómico-pastoral, histórico-pastoral, trágico-histórico, tragi-cómico, histórico pastoral, escena (17) indivisible, poema ilimitado.... ¡Qué! para ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto demasiado ligero, y en cuanto á las reglas de composicion y á la franqueza cómica, estos son los únicos.

HAMLET.

¡Oh Jepté, juez de Israel!....

¡Qué tesoro poseiste!

POLONIO.

¿Y qué tesoro era el suyo, señor?

HAMLET.

¿Qué tesoro?

No mas que una hermosa hija
A quien amaba en extremo.

POLONIO.

Siempre pensando en mi hija.

HAMLET.

¿No tengo razon, anciano Jepté?

POLONIO.

Señor, si me llamais Jepté, cierto es que tengo una hija á quien amo en extremo.

HAMLET.

¡Oh! no es eso lo que se sigue.

POLONIO.

¿Pues qué sigue, señor?

HAMLET.

Esto.

No hay mas suerte que Dios, ni mas destino.

Y luego ya sabes:

Que cuanto nos sucede él lo previno.

Lee la primera (18) línea de aquella devota cancion, y ella sola te manifestará lo demas. Pero ¿veis? Ahí vienen otros á hablar por mí.

ESCENA X.

HAMLET. RICARDO. GUILLERMO. POLONIO Y CUATRO CÓMICOS.

HAMLET.

Bien venidos, señores: me alegro de veros á todos tan buenos. Bien veni-

dos.... ¡Oh! ¡oh camarada antiguo! mucho se te ha arrugado la cara desde la última vez que te ví. ¿Vienes á Dinamarca á hacerme parecer viejo á mí tambien? ¡Y tú, mi niña, oiga! ya eres una señorita: por la Vírgen, que ya está vuesamerced una cuarta mas cerca del cielo desde que no la he visto. Dios (19) quiera que tu voz, semejante á una pieza de oro falso, no se descubra al echarla en el crisol. Señores, muy bien venidos todos. Pero amigos, yo voy en derechura al caso, y corro detrás del primer objeto que se me presenta, como halconero frances. Yo quiero al instante una relacion. Sí, veamos alguna prueba de vuestra habilidad. Vaya un pasage afectuoso.

CÓMICO 1.°

¿Y cuál quereis, señor?

HAMLET.

Me acuerdo de haberte oido en otro

tiempo una relacion que nunca se ha representado al público, ó una sola vez cuando mas.... Sí, y me acuerdo tambien que no agradaba á la multitud: no era ciertamente manjar para el vulgo. Pero á mí me pareció entonces, y aun á otros cuyo dictámen vale mas que el mio, una excelente pieza, bien dispuesta la fábula, y escrita con elegancia y decoro. No faltó sin embargo quien dijo que no habia en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, y que lo insignificante del estilo anunciaba poca sensibilidad en el autor; bien que no dejaban de tenerla por obra escrita con método, instructiva y elegante, y mas brillante que delicada. Particularmente me gustó mucho en ella una relacion que Eneas hace á Dido, y sobre todo cuando habla de la muerte de Priamo. Si la tienes en la memoria.... empieza por

aquel verso.... deja, deja, veré si me acuerdo.

Pirro feroz como la Hircana tigre....

(*Todos los versos de esta escena los dicen con declamacion trágica.*)

No es este, pero empieza con Pirro.... ¡ah!....

Pirro (20) feroz, con pavonadas armas,
Negras como su intento, reclinado
Dentro en los senos del caballo enorme,
A la lóbrega noche parecia.
Ya su terrible, ennegrecido aspecto
Mayor espanto da. Todo le tiñe
De la cabeza al pie caliente sangre
De ancianos y matronas, de robustos
Mancebos y de vírgenes, que abrasa
El fuego de inflamados edificios
En confuso monton: á cuya horrenda
Luz que despiden, el caudillo insano
Muerte y estrago esparce. Ardiendo en ira,
Cubierto de cuajada sangre, vuelve

Los ojos, al carbunclo semejantes,
Y busca, instado de infernal venganza,
Al viejo abuelo Priamo.....

Prosigue tú.

POLONIO.

¡Muy bien declamado, á fé mia! con buen acento y bella expresion.

CÓMICO 1.°

Al momento
Le ve lidiando ¡resistencia breve!
Contra los griegos: su temida espada
Rebelde al brazo ya, le pesa inútil.
Pirro, de furias lleno, le provoca
A liza desigual: herirle intenta,
Y el aire solo del funesto acero
Postra al débil anciano. Y cual si fuese
A tanto golpe el Ilion sensible,
Al suelo desplomó sus techos altos,
Ardiendo en llamas, y al rumor suspenso.
Pirro.... ¿Le veis? la espada que venia
A herir del Teucro la nevada frente
Se detiene en los aires, y él inmoble,

Absorto y mudo y sin accion su enojo,
La imágen de un tirano representa
Que figuró el pincel. Mas como suele
Tal vez el cielo en tempestad obscura
Parar su movimiento, de los aires
El ímpetu cesar, y en silenciosa
Quietud de muerte reposar el orbe,
Hasta que el trueno, con horror zumbando,
Rompe la alta region, así un instante
Suspensa fué la cólera de Pirro,
Y así, dispuesto á la venganza, el duro
Combate renovó. No mas tremendo
Golpe en las armas de Mavorte eternas
Dieron jamás los cíclopes tostados,
Que sobre el triste anciano la cuchilla
Sangrienta dió del sucesor de Aquiles.
¡Oh fortuna faláz!.... Vos, poderosos
Dioses, quitadla su dominio injusto:
Romped los rayos de su rueda y calces,
Y el eje circular desde el Olimpo
Caiga en pedazos del abismo al centro.

POLONIO.

Es demasiado largo.

HAMLET.

Lo mismo dirá de tus barbas el barbero. Prosigue. Este solo gusta de ver bailar ó de oir cuentos de alcahuetas, ó si no se duerme. Prosigue con aquello de Hécuba.

CÓMICO 1.°

Pero quien viese ¡oh vista dolorosa!
La mal ceñida Reina.....

HAMLET.

¡La mal ceñida Reina!

POLONIO.

Eso es bueno, mal ceñida Reina, ¡bueno!

CÓMICO 1.°

Pero quien viese ¡oh vista dolorosa!
La mal ceñida Reina, el pie desnudo,
Girar de un lado al otro, amenazando
Extinguir con sus lágrimas el fuego....
En vez de vestidura rozagante
Cubierto el seno, harto fecundo un dia,

Con las ropas del lecho arrebatadas,
(Ni á mas la dió lugar el susto horrible)
Rasgado un velo en su cabeza, donde
Antes resplandeció corona augusta.....
¡Ay! quien la viese, á los supremos hados
Con lengua venenosa execraria.
Los Dioses mismos, si á piedad les mueve
El linage mortal, dolor sintieran
De verla, cuando al implacable Pirro
Halló esparciendo en trozos con su espada,
Del muerto esposo los helados miembros.
Lo ve, y exclama con gemido triste,
Bastante á conturbar allá en su altura
Las deidades de Olimpo, y los brillantes
Ojos del cielo humedecer en lloro.

POLONIO.

Ved como muda de color y se le han saltado las lágrimas. No, no prosigais.

HAMLET.

Basta ya, presto me dirás lo que falta. Señor mio, es menester hacer que estos cómicos se establezcan, ¿lo en-

tiendes? y agasajarlos bien. Ellos son sin duda el epítome histórico de los siglos, y mas te valdrá tener despues de muerto un mal epitafio, que una mala reputacion entre ellos mientras vivas.

POLONIO.

Yo, señor, los trataré conforme á sus méritos.

HAMLET.

¡Qué cabeza esta! No señor, mucho mejor. Si á los hombres se les hubiese de tratar segun merecen, ¿quién escaparia de ser azotado? Trátalos como corresponde á tu nobleza y á tu propio honor: cuanto menor sea su mérito, mayor sea tu bondad. Acompáñalos.

POLONIO.

Venid, señores.

HAMLET.

Amigos, id con él. Mañana habrá

comedia. Oye aqui tú, amigo: dime, ¿no pudiérais representar *La Muerte de Gonzago?*

CÓMICO 1°.

Sí señor.

HAMLET.

Pues mañana á la noche quiero que se haga. ¿Y no podrias, si fuese menester, aprender de memoria unos doce ó diez y seis versos que quiero escribir é insertar en la pieza? ¿Podrás?

CÓMICO 1°.

Sí señor.

HAMLET.

Muy bien: pues vete con aquel caballero, y cuenta no hagais burla de él. Amigos, hasta la noche. Pasadlo bien.

RICARDO.

Señor.

HAMLET.

Id con Dios.

ESCENA XI.

HAMLET.

Ya estoy solo. ¡Qué abatido, que insensible soy! ¿No es admirable que este actor, en una fábula, en una ficcion, pueda dirigir tan á su placer el ánimo, que así agite y desfigure el rostro en la declamacion, vertiendo de sus ojos lágrimas, débil la voz, y todas sus acciones tan acomodadas á lo que quiere expresar? Y esto por nadie: por Hécuba. ¿Y quién es Hécuba para él, ó él para ella, que así llora sus infortunios? ¡Pues qué no haria si él tuviese los tristes motivos de dolor que yo tengo! Inundaria el teatro con llanto, su terrible acento conturbaria á cuantos le oyesen, llenaria de desesperacion al culpado, de temor al ino-

cente, al ignorante de confusion, y sorprenderia con asombro la facultad de los ojos y los oidos. ¡Pero yo, miserable, sin vigor y estúpido, sueño adormecido, permanezco mudo, y miro con tal indiferencia mis agravios! ¿Qué? ¿Nada merece un Rey con quien se cometió el mas atroz delito para despojarle del cetro y la vida? ¿Soy cobarde yo? ¿Quién se (21) atreve á llamarme villano, ó á insultarme en mi presencia, arrancarme la barba, soplármela al rostro, asirme de la nariz, ó hacerme tragar legía que me llegue al pulmon? ¿Quién se atreve á tanto? ¿Sería yo capaz de sufrirlo? Sí, que no es posible, sino que yo sea como la paloma que carece de hiel, incapaz de acciones crueles; á no ser esto, ya se hubieran cebado los milanos del aire en los despojos de aquel indigno, deshonesto, homicida, pérfido seduc-

tor, feroz malvado, que vive sin remordimientos de su culpa. ¿Pero por qué he de ser tan necio? ¿Será generoso proceder el mio, que yo, hijo de un querido padre (de cuya muerte alevosa el cielo y el infierno mismo me piden venganza), afeminado y débil desahogue con palabras el corazon, prorumpa en execraciones vanas como una prostituta (22) vil ó un pillo de cocina? ¡Ah! no, ni aun solo imaginarlo. ¡Eh!.... Yo he oido que tal vez asistiendo á una representacion hombres muy culpados, han sido heridos en el alma con tal violencia por la ilusion del teatro, que á vista de todos han publicado sus delitos; que la culpa, aunque sin lengua, siempre se manifestará por medios maravillosos. Yo haré que estos actores representen delante de mi tio algun pasage que tenga semejanza con la muerte

de mi padre. Yo le heriré en lo mas vivo del corazon, observaré sus miradas: si muda (25) de color, si se estremece, ya sé lo que me toca hacer. La aparicion que ví, pudiera ser un espíritu del infierno. Al demonio no le es difícil presentarse bajo la mas agradable forma; sí, y acaso como él es tan poderoso, sobre una imaginacion perturbada, valiéndose de mi propia debilidad y melancolía, me engaña para perderme. Yo voy á adquirir pruebas mas sólidas, y esta representacion ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del Rey.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Galería de Palacio.

CLAUDIO. GERTRUDIS. POLONIO. OFELIA. RICARDO. GUILLERMO.

CLAUDIO.

¿Y no os fué posible indagar en la conversacion que con él tuvísteis, de qué nace aquel desórden de espíritu que tan cruelmente altera su quietud con turbulenta y peligrosa demencia?

RICARDO.

Él mismo reconoce los extravíos de su razon, pero no ha querido manifestarnos el orígen de ellos.

GUILLERMO.

Ni le hallamos en disposicion de ser examinado, porque siempre huye de la cuestion con un rasgo de locura, cuando ve que le conducimos al punto de descubrir la verdad.

GERTRUDIS.

¿Fuísteis bien recibidos de él?

RICARDO.

Con mucha cortesía.

GUILLERMO.

Pero se le conocia una cierta sujecion.

RICARDO.

Preguntó poco, pero respondia á todo con prontitud.

GERTRUDIS.

¿Le habeis convidado para alguna diversion?

RICARDO.

Sí señora, porque casualmente habíamos encontrado una compañía de

cómicos en el camino: se lo dijimos y mostró complacencia al oirlo. Están ya en la corte, y creo que tienen órden de representarle esta noche una pieza.

POLONIO.

Así es la verdad, y me ha encargado de suplicar á vuestras Magestades que asistan á verla y oirla.

CLAUDIO.

Con mucho gusto: me complace en extremo saber que tiene tal inclinacion. Vosotros, señores, excitadle á ella, y aplaudid su propension á este género de placeres.

RICARDO.

Así lo haremos.

ESCENA II.

CLAUDIO. GERTRUDIS. POLONIO. OFELIA.

CLAUDIO.

Tú, mi amada Gertrudis, deberás tambien retirarte, porque hemos dispuesto que Hamlet al venir aquí, como si fuera casualidad, encuentre á Ofelia. Su padre (1) y yo, testigos los mas aptos para el fin, nos colocaremos donde veamos sin ser vistos: así podremos juzgar de lo que entre ambos pase, y en las acciones y palabras del Príncipe conoceremos si es pasion de amor el mal de que adolece.

GERTRUDIS.

Voy á obedeceros, y por mi parte, Ofelia, ¡oh cuánto desearia que tu rara hermosura fuese el dichoso orígen

de la demencia de Hamlet! Entonces yo deberia esperar que tus prendas amables pudieran para vuestra mutua felicidad restituirle su salud perdida.

OFELIA.

Yo, señora, tambien quisiera que fuese así.

ESCENA III.

CLAUDIO. POLONIO. OFELIA.

POLONIO.

Paséate por aquí, Ofelia. Si vuestra Magestad gusta, podemos ya ocultarnos. Haz que lees en este libro (*Dándola un libro.*): esta ocupacion disculpará la soledad del sitio..... ¡Materia es por cierto en que tenemos mucho de que acusarnos! ¡Cuántas veces con el semblante de la devocion y la apariencia

de acciones piadosas engañamos al diablo mismo!

CLAUDIO.

Demasiado cierto es.... (*Aparte.* ¡Qué cruelmente ha herido esa reflexion mi conciencia! El rostro de la meretriz, hermoseada con el arte, no es mas feo despojado de los afeites, que lo es mi delito disimulado en palabras traidoras. ¡Oh qué pesada carga me oprime!)

POLONIO.

Ya le siento llegar, señor, conviene retirarnos.

ESCENA IV.

HAMLET. OFELIA.

(Hamlet dirá este monólogo, creyéndose solo. Ofelia á un extremo del teatro, lee.)

HAMLET.

Existir [2] ó no existir, esta es la

cuestion. ¿Cuál es mas digna accion del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, ú oponer los brazos á este torrente de calamidades y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No mas? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sinnúmero, patrimonio de nuestra debil naturaleza?... Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo: porque el considerar que sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razon harto poderosa para detenernos. Esta es la consideracion que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaria la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pací-

fico el mérito de los hombres mas indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con solo un puñal? ¿Quién podria tolerar tanta opresion, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de que existe alguna cosa mas allá de la muerte (aquel pais desconocido, de cuyos límites ningun caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, antes que ir á buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta prevision nos hace á todos cobardes: así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia, las empresas de mayor importancia por esta sola consideracion mudan

camino, no se ejecutan y se reducen á designios vanos. Pero... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

OFELIA.

¿Cómo os habeis sentido, señor, en todos estos dias?

HAMLET.

Muchas gracias. Bien.

OFELIA.

Conservo en mi poder algunas expresiones vuestras que deseo restituiros mucho tiempo ha, y os pido que ahora las tomeis.

HAMLET.

No, yo (3) nunca te dí nada.

OFELIA.

Bien sabeis, señor, que os digo verdad.... Y con ellas me dísteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con extremo su valor; pe-

ro ya disipado aquel perfume, recibidlas, que un alma generosa considera como viles los mas opulentos dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlos aquí. *(Presentándole algunas joyas. Hamlet rehusa tomarlas.)*

HAMLET.

¡Oh! ¡oh! ¿Eres honesta?

OFELIA.

Señor.....

HAMLET.

¿Eres hermosa?

OFELIA.

¿Qué pretendeis decir con eso?

HAMLET.

Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

OFELIA.

¿Puede acaso tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

HAMLET.

Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá á la honestidad en una alcahueta, antes que la honestidad logre dar á la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenia esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada.... Yo te queria antes, Ofelia.

OFELIA.

Así me lo dábais á entender.

HAMLET.

Y tú no debieras haberme creido, porque nunca puede la virtud ingerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemo original.... Yo no te he querido nunca.

OFELIA.

Muy engañada estuve.

HAMLET.

Mira, vete á un convento: ¿para

qué te has de exponer á ser madre de hijos pecadores? Yo soy medianamente bueno; pero al considerar algunas cosas de que puedo acusarme, sería mejor que mi madre no me hubiese parido. Yo soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con mas pecados sobre mi cabeza que pensamientos para explicarlos, fantasía para darles forma, ni tiempo para llevarlos á ejecucion. ¿A qué fin los miserables como yo han de existir arrastrados entre el cielo y la tierra? Todos somos insignes malvados: no creas á ninguno de nosotros, vete, vete á un convento.... ¿En dónde está tu padre?

OFELIA.

En casa está, señor.

HAMLET.

Sí: pues que cierren bien todas las puertas, para que si quiere hacer lo-

curas las haga dentro de su casa. A Dios. (*Hace que se va, y vuelve.*)

OFELIA.

¡Oh mi buen Dios! favorecedle.

HAMLET.

Si te casas, quiero darte esta maldicion en dote. Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia. Vete á un convento. A Dios. Pero.... escucha: si tienes necesidad de casarte, cásate con un tonto, porque los hombres avisados saben muy bien que vosotras los convertís en fieras.... Al convento, y pronto. A Dios.

(*Hace que se va; y vuelve.*)

OFELIA.

¡El cielo con su poder le alivie!

HAMLET.

He oido hablar mucho de vuestros afeites y embelecos. La naturaleza os dió una cara, y vosotras os haceis otra

distinta. Con esos brinquillos, ese pasito corto, ese hablar aniñado pasais por inocentes y convertís en gracia vuestros defectos mismos. Pero no hablemos mas de esta materia, que me ha hecho perder la razon.... Digo solo que de hoy en adelante no habrá mas casamientos: los que ya están casados (exceptuando uno) permanecerán así, los otros se quedarán solteros.... Vete al convento, vete.

ESCENA V.

OFELIA.

¡Oh qué trastorno ha padecido esa alma generosa! La penetracion del cortesano, la lengua del sábio, la espada del guerrero, la esperanza y delicias del estado, el espejo de la cultura, el modelo de la gentileza que estudiaban los mas advertidos, todo, todo se ha

aniquilado. Y yo, la mas desconsolada é infeliz de las mugeres, que gusté algun dia la miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel noble y sublime entendimiento desacordado, como la campana sonora que se hiende, aquella incomparable presencia, aquel semblante de florida juventud, alterado con el frenesí. ¡Oh cuánta, cuánta es mi desdicha de haber visto lo que ví, para ver ahora lo que veo!

ESCENA VI.

CLAUDIO. POLONIO. OFELIA.

CLAUDIO.

¡Amor! ¡Qué! No van por ese camino sus afectos; ni en lo que ha dicho, aunque algo falto de órden, hay nada que parezca locura. Alguna idea tiene en el ánimo que cubre y fomenta su

melancolía, y rezelo que ha de ser un mal el fruto que produzca. A fin de prevenirlo, he resuelto que salga prontamente para Inglaterra á pedir en mi nombre los atrasados tributos. Acaso el mar y los paises diferentes podrán con la variedad de objetos alejar esta pasion que le ocupa, sea la que fuere, sobre la cual su imaginacion sin cesar golpea. ¿Qué te parece?

POLONIO.

Que así es lo mejor. Pero yo creo no obstante, que el orígen y principio de su afliccion provengan de un amor mal correspondido. Tú, Ofelia, no hay para qué nos cuentes lo que te ha dicho el Príncipe, que todo lo hemos oido.

ESCENA VII.

CLAUDIO. POLONIO.

POLONIO.

Haced lo que os parezca, señor; pero si lo juzgais á propósito, sería bien que la Reina retirada á solas con él, luego que se acabe el espectáculo, le inste á que la manifieste sus penas, hablándole con entera libertad. Yo, si lo permitís, me pondré en parage de donde pueda oir toda la conversacion. Si no logra su madre descubrir este arcano, enviadle á Inglaterra, ó desterradle donde vuestra prudencia os dicte.

CLAUDIO.

Así se hará. La locura de los poderosos debe ser examinada con escrupulosa atencion.

ESCENA VIII.

Salon de palacio.

(*El salon estará iluminado: habrá asientos que formen semicírculo para el concurso que ha de asistir al espectáculo. Ha de haber en el foro una gran puerta con pabellones y cortina, por donde saldrán á su tiempo los actores que deben representar.*)

HAMLET, Y DOS CÓMICOS.

HAMLET.

Dirás (4) este pasage en la forma que te le he declamado yo: con soltura de lengua, no con voz desentonada como lo hacen muchos de nuestros cómicos: mas valdria entonces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees así acuchillando el aire: moderacion en todo, puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por mejor decir el huracan de las pa-

siones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la expresion. A mí me desazona en extremo ver á un hombre muy cubierta la cabeza con su cabellera, que á fuerza de gritos estropea los afectos que quiere exprimir, y rompe y desgarra los oidos del vulgo rudo, que solo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaria azotar á un energúmeno de tal especie: Herodes de farsa, mas furioso que el mismo Herodes. Evita, evita este vicio.

CÓMICO 1.°

Así os lo prometo.

HAMLET.

Ni seas tampoco demasiado frio: tu misma prudencia debe guiarte. La accion debe corresponder á la palabra, y esta á la accion, cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que mas

se oponga al fin de la representacion, que desde el principio hasta ahora ha sido y es ofrecer á la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su propia imágen, cada nacion y cada siglo sus principales caracteres. Si esta pintura se exagera ó se debilita, excitará la risa de los ignorantes; pero no puede menos de disgustar á los hombres de buena razon, cuya censura debe ser para vosotros de mas peso que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar á algunos cómicos, que otros aplaudian con entusiasmo por no decir con escándalo, los cuales no tenian acento ni figura de cristianos, ni de gentiles, ni de hombres: que al verlos hincharse y bramar, no los juzgué de la especie humana, sino unos simulacros rudos de hombres, hechos por algun mal aprendiz.

Tan inicuamente imitaban la naturaleza.

CÓMICO 1.°

Yo creo que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

HAMLET.

Corregidle del todo, y cuidad tambien que los que hacen (5) de payos no añadan nada á lo que está escrito en su papel; porque algunos de ellos para hacer reir á los oyentes mas adustos, empiezan á dar risotadas, cuando el interés del drama deberia ocupar toda la atencion. Esto es indigno, y manifiesta demasiado en los necios que lo practican, el ridículo empeño de lucirlo. Id á prepararos.

ESCENA IX.

HAMLET. POLONIO. RICARDO. GUILLERMO.

HAMLET.

¿Y bien, Polonio, gustará el Rey de oir esta pieza?

POLONIO.

Sí señor, al instante, y la Reina tambien.

HAMLET.

Ve á decir á los cómicos que se despachen. ¿Quereis ir vosotros á darles prisa?

RICARDO.

Con mucho gusto.

ESCENA X.

HAMLET. HORACIO.

HAMLET.

¿Quién es?.... ¡ah! Horacio.

HORACIO.

Veisme aquí, señor, á vuestras órdenes.

HAMLET.

Tú, Horacio, eres un hombre cuyo trato me ha agradado siempre.

HORACIO.

¡Oh! señor.....

HAMLET.

No creas que pretendo adularte: ¿ni qué utilidades puedo yo esperar de tí, que exceptuando tus buenas prendas, no tienes otras rentas para alimentarte y vestirte? ¿Habrá quien adule al pobre? No.... Los que tienen almibarada

la lengua, váyanse á lamer con ella la grandeza estúpida, y doblen los goznes de sus rodillas donde la lisonja encuentre galardon. ¿Me has entendido? Desde que mi alma se halló capaz de conocer á los hombres y pudo elegirlos, tú fuiste el escogido y marcado para ella; porque siempre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual semblante los premios y los reveses de la fortuna. Dichosos aquellos cuyo temperamento y juicio se combinan con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una flauta dispuesta á sonar segun ella guste. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazon; sí, en el corazon de mi corazon, como lo hago contigo. Pero yo me dilato demasiado en esto. Esta noche se representa un drama delante del Rey: una de sus escenas contiene cir-

cunstancias muy parecidas á las de la muerte de mi padre, de que ya te hablé. Te encargo que cuando este paso se represente, observes á mi tio con la mas viva atencion del alma: si al ver uno de aquellos lances su oculto delito no se descubre por sí solo, sin duda el que hemos visto es un espíritu infernal, y son todas mis ideas mas negras que los yunques de Vulcano. Examína*le cuidadosamente*: yo tambien fijaré mi vista en su rostro, y despues uniremos nuestras observaciones para juzgar lo que su exterior nos anuncie.

HORACIO.

Está bien, señor; y si durante el espectáculo logra hurtar á nuestra indagacion el menor arcano, yo pago el hurto.

HAMLET.

Ya vienen á la funcion: vuélvome á hacer el loco, y tú busca asiento.

ESCENA XI.

CLAUDIO. GERTRUDIS. HAMLET. HORACIO. POLONIO. OFELIA. RICARDO. GUILLERMO, Y ACOMPAÑAMIENTO DE DAMAS, CABALLEROS, PAGES Y GUARDIAS.

(Suena marcha dánica.)

CLAUDIO.

¿Cómo estás, mi querido Hamlet?

HAMLET.

Muy bueno, señor; me mantengo del aire como el camaleon, engordo con esperanzas. No podreis vos cebar así á vuestros capones.

CLAUDIO.

No comprendo esa respuesta, Hamlet, ni tales razones son para mí.

HAMLET.

Ni para mí tampoco. ¿No dices tú que una vez representaste en la universidad? ¿eh?

POLONIO.

Sí señor, así es, y fuí reputado por muy buen actor.

HAMLET.

¿Y qué hiciste?

POLONIO.

El papel de Julio César. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

HAMLET.

Muy bruto (6) fué el que cometió en el Capitolio tan capital delito. ¿Están ya prevenidos los cómicos?

RICARDO.

Sí señor, y esperan solo vuestras órdenes.

GERTRUDIS.

Ven aquí, mi querido Hamlet, ponte á mi lado.

(Gertrudis y Claudio se sientan junto á la puerta por donde han de salir los actores. Siguen por su órden las damas y caballeros. Hamlet se sienta en el suelo á los pies de Ofelia.)

HAMLET.

No señora, aquí hay un iman de mas atraccion para mí.

POLONIO.

¡Ah! ¡ah! ¿habeis notado eso?

HAMLET.

¿Permitireis que me ponga sobre vuestra rodilla?

OFELIA.

No señor.

HAMLET.

Quiero decir, apoyar mi cabeza en vuestra rodilla.

OFELIA.

Sí señor.

HAMLET.

¿Pensais que yo quisiera cometer alguna indecencia?

OFELIA.

No, no pienso nada de eso.

HAMLET.

Qué dulce cosa es.... (7)

OFELIA.

¿Qué decís, señor?

HAMLET.

Nada.

OFELIA.

Se conoce que estais de fiesta.

HAMLET.

¿Quién, yo?

OFELIA.

Sí señor.

HAMLET.

Lo hago solo por divertiros. Y bien mirado, ¿qué debe hacer un hombre sino vivir alegre? Ved mi madre qué contenta está y mi padre murió ayer.

OFELIA.

¡Eh! no señor, que ya hace dos meses.

HAMLET.

¿Tanto ha? ¡oh! pues quiero vestirme todo de arminios, y llévese el diablo el luto. ¡Dios mio! ¿dos meses ha que murió y todavía se acuerdan de él? De esa manera ya puede esperarse que la memoria de un grande hombre le sobreviva quizás medio año; bien que es menester que haya sido fundador de iglesias, que si no, por la Vírgen santa, no habrá nadie que de él se acuerde, como del caballo de palo, de quien dice aquel epitafio:

Ya murió el caballito de palo,
Y ya le olvidaron así que murió.

(Suenan (8) trompetas, y se da principio á la escena muda. Salen el duque y la duquesa (que lo harán los cómicos 1.° y 2.°); al encontrarse, se saludan y abrazan afectuosamente: ella se arrodilla, mostrando

el mayor respeto, él la levanta y reclina la cabeza sobre el pecho de su esposa. Acuéstase el duque en un lecho de flores, y ella se retira al verle dormido. Sale el cómico 3.° (que hace el papel de Luciano, sobrino del duque), se acerca, le quita al duque la corona, la besa, le derrama en el oido una porcion de licor que lleva en un frasco, y hecho esto se va. Vuelve la duquesa, y hallando muerto á su marido, manifiesta gran sentimiento. Sale Luciano con dos ó tres que le acompañan, y hace ademanes de dolor: manda retirar el cadáver, y quedando á solas con la duquesa, la solicita y la ofrece dádivas: ella resiste un poco y le desdeña, pero al fin admite su amor. Vanse.)

OFELIA.

¿Qué significa esto, señor?

HAMLET.

Eso es un asesinato oculto, y anuncia grandes maldades.

OFELIA.

Segun parece, la escena muda contiene el argumento del drama.

ESCENA XII.

CÓMICO 4.° Y DICHOS.

HAMLET.

Ahora lo sabremos por lo que nos diga ese actor: los cómicos no pueden callar un secreto, todo lo cuentan.

OFELIA.

¿Nos dirá este lo que significa la escena que hemos visto?

HAMLET.

Sí por cierto, y cualquiera otra escena que le hagais ver. Como no os avergonzeis de representársela, él no se avergonzará de deciros lo que significa.

OFELIA.

¡Qué malo, qué malo sois! Pero dejadme atender á la pieza.

CÓMICO 4.°

Humildemente os pedimos
Que escucheis esta tragedia,
Disimulando las faltas
Que haya en nosotros y en ella.

HAMLET.

¿Es esto prólogo, ú mote de sortija?

OFELIA.

¡Qué corto ha sido!

HAMLET.

Como cariño de muger.

ESCENA XIII.

CÓMICO 1.°, CÓMICO 2.° Y DICHOS.

CÓMICO 1.°

Ya treinta (9) vueltas dió de Febo el carro
A las ondas saladas de Nereo
Y al globo de la tierra, y treinta veces
Con luz prestada han alumbrado el suelo

Doce lunas, en giros repetidos,
Despues que el Dios de amor y el Himeneo
Nos enlazaron, para dicha nuestra,
En nudo santo el corazon y el cuello.

CÓMICO 2.°

Y, ¡ oh ! quiera el cielo que otros tantos giros
A la luna y al sol, señor, contemos
Antes que el fuego de este amor se apague.
Pero es mi pena inconsolable al veros
Doliente, triste, y tan diverso ahora
De aquel que fuisteis.... Tímida recelo....
Mas toda mi aficion nada os conturbe:
Que en pecho femenil llega al exceso
El temor y el amor. Allí residen
En igual proporcion ambos afectos,
O no existe ninguno, ó se combinan
Este y aquel con el mayor extremo.
Cuan grande es el amor que á vos me inclina,
Las pruebas lo dirán que dadas tengo;
Pues tal es mi temor. Si un fino amante,
Sin motivo tal vez, vive temiendo;
La que al veros así toda es temores,
Muy puro amor abrigará en el pecho.

CÓMICO 1.°

Sí, yo debo dejarte, amada mia,
Inevitable es ya: cederán presto
A la muerte mis fuerzas fatigadas;
Tú vivirás, gozando del obsequio
Y el amor de la tierra. Acaso entonces
Un digno esposo....

CÓMICO 2.°

No, dad al silencio
Esos anuncios. ¿Yo? ¿pues no serian
Traicion culpable en mí tales afectos?
¿Yo un nuevo esposo? No, la que se entrega
Al segundo, señor, mató al primero.

HAMLET.

Esto es zumo de agenjos.

CÓMICO 2.°

Motivos de interés tal vez inducen
A renovar los nudos de Himeneo;
No motivos de amor: yo causaria

Segunda muerte á mi difunto dueño,
Cuando del nuevo esposo recibiera
En tálamo nupcial amantes besos.

CÓMICO 1.°

No dudaré que el corazon te dicta
Lo que aseguras hoy: fácil creemos
Cumplir lo prometido y fácilmente
Se quebranta y se olvida. Los deseos
Del hombre á la memoria están sumisos,
Que nace activa y desfallece presto.
Así pende (10) del ramo acerbo el fruto,
Y así maduro, sin impulso ageno,
Se desprende despues. Dificilmente
Nos acordamos de llevar á efecto
Promesas hechas á nosotros mismos,
Que al cesar la pasion cesa el empeño.
Cuando de la afleccion y la alegría
Se moderan los ímpetus violentos,
Con ellos se disipan las ideas
A que dieron lugar, y el mas ligero
Acaso, los placeres en afanes
Muda tal vez, y en risa los lamentos.
Amor, como la suerte, es inconstante:

Que en este mundo al fin nada hay eterno,
Y aun se ignora si él manda á la fortuna
O si esta del amor cede al imperio.
Si el poderoso del lugar sublime
Se precipita, le abandonan luego
Cuantos gozaron su favor: si el pobre
Sube á prosperidad, los que le fueron
Mas enemigos su amistad procuran;
(Y el amor sigue á la fortuna en esto)
Que nunca al venturoso amigos faltan,
Ni al pobre desengaños y desprecios.
Por diferente senda se encaminan
Los destinos del hombre y sus efectos,
Y solo en él la voluntad es libre;
Mas no la ejecucion, y así el suceso
Nuestros designios todos desvanece.
Tú me prometes no rendir á nuevo
Yugo tu libertad.... Esas ideas,
¡Ay! morirán cuando me vieres muerto.

CÓMICO 2.°

Luces me niegue el sol, frutos la tierra,
Sin descanso y placer viva muriendo,
Desesperada y en prision obscura

Su mesa envidie al heremita austero
Cuantas penas el ánimo entristecen,
Todas turben el fin de mis deseos
Y los destruyan, ni quietud encuentre
En parte alguna con afan eterno;
Si ya difunto mi primer esposo,
Segundas bodas pérfida celebro.

HAMLET.

Si ella no cumpliese lo que promete....

CÓMICO 1.°

Mucho juraste. Aquí gozar quisiera
Solitaria quietud, rendido siento
Al cansancio mi espíritu. Permite
Que alguna parte le conceda al sueño
De las molestas horas.

(*Se acuesta en un lecho de flores.*)

CÓMICO 2.°

Él te halague
Con tranquilo descanso, y nunca el cielo
En union tan feliz pesares mezcle. (*Vase.*)

HAMLET.

¿Y bien, señora, qué tal os va pareciendo la pieza?

GERTRUDIS.

Me parece que esa muger promete demasiado.

HAMLET.

Sí, pero lo cumplirá.

CLAUDIO.

¿Te has (11) enterado bien del asunto? ¿Tiene algo que sea de mal ejemplo?

HAMLET.

No señor, no. Si todo ello es mera ficcion: un veneno... fingido; pero mal ejemplo ¡qué! no señor.

CLAUDIO.

¿Cómo se intitula este drama?

HAMLET.

La Ratonera. Cierto que sí.... es un título metafórico. En esta pieza se trata de un homicidio cometido en Vie-

na.... el duque se llama Gonzago y su muger Baptista.... Ya, ya vereis presto.... ¡Oh! ¡es un enredo maldito! ¿Y qué importa? A vuestra Magestad y á mí, que no tenemos culpado el ánimo, no nos puede incomodar: al rocin (12) que esté lleno de mataduras le hará dar coces; pero á bien que nosotros no tenemos deshollado el lomo.

ESCENA XIV.

CÓMICO 3.° Y DICHOS.

HAMLET.

Este que sale ahora se llama Luciano, sobrino del duque.

OFELIA.

Vos suplís perfectamente la falta del coro.

HAMLET.

Y aun pudiera servir de intérprete

entre vos y vuestro amante, si viese puestos en accion entrambos títeres.

OFELIA.

¡Vaya, que teneis una lengua que corta!

HAMLET.

Con un buen suspiro que deis, se la quita el filo.

OFELIA.

Eso es: siempre de mal en peor.

HAMLET.

Así haceis vosotras en la eleccion de maridos, de mal en peor. Empieza, asesino. Déjate de poner ese gesto de condenado y empieza. Vamos..... el cuervo graznador está ya gritando venganza.

CÓMICO 3.°

Negros designios, brazo ya dispuesto
A ejecutarlos, tósigo oportuno,
Sitio remoto, favorable el tiempo

Y nadie que lo observe. Tú, extraido
De la profunda noche en el silencio
Atroz veneno, de mortales yerbas,
(Invocada Prosérpina) compuesto:
Infectadas tres veces y otras tantas
Exprimidas despues, sirve á mi intento;
Pues á tu actividad mágica, horrible,
La robustez vital, cede tan presto.

(*Acércase adonde está durmiendo el cómico* 1°, *destapa un frasquillo, y le echa una porcion de licor en el oido.*)

HAMLET.

¿Veis? Ahora le envenena en el jardin para usurpàrle el cetro. El duque se llama Gonzago.... Es historia cierta, y corre escrita en muy buen italiano. Presto vereis como la muger de Gonzago se enamora del matador.

(*Levàntase Claudio lleno de indignacion. Gertrudis, los caballeros, damas y acompañamiento hacen lo mismo, y se van segun lo indica el diálogo.*)

OFELIA.

El Rey se levanta.

HAMLET.

¿Qué? ¿Le atemoriza un fuego aparente_

GERTRUDIS.

¿Qué teneis, señor?

POLONIO.

No paseis adelante, dejadlo.

CLAUDIO.

Traed luces. Vamos de aquí.

TODOS.

Luces, luces.

ESCENA XV.

HAMLET. HORACIO. CÓMICO 1.°, CÓMICO 3.°

HAMLET.

(Hamlet canta estos versos en voz baja, y representa los que siguen despues. Los cómicos 1.° y 3.° estarán retirados á un extremo del teatro, esperando sus órdenes.)

El ciervo herido llora,
Y el corzo no tocado

De flecha voladora,
Se huelga por el prado:
Duerme aquel, y á deshora
Veis este desvelado:
Que tanto el mundo va desordenado. (13)

Y dígame, señor mio: si en adelante la fortuna me tratase mal, con esta gracia que tengo para la música, y un bosque de plumas en la cabeza, y un par de lazos provenzales en mis zapatos rayados, ¿no podria hacerme lugar entre un coro de comediantes?

HORACIO.

Mediano papel.

HAMLET.

¿Mediano? excelente.

Tú sabes, Damon querido,
Que esta nacion ha perdido
Al mismo Jove, y violento
Tirano le ha sucedido
En el trono mal habido,
Un.... ¿quién diré yo? un.... un sapo.

HORACIO.

Bien pudiérais haber conservado el consonante.

HAMLET.

¡Oh! mi buen Horacio: cuanto aquel espíritu dijo es demasiado cierto. ¿Lo has visto ahora?

HORACIO.

Sí señor, bien lo he visto.

HAMLET.

¿Cuando se trató del veneno?

HORACIO.

Bien, bien le observé entonces.

HAMLET.

¡Ah! Quisiera algo de música (*A los cómicos*): traedme unas flautas..... Si el Rey no gusta de la comedia, será sin duda porque..... porque no le gusta. Vaya un poco de música.

ESCENA XVI.

HAMLET. HORACIO. RICARDO. GUILLERMO.

GUILLERMO.

Señor, ¿permitireis que os diga una palabra?

HAMLET.

Y una historia entera.

GUILLERMO.

El Rey....

HAMLET.

Muy bien, ¿qué le sucede?

GUILLERMO.

Se ha retirado á su cuarto con mucha destemplanza.

HAMLET.

¿De vino, eh?

GUILLERMO.

No señor, de cólera.

HAMLET.

Pero ¿no sería mas acertado irselo á contar al médico? ¿No veis que si yo me meto en hacerle purgar ese humor bilioso, puede ser que se le aumente?

GUILLERMO.

¡Oh! señor, dad algun sentido á lo que hablais, sin desentenderos con tales extravagancias de lo que os vengo á decir.

HAMLET.

Estamos de acuerdo. Prosigue pues.

GUILLERMO.

La Reina vuestra madre, llena de la mayor afliccion, me envia á buscaros.

HAMLET.

Seais muy bien venido.

GUILLERMO.

Esos cumplimientos no tienen nada de sinceridad. Si quereis darme una respuesta sensata, desempeñaré el en-

cargo de la Reina, si no, con pediros perdon y retirarme se acabó todo.

HAMLET.

Pues señor, no puedo.

GUILLERMO.

¿Cómo?

HAMLET.

Me pides una respuesta sensata, y mi razon está un poco achacosa: no obstante, responderé del modo que pueda á cuanto me mandes, ó por mejor decir, á lo que mi madre me manda. Con que nada hay que añadir en esto. Vamos al caso. Tú has dicho que mi madre.....

RICARDO.

Señor, lo que dice es que vuestra conducta la ha llenado de sorpresa y admiracion.

HAMLET.

¡Oh maravilloso hijo! que así ha podido aturdir á su madre. Pero dime,

¿esa admiracion no ha traido otra consecuencia? ¿No hay algo mas?

RICARDO.

Solo que desea hablaros en su gabinete, antes que os vais á recoger.

HAMLET.

La obedeceré, si diez veces (14) fuera mi madre. ¿Tienes algun otro negocio que tratar conmigo?

RICARDO.

Señor, yo me acuerdo de que en otro tiempo me estimábais mucho.

HAMLET.

Y ahora tambien. Te lo juro, por estas manos rateras.

RICARDO.

Pero ¿cual puede ser el motivo de vuestra indisposicion? Eso, por cierto, es cerrar vos mismo las puertas á vuestra libertad, no queriendo comunicar con vuestros amigos los pesares que sentís.

HAMLET.

Estoy muy atrasado.

RICARDO.

¿Cómo es posible, cuando teneis el voto del Rey mismo para sucederle en el trono de Dinamarca?

HAMLET.

Sí, pero mientras nace la yerba..... Ya es un poco antiguo el tal refran. ¡Ah! ya están aquí las flautas.

ESCENA XVII.

CÓMICO 3.°, Y DICHOS.

HAMLET.

Dejadme ver una.... ¿A qué tengo de de ir ahí? (*Guillermo y Ricardo se acercan á Hamlet con ademan obsequioso, siguiéndole adonde quiera que se vuelve, hasta que viendo su enfado se apartan.*) Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, segun me cercas por todos lados.

GUILLERMO.

Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligacion me da osadía, acaso el amor que os tengo me hace grosero tambien é importuno.

HAMLET.

No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

GUILLERMO.

Yo no puedo, señor.

HAMLET.

Vamos.

GUILLERMO.

De veras que no puedo.

HAMLET.

Yo te lo suplico.

GUILLERMO.

Pero si no sé palabra de eso.

HAMLET.

Mas fácil es que tenderse á la larga. Mira, pon el pulgar y los demas dedos segun convenga sobre estos agu-

jeros, sopla con la boca y verás qué lindo sonido resulta. ¿Ves? Estos son los puntos.

GUILLERMO.

Bien, pero si no sé hacer uso de ellos para que produzcan armonía. Como ignoro el arte.....

HAMLET.

Pues mira tú en qué opinion tan baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo mas íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el mas grave al mas agudo de mis tonos; y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿Y juzgas que se me tañe á mí con mas facilidad que á una flauta? No, dame el nombre del instrumento que quieras: por mas que le manejes y te fati-

gues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.

ESCENA XVIII.

POLONIO, Y DICHOS.

HAMLET.

¡Oh! Dios te bendiga.

POLONIO.

Señor, la Reina quisiera hablaros al instante.

HAMLET.

¿No ves allí aquella nube que parece un camello?

POLONIO.

Cierto, así en el tamaño parece un camello.

HAMLET.

Pues ahora me parece una comadreja.

POLONIO.

No hay duda, tiene figura de comadreja.

HAMLET.

O como una ballena.

POLONIO.

Es verdad, sí, como una ballena.

HAMLET.

Pues al instante iré á ver á mi madre. Tanto harán estos que me volverán loco de veras. Iré, iré al instante.

POLONIO.

Así se lo diré.

HAMLET.

Fácilmente se dice: al instante viene. Dejadme solo, amigos.

ESCENA XIX.

HAMLET.

Este es el espacio (15) de la noche, apto á los maleficios. Esta es la hora

en que los cementerios se abren, y el infierno respira contagios al mundo. Ahora podria yo beber caliente sangre: ahora podria ejecutar tales acciones, que el dia se estremeciese al verlas. Pero vamos á ver á mi madre. ¡Oh corazon! no desconozcas la naturaleza, ni permitas que en este firme pecho se albergue la fiereza de Neron. Déjame ser (16) cruel, pero no parricida. El puñal que ha de herirla esté en mis palabras, no en mi mano: disimulen el corazon y la lengua: sean las que fueren las execraciones que contra ella pronuncie, nunca, nunca mi alma solicitará que se cumplan.

ESCENA XX.

Gabinete.

CLAUDIO. RICARDO. GUILLERMO.

CLAUDIO.

No, no le quiero aquí, no conviene á nuestra seguridad dejar libre el campo á su locura. Prevenios pues, y haré que inmediatamente se os despache para que él os acompañe á Inglaterra. El interes de mi corona no permite ya exponerme á un riesgo tan inmediato, que crece por instantes en los accesos de su demencia.

GUILLERMO.

Al momento dispondremos nuestra marcha. El mas santo y religioso temor es aquel que procura la existencia de tantos individuos, cuya vida pende de vuestra Magestad.

RICARDO.

Si es obligacion en un particular defender su vida de toda ofensa, por medio de la fuerza y el arte, ¿cuánto mas lo será conservar aquella en quien estriba la felicidad pública? Cuando llega á faltar el monarca, no muere él solo, sino que á manera de un torrente precipitado arrebata consigo cuanto le rodea. Como una gran rueda colocada en la cima del mas alto monte, á cuyos enormes rayos están asidas innumerables piezas menores, que si llega á caer no hay ninguna de ellas, por mas pequeña que sea, que no padezca igualmente en el total destrozo. Nunca el soberano exhala un suspiro, sin excitar en su nacion general lamento.

CLAUDIO.

Yo os ruego que os prevengais sin dilacion para el viage. Quiero encade-

nar este temor, que ahora camina demasiado libre.

LOS DOS.

Vamos á obedeceros con la mayor prontitud.

ESCENA XXI.

CLAUDIO. POLONIO.

POLONIO.

Señor, ya se ha encaminado al cuarto de su madre, voy á ocultarme detrás de los tapices para ver el suceso. Es seguro que ella le reprenderá fuertemente, y como vos mismo habeis observado muy bien, conviene que asista á oir la conversacion alguien mas que su madre, que naturalmente le ha de ser parcial, como á todas sucede. Quedaos á Dios: yo volveré á

veros antes que os recojais, para deciros lo que haya pasado.

CLAUDIO.

Gracias, querido Polonio.

ESCENA XXII.

CLAUDIO.

¡Oh! ¡mi (17) culpa es atroz! Su hedor sube al cielo, llevando consigo la maldicion mas terrible: la muerte de un hermano. No puedo recojerme á orar, por mas que eficazmente lo procuro, que es mas fuerte que mi voluntad el delito que la destruye. Como el hombre á quien dos obligaciones llaman, me detengo á considerar por cuál empezaré primero, y no cumplo ninguna..... Pero si este brazo execrable estuviese aun mas teñido en la sangre fraterna, ¿faltará en los cielos pia-

dosos suficiente lluvia para volverle cándido como la nieve misma? ¿De qué sirve la misericordia, si se niega á ver el rostro del pecado? ¿Qué hay en la oracion sino aquella duplicada fuerza, capaz de sostenernos al ir á caer, ó de adquirirnos el perdon habiendo caido?.... Sí, alzaré mis ojos al cielo, y quedará borrada mi culpa.... Pero ¿qué género de oracion habré de usar? Olvida, Señor, olvida el horrible homicidio que cometí.... ¡Ah! que será imposible, mientras vivo poseyendo los objetos que me determinaron á la maldad: mi ambicion, mi corona, mi esposa.... ¿Podrá merecerse el perdon cuando la ofensa existe? En este mundo estragado sucede con frecuencia que la mano delincuente, derramando el oro, aleja la justicia, y corrompe con dádivas la integridad de las leyes; no así en el cielo, que allí no

hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos á manifestar nuestras faltas todas sin excusa, sin rebozo alguno..... En fin, en fin, ¿qué debo hacer?..... Probemos lo que puede el arrepentimiento.... ¿y qué no podrá?... Pero ¿qué ha de poder con quien no puede arrepentirse? ¡Oh! ¡situacion infeliz! ¡oh conciencia, ennegrecida con sombras de muerte! ¡Oh alma mia aprisionada! que cuanto mas te esfuerzas para ser libre, mas quedas oprimida. ¡Angeles, asistidme! Probad en mí vuestro poder. Dóblense mis rodillas tenaces; y tú, corazon mio de aceradas fibras, hazte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo puede enmendarse.

(Se arrodilla y apoya los brazos y la cabeza en un sillon.)

ESCENA XXIII.

CLAUDIO. HAMLET.

HAMLET.

Esta es la ocasion propicia. Ahora está rezando, ahora le mato.... *(Saca la espada: da algunos pasos en ademan de ir á herirle: se detiene, y se retira otra vez hácia la puerta.)* Y así se irá al cielo.... ¿Y es esta mi venganza? No, reflexionemos. Un malvado asesina á mi padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la gloria: ¿no es esto, en vez de castigo, premio y recompensa? Él sorprendió á mi padre, acabados los desórdenes del banquete, cubierto de mas culpas que mayo tiene flores.... ¿Quién sabe, sino Dios, la estrecha cuenta que hubo de dar? pero segun nuestra razon concibe, terrible ha sido su sentencia.

¿Y quedaré vengado dándole á este la muerte, precisamente cuando purifica su alma, cuando se dispone para la partida? No, espada mia, vuelve á tu lugar y espera ocasion de ejecutar mas tremendo golpe. Cuando esté (18 ocupado en el juego, cuando blasfeme colérico, ó duerma con la embriaguez, ó se abandone á los placeres incestuosos del lecho, ú cometa acciones contrarias á su salvacion, hiérele entonces: caiga precipitado al profundo, y su alma quede negra y maldita, como el infierno que ha de recibirle. (*Envaina la espada.*) Mi madre me espera. Malvado, esta medicina que te dilata la dolencia, no evitará tu muerte.

ESCENA XXIV.

CLAUDIO.

Mis palabras suben al cielo, mis afectos quedan en la tierra. (*Se levanta con*

agitacion.) Palabras sin afectos, nunca llegan á los oidos de Dios.

ESCENA XXV.

Cuarto de la Reina.

GERTRUDIS. POLONIO. HAMLET.

POLONIO.

Va á venir al momento. Mostradle entereza: decidle que sus locuras han sido demasiado atrevidas é intolerables: que vuestra bondad le ha protegido, mediando entre él y la justa indignacion que excitó. Yo entretanto (19) retirado aquí, guardaré silencio. Habladle con libertad, yo os lo suplico.

HAMLET.

Madre, madre. (*Gritando desde adentro.*)

GERTRUDIS.

Así te lo prometo: nada temo. Ya le siento llegar. Retírate.

(*Polonio se oculta detrás de unos tapices.*)

ESCENA XXVI.

GERTRUDIS. HAMLET. POLONIO.

HAMLET.

¿Qué me (20) mandais, señora?

GERTRUDIS.

Hamlet, muy ofendido tienes á tu padre.

HAMLET.

Madre, muy ofendido teneis al mio.

GERTRUDIS.

Ven, ven aquí; tú me respondes con lengua demasiado libre.

HAMLET.

Voy, voy allá..... y vos me preguntais con lengua bien perversa.

GERTRUDIS.

¿Que es esto, Hamlet?

HAMLET.

¿Y qué es eso, madre?

GERTRUDIS.

¿Te olvidas de quien soy?

HAMLET.

No, por la cruz bendita que no me olvido. Sois la Reina, casada con el hermano de vuestro primer esposo y... ojalá no fuera así.... ¡Eh! sois mi madre.

GERTRUDIS.

Bien está. Yo te pondré delante de quien te haga hablar con mas acuerdo.

HAMLET.

Venid (*Hamlet, asiendo de un brazo á Gertrudis, la hace sentar.*), sentaos, y no saldreis de aquí, no os moverei, sin que os ponga un espejo delante en que veais lo mas oculto de vuestra conciencia.

GERTRUDIS.

¿Qué intentas hacer? ¿Quieres matarme?.... ¿Quién me socorre?.... ¡Cielos! *(Al ver Gertrudis la extraordinaria agitacion que Hamlet manifiesta en su semblante y acciones, teme que va á matarla, y grita despavorida pidiendo socorro. Polonio quiere salir de donde está oculto, y despues se detiene. Hamlet advierte que los tapices se mueven, sospecha que Claudio está escondido detrás de ellos, saca la espada, da dos ó tres estocadas sobre el bulto que halla, y prosigue hablando con su madre.)*

POLONIO.

Socorro pide.... ¡oh!....

HAMLET.

¿Qué es esto?... un raton. Murió... (21) Un ducado á que ya está muerto.

POLONIO.

¡Ay de mí!

GERTRUDIS.

¿Qué has hecho?

HAMLET.

Nada.... ¿Qué sé yo?..... ¿Si sería el Rey?

GERTRUDIS.

¡Qué accion tan precipitada y sangrienta!

HAMLET.

Es verdad, madre mia, accion sangrienta, y cuasi tan horrible como la de matar á un Rey y casarse despues con su hermano.

GERTRUDIS.

¿Matar á un Rey?

HAMLET.

Sí señora, eso he dicho. (*Alza el tapiz, y aparece Polonio muerto en el suelo.*) Y tú, miserable, temerario, entremetido, loco.... A Dios. Yo te tomé por otra persona de mas consideracion. Mira el premio que has adquirido: ve ahí el riesgo que tiene la demasiada curiosidad.... (*Volviendo á hablar con Gertrudis, á quien hace sentar de nuevo.*) No, no os torzais las manos..... Sentaos aquí, y dejad que yo os tuerza el corazon. Así he de ha-

cerlo, si no le teneis formado de impenetrable pasta, si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce, opuesto á toda sensibilidad.

GERTRUDIS.

¿Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

HAMLET.

Una accion que mancha la tez purpúrea de la modestia, y da nombre de hipocresía á la virtud; arrebata las flores de la frente hermosa de un inocente amor, colocando un vegigatorio en ella; que hace mas pérfidos los votos conyugales que las promesas del tahur: una accion que destruye la buena fé, alma de los contratos, y convierte la inefable religion en una compilacion frívola de palabras: una accion, en fin, capaz de inflamar en ira la faz del cielo, y trastornar con de-

sórden horrible esta sólida y artificiosa máquina del mundo, como si se aproximara su fin temido.

GERTRUDIS.

¡Ay de mí! ¿Y qué accion es esa, que así exclamas al anunciarla con espantosa voz de trueno?

HAMLET.

Veis aquí presentes en esta y esta pintura (*Señalando á dos retratos que habrá en la pared, uno del Rey Hamlet, y otro de Claudio.*) los retratos de dos hermanos. ¡Ved cuánta gracia residia en aquel semblante! Los cabellos (22) del sol, la frente como la del mismo Júpiter, su vista imperiosa y amenazadora como la de Marte, su gentileza semejante á la del mensagero Mercurio cuando aparece sobre una montaña cuya cima llega á los cielos. ¡Hermosa combinacion de formas! donde cada uno de los dioses imprimió su carácter para

que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre solo. Este fué vuestro esposo. Ved ahora el que sigue. Este es vuestro esposo, que como la espiga con tizon destruye la sanidad de su hermano. ¿Lo veis bien? ¿Pudísteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa por el cieno de ese pantano inmundo? ¡Ah! ¿lo veis bien?.... Ni podeis llamarlo amor, porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia; ¿y qué prudencia descenderia desde aquel á este? Sentidos teneis, que á no ser así no tuviérais afectos; pero esos sentidos deben de padecer letargo profundo. La demencia misma no podria incurrir en tanto error; ni el frenesí tiraniza con tal exceso las sensaciones, que no quede suficiente juicio para saber elegir entre dos objetos cuya diferencia es tan

visible.... ¿Qué espíritu infernal os pudo engañar y cegar así? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oidos, el olfato solo, una débil porcion de cualquier sentido, hubiera bastado á impedir tal estupidez.... ¡Oh modestia! ¿y no te sonrojas? ¡Rebelde infierno! si así pudiste inflamar las médulas de una matrona, permite, permite que la virtud en la edad juvenil sea docil como la cera y se liquide en sus propios fuegos; ni se invoque al pudor para resistir su violencia, puesto que el hielo mismo con tal actividad se enciende, y es ya el entendimiento el que prostituye al corazon.

GERTRUDIS.

¡Oh Hamlet! no digas mas..... Tus razones me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las mas negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

HAMLET.

¡Y permanecer así entre el pestilente sudor de un lecho incestuoso, envilecida en corrupcion, prodigando caricias de amor en aquella sentina impura!....

GERTRUDIS.

No mas, no mas, que esas palabras como agudos puñales hieren mis oidos.... No mas, querido Hamlet.

HAMLET.

Un asesino.... un malvado.... vil.... inferior mil veces á vuestro difunto esposo.... escarnio de los Reyes, ratero del imperio y el mando, que robó la preciosa corona, y se la guardó en el bolsillo.

GERTRUDIS.

No mas.....

ESCENA XXVII.

GERTRUDIS. HAMLET. LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

HAMLET.

Un Rey de botarga..... ¡Oh espíritus (23) celestes! defendedme, cubridme con vuestras alas.... ¿Qué quieres, venerable sombra?

GERTRUDIS.

¡Ay! que está fuera de sí.

HAMLET.

¿Vienes acaso á culpar la negligencia de tu hijo, que debilitado por la compasion y la tardanza, olvida la importante ejecucion de tu precepto terrible?.... Habla.

LA SOMBRA.

No lo olvides. Vengo á inflamar de nuevo tu ardor casi extinguido. Pero

¿ves? mira como has llenado de asombro á tu madre. Ponte entre ella y su alma agitada, y hallarás que la imaginacion obra con mayor violencia en los cuerpos mas débiles. Háblala, Hamlet.

HAMLET.

¿En qué pensais, señora?

GERTRUDIS.

¡Ay triste! ¿y en qué piensas tú que así diriges la vista donde no hay nada, razonando con el aire incorpóreo?..... Toda tu alma se ha pasado á tus ojos, que se mueven horribles, y tus cabellos que pendian, adquiriendo vida y movimiento, se erizan y levantan como los soldados á quienes improviso rebato despierta. ¡Hijo de mi alma! ¡Oh! derrama sobre el ardiente fuego de tu agitacion la paciencia fria.... ¿A quién estás mirando?

HAMLET.

A él, á él.... ¿Le veis qué pálida luz

despide? Su aspecto y su dolor bastarian á conmover las piedras..... ¡Ay! no me mires así, no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles, no sea que al ejecutarlos equivoque los medios, y en vez de sangre se derramen lágrimas.

GERTRUDIS.

¿A quién dices eso?

HAMLET.

¿No veis nada allí?

GERTRUDIS.

Nada, y veo todo lo que hay.

HAMLET.

¿Ni oísteis nada tampoco?

GERTRUDIS.

Nada mas que lo que nosotros hablamos.

HAMLET.

Mirad allí..... ¿le veis?..... Ahora se va.... Mi padre.... con el trage mismo

BIBLIOTHEQVE IBERIQVE TOVLOVSE

que se vestia.... ¿Veis por donde va?... Ahora llega al pórtico.

ESCENA XXVIII.

GERTRUDIS. HAMLET.

GERTRUDIS.

Todo es efecto de la fantasía. El desórden que padece tu espíritu produce esas ilusiones vanas.

HAMLET.

¿Desórden? Mi pulso, como el vuestro, late con regular intervalo y anuncia igual salud en sus compases..... Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba, y vereis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. ¡Ah madre mia! en merced os pido que no apliqueis al alma esa uncion halagüeña, creyendo que es mi locura la

que habla, y no vuestro delito. Con tal medicina lograreis solo irritar la parte ulcerada, aumentando la ponzoña pestífera que interiormente la corrompe.... Confesad al cielo vuestra culpa, llorad lo pasado, precaved lo futuro, y no extendais el beneficio sobre las malas yerbas, para que prosperen lozanas. Perdonad este desahogo á mi virtud, ya que en esta delincuente edad la virtud misma tiene que pedir perdon al vicio, y aun para hacerle bien, le halaga y le ruega.

GERTRUDIS.

¡Ay Hamlet! tú despedazas mi corazon.

HAMLET.

¿Sí? Pues apartad de vos aquella porcion mas dañada, y vivid con la que resta mas inocente. Buenas noches..... Pero no volvais al lecho de mi tio. Si careceis de virtud, aparentad-

la al menos. La costumbre (24), aquel monstruo que destruye las inclinaciones y afectos del alma, si en lo demas es un demonio, tal vez es un ángel cuando sabe dar á las buenas acciones una cierta facilidad, con que insensiblemente las hace parecer innatas. Conteneos por esta noche: este esfuerzo os hará mas fácil la abstinencia próxima, y la que siga despues la hallareis mas fácil todavía. La costumbre es capaz de borrar la impresion misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones y alejarlas de nosotros con maravilloso poder. Buenas noches; y cuando aspireis de veras á la bendicion del cielo, entonces yo os pediré vuestra bendicion.... La desgracia de este hombre (*Hace ademan de cargar con el cuerpo de Polonio; pero dejándole en el suelo otra vez, vuelve á hablar á Gertrudis.*) me aflige en extremo; pero Dios lo ha querido

así: á él le ha castigado por mi mano, y á mí tambien precisándome á ser el instrumento de su enojo. Yo le conduciré adonde convenga, y sabré justificar la muerte que le dí. Basta. Buenas noches. Porque (25) soy piadoso, debo ser cruel, ve aquí el primer daño cometido; pero aun es mayor el que despues ha de ejecutarse.... ¡Ah! escuchad otra cosa.

GERTRUDIS.

¿Cuál es? ¿Qué debo hacer?

HAMLET.

No hacer nada de cuanto os he dicho, nada. Permitid que el Rey, hinchado con el vino, os conduzca otra vez al lecho y allí os acaricie, apretando lascivo vuestras mejillas, y os tiente el pecho con sus malditas manos y os bese con negra boca. Agradecida entonces, declaradle cuanto hay en el caso: decidle que mi locura no

es verdadera, que todo es artificio..... Sí, decídselo: porque ¿cómo es posible que una Reina hermosa, modesta, prudente, oculte secretos de tal importancia á aquel (26) gato viejo, murciélago, sapo torpísimo? ¿Cómo sería posible callárselo? Id, y á pesar de la razon y del sigilo, abrid la jaula sobre el techo de la casa y haced que los pájaros se vuelen; y semejante al mono (tan amigo de hacer experiencias) meted la cabeza en la trampa, á riesgo de perecer en ella misma.

GERTRUDIS.

No, no lo temas: que si las palabras se forman del aliento y este anuncia vida, no hay vida ni aliento en mí para repetir lo que me has dicho.

HAMLET.

¿Sabeis que debo ir á Inglaterra?

GERTRUDIS.

¡Ah! ya lo habia olvidado. Sí, es cosa resuelta.

HAMLET.

He sabido que hay ciertas cartas selladas, y que mis dos condiscípulos (de quienes yo me fiaré como de una víbora ponzoñoza) van encargados de llevar el mensage, facilitarme la marcha y conducirme al precipicio. Pero yo los dejaré hacer: que es mucho gusto ver volar al minador con su propio hornillo, y mal irán las cosas, ó yo excavaré una vara no mas debajo de sus minas, y les haré saltar hasta la luna. ¡Oh, es mucho gusto cuando un pícaro tropieza con quien se las entiende!.... Este hombre me hace ahora su ganapan..... *(Quiere llevar á cuestas el cadáver, y no pudiendo hacerlo cómodamente, le ase de un pie, y se le lleva arrastrando.)* le llevaré arrastrando á la pieza inmediata. Ma-

dre, buenas noches.... Por cierto que el señor consejero (que fué en vida un hablador impertinente) es ahora bien reposado, bien serio y taciturno. Vamos, amigo, que es menester sacaros de aquí y acabar con ello. Buenas noches, madre.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Salon de Palacio.

CLAUDIO. GERTRUDIS. RICARDO. GUILLERMO.

CLAUDIO.

Esos suspiros, esos profundos sollozos alguna causa tienen: dime cuál es: conviene que la sepa yo..... ¿En dónde está tu hijo?

GERTRUDIS.

Dejadnos solos un instante. *(Vanse Ricardo y Guillermo.)* ¡Ah señor, lo que he visto esta noche!

CLAUDIO.

¿Qué ha sido, Gertrudis? ¿Qué hace Hamlet?

GERTRUDIS.

Furioso está como el mar y el viento cuando disputan entre sí cuál es mas fuerte. Turbado con la demencia que le agita, oyó algun ruido detrás del tapiz: saca la espada: grita: un raton, un raton, y en su ilusion frenética mató al buen anciano que se hallaba oculto.

CLAUDIO.

¡Funesto accidente! Lo mismo hubiera hecho conmigo si hubiera estado allí. Ese desenfreno insolente amenaza á todos: á mí, á tí misma, á todos en fin. ¡Oh!.... ¿y cómo disculparemos una accion tan sangrienta? Nos la imputarán sin duda á nosotros, porque nuestra autoridad deberia haber reprimido á ese jóven loco, poniéndo-

le en parage donde á nadie pudiera ofender. Pero el excesivo amor que le tenemos nos ha impedido hacer lo que mas convenia; bien así como el que padece una enfermedad vergonzosa, que por no declararla, consiente primero que le devore la sustancia vital. ¿Y adónde ha ido?

GERTRUDIS.

A retirar de allí el difunto cuerpo, y en medio de su locura, llora el error que ha cometido. Así el oro (1) manifiesta su pureza, aunque mezclado tal vez con metales viles.

CLAUDIO.

Vamos, Gertrudis, y apenas toque el sol la cima de los montes haré que se embarque y se vaya: en tanto será necesario emplear toda nuestra autoridad y nuestra prudencia para ocultar ó disculpar un hecho tan indigno.

ESCENA II.

CLAUDIO. GERTRUDIS. RICARDO. GUILLERMO.

CLAUDIO.

¡Oh Guillermo, amigos! Id entrambos con alguna gente que os ayude.... Hamlet, ciego de frenesí, ha muerto á Polonio y le ha sacado arrastrando del cuarto de su madre. Id á buscarle: hablad le con dulzura, y haced llevar el cadáver á la capilla. No os detengais. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Vamos, que pienso llamar á nuestros mas prudentes amigos, para darles cuenta de esta imprevista desgracia y de lo que resuelvo hacer. Acaso por este medio la calumnia (cuyo rumor ocupa la extension del orbe, y dirige sus emponzoñados tiros con la certeza que el ca-

ñon á su blanco), errando esta vez el golpe, dejará nuestro nombre ileso y herirá solo al viento insensible. ¡Oh!... Vamos de aquí..... mi alma está llena de agitacion y de terror.

ESCENA III.

Cuarto de Hamlet.

HAMLET. RICARDO. GUILLERMO.

HAMLET.

Colocado ya en lugar seguro..... Pero....

RICARDO.

Hamlet, señor. *(Desde adentro.)*

HAMLET.

¿Qué ruido es este? ¿Quién llama á Hamlet?.... ¡Oh! ya están aquí.

(Salen Ricardo y Guillermo.)

RICARDO.

Señor, ¿qué habeis hecho del cadáver?

HAMLET.

Ya está entre el polvo, del cual es pariente cercano.

RICARDO.

Decidnos en donde está, para que le hagamos llevar á la capilla.

HAMLET.

¡Ah!.... no lo creais, no.

RICARDO.

¿Qué es lo que no debemos creer?

HAMLET.

Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mio.... Y ademas, ¿qué ha de responder el hijo de un Rey á las instancias de un entremetido palaciego?

RICARDO.

¿Entremetido me llamais?

HAMLET.

Sí señor, entremetido: que como una esponja chupa del favor del Rey las riquezas y la autoridad. Pero estas gentes, á lo último de su carrera, es cuando sirven mejor al Príncipe: porque este, semejante al mono, se los mete en un rincon de la boca; allí los conserva, y el primero que entró es el último que se traga. Cuando el Rey necesite lo que tú (que eres su esponja) le hayas chupado, te coje, te exprime, y quedas enjuto otra vez.

RICARDO.

No comprendo lo que decís.

HAMLET.

Me place en extremo. Las razones agudas son ronquidos para los oidos tontos.

RICARDO.

Señor, lo que importa es que nos

digais en donde está el cuerpo, y os vengais con nosotros á ver al Rey.

HAMLET.

El cuerpo (2) está con el Rey; pero el Rey no está con el cuerpo. El Rey viene á ser una cosa, como.....

GUILLERMO.

¿Qué cosa, señor?

HAMLET.

Una cosa que no vale nada.... pero, guarda Pablo.... Vamos á verle.

ESCENA IV.

Salon de palacio.

CLAUDIO.

Le he enviado á llamar, y he mandado buscar el cadáver. ¡Qué peligroso es dejar en libertad á este mancebo! Pero no es posible tampoco ejercer

sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud, cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razon, y que en tales casos considera el castigo del delincuente, y no el delito. Conviene, para mantener la tranquilidad, que esta repentina ausencia de Hamlet aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados, ó son incurables, ó se alivian con desesperados remedios.

ESCENA V.

CLAUDIO. RICARDO.

CLAUDIO.

¿Qué hay, que ha sucedido?

RICARDO.

No hemos podido lograr que nos diga adonde ha llevado el cadáver.

CLAUDIO.

Pero, él, ¿en dónde está?

RICARDO.

Afuera quedó con gente que le guarda, esperando vuestras órdenes.

CLAUDIO.

Traedle á mi presencia.

RICARDO.

Guillermo, que venga el Príncipe.

ESCENA VI.

CLAUDIO. RICARDO. HAMLET. GUILLERMO. CRIADOS.

CLAUDIO.

Y bien, Hamlet, ¿en dónde está Polonio?

HAMLET.

Ha ido á cenar.

CLAUDIO.

¿A cenar? ¿Adónde?

HAMLET.

No adonde coma, sino adonde es comido, entre una numerosa congregacion de gusanos. El gusano es el monarca supremo de todos los comedores. Nosotros (3) engordamos á los demas animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo, que nos come despues. El Rey gordo y el mendigo flaco son dos platos diferentes, pero se sirven á una misma mesa. En esto para todo.

CLAUDIO.

¡Ah!

HAMLET.

Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que ha comido á un Rey, y comerse despues el pez que se alimentó de aquel gusano.

CLAUDIO.

¿Y qué quieres decir con eso?

HAMLET.

Nada mas que manifestar como un Rey puede pasar progresivamente á las tripas de un mendigo.

CLAUDIO.

¿En dónde está Polonio?

HAMLET.

En el cielo. Enviad á alguno que lo vea, y si vuestro comisionado no le encuentra allí, entonces podeis vos mismo irle á buscar á otra parte. Bien que si no le hallais en todo este mes, le olereis sin duda al subir los escalones de la galería.

CLAUDIO.

Id allá á buscarle. *(Vanse los criados.)*

HAMLET.

No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

CLAUDIO.

Este suceso, Hamlet, exige que atiendas á tu propia seguridad, la cual me

interesa tanto como lo demuestra el sentimiento que me causa la accion que has hecho. Conviene que salgas de aquí con acelerada diligencia. Prepárate pues. La nave está ya prevenida, el viento es favorable, los compañeros aguardan, y todo está pronto para tu viage á Inglaterra.

HAMLET.

¿A Inglaterra?

CLAUDIO.

Sí, Hamlet.

HAMLET.

Muy bien.

CLAUDIO.

Sí, muy bien debe parecerte, si has comprendido el fin á que se encaminan mis deseos.

HAMLET.

Yo veo un ángel que los ve.... Pero vamos á Inglaterra. ¡A Dios, mi querida madre!

CLAUDIO.

¿Y tu padre, que te ama, Hamlet?

HAMLET.

Mi madre.... Padre y madre son marido y muger: marido y muger son una carne misma, con que.... mi madre.... ¡Eh! Vamos á Inglaterra.

ESCENA VII.

CLAUDIO. RICARDO. GUILLERMO

CLAUDIO.

Seguidle inmediatamente: instad con viveza su embarco, no se dilate un punto. Quiero verle fuera de aquí esta noche. Partid. Cuanto es necesario á esta comision, está sellado y pronto. *Id, no* os detengais. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (de cuya importancia mi gran poder te avisa), pues aún miras san-

grientas las heridas que recibiste del acero dinamarqués y en dócil temor me pagas tributos, no dilates tibia la ejecucion de mi suprema voluntad, que por cartas escritas á este fin, te pide con la mayor instancia la pronta muerte de Hamlet. Su vida es para mí una fiebre ardiente, y tú sola puedes aliviarme. Hazlo así, Inglaterra, y hasta que sepa que descargaste el golpe, por mas feliz que mi suerte sea, no se restablecerán en mi corazon la tranquilidad ni la alegría.

ESCENA VIII.

Campo solitario en las fronteras de Dinamarca.

FORTIMBRÁS. UN CAPITAN. SOLDADOS.

FORTIMBRAS.

Id, Capitan (4), saludad en mi nom-

bre al Monarca danés: decidle que en virtud de su licencia, Fortimbrás pide el paso libre por su reino, segun se le ha prometido. Ya sabeis el sitio de nuestra reunion. Si algo quiere su Magestad comunicarme, hacedle saber que estoy pronto á ir en persona á darle pruebas de mi respeto.

CAPITAN.

Así lo haré, señor.

FORTIMBRAS.

Y vosotros, caminad con paso vagaroso.

ESCENA IX.

UN CAPITAN. HAMLET. RICARDO. GUILLERMO. SOLDADOS.

HAMLET.

Caballero (5), ¿de dónde son estas tropas?

CAPITAN.

De Noruega, señor.

HAMLET.

Y decidme, ¿adónde se encaminan?

CAPITAN.

Contra una parte de Polonia.

HAMLET.

¿Quién las acaudilla?

CAPITAN.

Fortimbrás, sobrino del anciano Rey de Noruega.

HAMLET.

¿Se dirigen contra toda Polonia, ó solo á alguna parte de sus fronteras?

CAPITAN.

Para deciros sin rodeos la verdad, vamos á adquirir una porcion de tierra, de la cual (exceptuando el honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaria, ni pienso que produzca mayor interés al de Noruega.

ni al polaco, aunque á pública subasta la vendan.

HAMLET.

¿Sin duda el polaco no tratará de resistir?

CAPITAN.

Antes bien ha puesto ya en ella tropas que la guarden.

HAMLET.

De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y veinte mil ducados, no decidirá la posesion de un objeto tan frívolo. Esa es una apostema del cuerpo político, nacida de la paz y excesiva abundancia que revienta en lo interior, sin que exteriormente se vea la razon por qué el hombre perece. Os doy muchas gracias de vuestra cortesía.

CAPITAN.

Dios os guarde.

(Vanse el capitan y los soldados.)

RICARDO.

¿Quereis proseguir el camino?

HAMLET.

Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

ESCENA X.

HAMLET.

Cuantos (6) accidentes ocurren, todos me acusan, excitando á la venganza mi adormecido aliento. ¿Qué es el hombre que funda su mayor felicidad, y emplea todo su tiempo solo en dormir y alimentarse? Es un bruto y no mas. No, aquel que nos formó dotados de tan extenso conocimiento que con él podemos ver lo pasado y futuro, no nos dió ciertamente esta facultad, esta razon divina, para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Sea, pues, brutal negligencia, sea tímido escrú-

pulo que no se atreve á penetrar los casos venideros (proceder en que hay mas parte de cobardía que de prudencia), yo no sé para qué existo, diciendo siempre: tal cosa debo hacer; puesto que hay en mí suficiente razon, voluntad, fuerza y medios para ejecutarla. Por todas partes hallo ejemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso ejército, conducido por un príncipe jóven y delicado, cuyo espíritu impelido de ambicion generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y expone su existencia frágil y mortal á los golpes de la fortuna, á la muerte, á los peligros mas terribles, y todo por un objeto de tan leve interés. El ser grande no consiste, por cierto, en obrar solo cuando ocurre un gran motivo, sino en saber hallar una razon plausible de contienda, aunque sea pequeña la cau-

sa, cuando se trata de adquirir honor. ¿Cómo, pues, permanezco yo en ocio indigno, muerto mi padre alevosamente, mi madre envilecida..... estímulos capaces de excitar mi razon y mi ardimiento, que yacen dormidos? Mientras para vergüenza mia veo la destruccion inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como á sus lechos, combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender, por un terreno que aun no es suficiente sepultura á tantos cadáveres.... ¡Oh! de hoy mas, ó no existirá en mi fantasía idea ninguna, ó cuantas forme serán sangrientas.

ESCENA XI.

Galería de Palacio.

GERTRUDIS. HORACIO.

GERTRUDIS.

No, no quiero hablarla.

HORACIO.

Ella insta por veros. Está loca, es verdad, pero eso mismo debe excitar vuestra compasion.

GERTRUDIS.

¿Y qué pretende? ¿Qué dice?

HORACIO.

Habla mucho de su padre, dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad: solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pie cuanto al pasar encuentra. Profiere razones equívocas en que apenas se ha-

lla sentido; pero la misma extravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas; examinando el fin con que las dice, y dando á sus palabras una combinacion arbitraria, segun la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulacion expresiva, llegan á creer que puede haber en ella algun asomo de razon; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado mas infeliz.

GERTRUDIS.

Será bien hablarla, antes que mi repulsa esparza conjeturas fatales en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. *(Vase Hocacio.)* El mas frívolo acaso parece á mi dañada conciencia presagio de algun grave desastre. Propia es de la culpa esta desconfianza. Tan lleno está siempre de rezelos el delincuente, que

el temor de ser descubierto hace tal vez que él mismo se descubra.

ESCENA XII.

GERTRUDIS. OFELIA. HORACIO.

OFELIA.

¿En dónde está la hermosa Reina de Dinamarca?

GERTRUDIS.

¿Cómo va, Ofelia?

OFELIA.

(*Estos versos y todos los que siguen en el presente acto, los canta Ofelia.*)

¿Cómo al amante
Que fiel te sirva,
De otro cualquiera
Distinguiria?
Por las veneras
De su esclavina,
Bordon, sombrero

Con plumas rizas,
Y su calzado
Que adornan cintas.

GERTRUDIS.

¡Oh querida mia! ¿y á qué propósito viene esa cancion?

OFELIA.

¿Eso decís?.... Atended á esta.

Muerto es ya, señora,
Muerto y no está aquí.
Una tosca piedra
A sus plantas ví,
Y al cesped del prado
Su frente cubrir.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! *(Dando risotadas.)*

GERTRUDIS.

Sí, pero Ofelia....

OFELIA.

Oid, oid.

Blancos paños le vestian.....

ESCENA XIII.

CLAUDIO. GERTRUDIS. OFELIA. HORACIO.

GERTRUDIS.

¡Desgraciada! ¿Veis esto, señor?

OFELIA.

Blancos paños le vestian
Como la nieve del monte,
Y al sepulcro le conducen
Cubierto de bellas flores,
Que en tierno llanto de amor
Se humedecieron entonces.

CLAUDIO.

¿Cómo estás, graciosa niña?

OFELIA.

Buena: Dios os lo pague..... Dicen que la lechuza fué antes una doncella,

hija de un panadero..... ¡Ah!.... Sabemos lo que somos ahora, pero no lo que podemos ser.... Dios vendrá á visitaros.

CLAUDIO.

Alusion á su padre.

OFELIA.

Pero no, no hablemos mas en esto, y si os preguntan lo que significa, decid:

De San Valentino (7)
La fiesta es mañana:
Yo, niña amorosa,
Al toque del alba
Iré á que me veas
Desde tu ventana,
Para que la suerte
Dichosa me caiga.
Despierta el mancebo,
Se viste de gala,
Y abriendo las puertas
Entró la muchacha:

Que viniendo vírgen,
Volvió desflorada.

CLAUDIO.

¡Graciosa Ofelia!

OFELIA.

Sí, voy á acabar; sin jurarlo, os prometo que la voy á concluir.

¡Ay mísera! ¡Cielos!
¡Torpeza villana!
¡Qué galan desprecia
Ventura tan alta?
Pues todos son falsos:
Le dice indignada,
Antes que en tus brazos
Me mirase incauta,
De hacerme tu esposa
Me diste palabra.

Y él responde entónces:

Por el sol te juro
Que no lo olvidára,

Si tú no te hubieras
Venido á mi cama.

CLAUDIO.

¿Cuánto ha que está así?

OFELIA.

Yo espero que todo irá bien.... Debemos tener paciencia..... *(Se entristece y llora.)* Pero yo no puedo menos de llorar considerando que le han dejado sobre la tierra fria..... Mi hermano lo sabrá..... preciso..... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos... *(Con mucha viveza y alegría.)* Vamos, la carroza. Buenas noches, señoras, buenas (8) noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches.

CLAUDIO.

(A Horacio.) Acompáñala á su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

ESCENA XIV.

CLAUDIO. GERTRUDIS.

CLAUDIO.

¡Oh! todo es efecto de un profundo dolor: todo nace de la muerte de su padre, y ahora observo, Gertrudis, que cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones. Su padre muerto, tu hijo ausente (habiendo dado él mismo justo motivo á su destierro), el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones sobre la muerte del buen Polonio, cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razon, sin la cual somos vanos simulacros, ó comparables solo á los brutos;

y por último (y esto no es menos esencial que todo lo restante) su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan extraños casos, se oculta entre sombras misteriosas; sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oidos, hablándole de la muerte de su padre. Ni en tales discursos, á falta de noticias seguras, dejaremos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos afanes juntos, mi querida Gertrudis, como una máquina destructora que se dispara, me dan muchas muertes á un tiempo.

(Suena á lo lejos un rumor confuso, que se irá aumentando durante la escena siguiente.)

GERTRUDIS.

¡Ay Dios! ¿Qué estruendo es este?

ESCENA XV.

CLAUDIO. GERTRUDIS. UN CABALLERO.

CLAUDIO.

¿En dónde está mi guardia?.... Acudid.... defended las puertas.... ¿Qué es esto?

CABALLERO.

Huid, (9) señor. El Océano, sobrepujando sus términos, no traga las llanuras con ímpetu mas espantoso que el que manifiesta el jóven Laertes, ciego de furor, venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida señor; y como si ahora comenzase á existir el mundo, la antigüedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen gobierno), se olvidan y se desconocen. Gritan por todas partes: nosotros elegimos por

Rey á Laertes. Los sombreros arrojados al aire, las manos y las lenguas le aplauden, llegando á las nubes la voz general que repite: Laertes será nuestro Rey, viva Laertes.

GERTRUDIS.

¡Con qué alegría sigue ladrando esa trahilla pérfida el rastro mal seguro en que va á perderse!

CLAUDIO.

Ya han roto las puertas.

ESCENA XVI.

LAERTES. CLAUDIO. GERTRUDIS. SOLDADOS, Y PUEBLO.

LAERTES.

¿En dónde está el Rey? *(Volviéndose hácia la puerta por donde ha salido, detiene á los conjurados que le acompañan, y hace que se retiren.)* Vosotros, quedaos todos afuera.

VOCES.

No, entremos.

LAERTES.

Yo os pido que me dejeis.

VOCES.

Bien, bien está.

LAERTES.

Gracias, señores. Guardad las puertas.... y tú indigno Príncipe dame á mi padre.

GERTRUDIS.

Menos, menos ardor, querido Laertes.

LAERTES.

Si hubiese en mí una gota de sangre con menos ardor, me declararia por hijo espurio: infamaria de cornudo á mi padre, é imprimiria sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima la nota infame de prostituta.

CLAUDIO.

Pero Laertes, ¿cuál es el motivo de

tan atrevida rebelion?.... Déjale, Gertrudis, no le contengas..... no temas nada contra mí. Existe una fuerza divina que defiende á los reyes: la traicion no puede como quisiera penetrar hasta ellos, y ve malogrados en la ejecucion todos sus designios.... Dime, Laertes, ¿por qué estás tan airado?..... Déjale Gertrudis..... Habla tú.

LAERTES.

¿En dónde está mi padre?

CLAUDIO.

Murió.

GERTRUDIS.

Pero no le ha muerto el Rey.

CLAUDIO.

Déjale preguntar cuanto quiera.

LAERTES.

¿Y cómo ha sido su muerte?..... ¡Eh!..... no, á mí no se me engaña. Váyase al infierno la fidelidad, llévese el mas atezado demonio los juramen-

tos de vasallage, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvacion en el abismo mas profundo.... La condenacion eterna no me horroriza: suceda lo que quiera, ni este ni el otro mundo me importan nada..... Solo aspiro, y este es el punto en que insisto, solo aspiro á dar completa venganza á mi difunto padre.

CLAUDIO.

¿Y quién te lo puede estorbar?

LAERTES.

Mi voluntad sola, y no todo el universo; y en cuanto á los medios de que he de valerme, yo sabré economizarlos de suerte que un pequeño esfuerzo produzca efectos grandes.

CLAUDIO.

Buen Laertes, si deseas saber la verdad acerca de la muerte de tu amado padre, ¿está escrito acaso en tu venganza que hayas de atropellar sin dis-

tincion amigos y enemigos, culpados é inocentes?

LAERTES.

No, solo á mis enemigos.

CLAUDIO.

Querrás, sin duda, conocerlos.

LAERTES.

¡Oh! á mis buenos amigos yo los recibiré con abiertos brazos, y semejante al pelícano amoroso los alimentaré, si necesario fuese, con mi sangre misma.

CLAUDIO.

Ahora hablaste como buen hijo, y como caballero. Laertes, ni tengo culpa en la muerte de tu padre, ni alguno ha sentido como yo su desgracia. Esta verdad deberá ser tan clara á tu razon como á tus ojos la luz del dia.

VOCES.

Dejadla entrar. *(Ruido y voces dentro.)*

LAERTES.

¿Qué novedad.... qué ruido es este?

ESCENA XVII.

CLAUDIO. GERTRUDIS. LAERTES. OFELIA. ACOMPAÑAMIENTO.

(Ofelia sale vestida de blanco, el cabello suelto, y una guirnalda en la cabeza hecha de paja y flores silvestres; trayendo en el faldellin muchas flores y yerbas.)

LAERTES.

¡Oh calor activo, abrasa mi cerebro! ¡Lágrimas, en extremo cáusticas, consumid la potencia y la sensibilidad de mis ojos! Por los cielos te juro que esa demencia tuya será pagada por mí con tal exceso, que el peso del castigo tuerza el fiel, y baje la balanza.... ¡Oh rosa de mayo! ¡amable niña! ¡mi querida Ofelia! ¡mi dulce hermana!.... ¡Oh

cielos! ¿y es posible que el entendimiento de una tierna jóven sea tan frágil como la vida del hombre decrépito?..... Pero la naturaleza (10) es muy fina en amor, y cuando este llega al exceso, el alma se desprende tal vez de alguna preciosa parte de sí misma, para ofrecérsela en don al objeto amado.

OFELIA.

Lleváronle en su atahud
Con el rostro descubierto.
Ay no ni, ay ay ay no ni.
Y sobre su sepultura
Muchas lágrimas llovieron.
Ay no ni, ay ay ay no ni.

A Dios, querido mio. A Dios.

LAERTES.

Si gozando de tu razon me incitaras á la venganza, no pudieras conmoverme tanto.

OFELIA.

Debeis cantar aquello de:

Abajito está (11):
Llámele, señor, que abajito está.

¡Ay, qué á propósito viene el estribillo!..... El pícaro del mayordomo fué el que robó á la señorita.

LAERTES.

Esas palabras vanas producen mayor efecto en mí, que el mas concertado discurso.

OFELIA.

Aquí traigo romero, que es bueno para la memoria. (*A Laertes.*) Tomad, amigo, para que os acordeis.... Y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

LAERTES.

Aun en medio de su delirio quiere aludir á los pensamientos que la agitan, y á sus memorias tristes.

OFELIA.

(*A Gertrudis.*) Aquí hay hinojo para vos, y palomillas y ruda..... (12) para vos tambien, y esto poquito es para mí.... Nosotros podemos llamarla yerba santa del domingo.... vos la usareis con la distincion que os parezca..... (*A Claudio.*) Esta es una margarita.... Bien os quisiera dar algunas violetas; pero todas se marchitaron cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin.

Un solitario (13)
De plumas vario
Me da placer.

LAERTES.

Ideas funestas, afliccion, pasiones terribles, los horrores del infierno mismo, todo en su boca es gracioso y suave.

OFELIA.

Nos deja, se va,
Y no ha de volver.

No, que ya murió,
No vendrá otra vez.....
Su barba era nieve,
Su pelo tambien.
Se fué, ¡ dolorosa
Partida! se fué.
En vano exhalamos
Suspiros por él.
Los cielos piadosos
Descanso le den.

A él y á todas las almas cristianas. Dios lo quiera.... ¡Eh! señores, á Dios.

ESCENA XVIII.

CLAUDIO. GERTRUDIS. LAERTES.

LAERTES.

¡Veis esto, Dios mio!

CLAUDIO.

Yo debo tomar parte en tu afliccion, Laertes: no me niegues este derecho. Oyeme aparte. Elige entre los mas pru-

dentes de tus amigos aquellos que te parezca. Oigannos á entrambos y juzguen. Si por mí propio ó por mano agena resulto culpado, mi reino, mi corona, mi vida, cuanto puedo llamar mio, todo te lo daré para satisfacerte. Si no hay culpa en mí, deberé contar otra vez con tu obediencia, y unidos ambos, buscaremos los medios de aliviar tu dolor.

LAERTES.

Hágase lo que decís... Su arrebatada muerte, su obscuro funeral, sin trofeos, armas, ni escudos sobre el cadáver, ni debidos honores, ni decorosa pompa; todo, todo está clamando del cielo á la tierra por un exámen el mas riguroso.

CLAUDIO.

Tú le obtendrás, y la segur terrible de la justicia caerá sobre el que fuere delincuente. Ven conmigo.

ESCENA XIX.

Sala en casa de Horacio.

HORACIO. UN CRIADO.

HORACIO.

¿Quiénes son los que me quieren hablar?

CRIADO.

Unos marineros, que segun dicen, os traen cartas.

HORACIO.

Hazlos entrar. *(Vase el criado.)* Yo no sé de qué parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

ESCENA XX.

HORACIO. DOS MARINEROS.

MARINERO 1.°

Dios os guarde.

HORACIO.

Y á vosotros tambien.

MARINERO 1.°

Así lo hará, si es su voluntad. Estas cartas del embajador que se embarcó para Inglaterra, vienen dirigidas á vos, si os llamais Horacio, como nos han dicho.

HORACIO.

(Lee Horacio la carta.)

«Horacio: luego que hayas leido es»ta, dirigirás esos hombres al Rey, pa»ra el cual les he dado una carta. Ape»nas llevábamos dos dias de navega»cion, cuando empezó á darnos caza

»un pirata muy bien armado. Viendo »que nuestro navío era poco velero, »nos vimos precisados á apelar al va»lor. Llegamos al abordaje: yo salté el »primero en la embarcacion enemiga, »que al mismo tiempo logró desafer»rarse de la nuestra, y por consiguien»te me hallé solo y prisionero. Ellos »se han portado conmigo como ladro»nes compasivos; pero ya sabian lo »que se hacian, y se lo he pagado muy »bien. Haz que el Rey reciba las car»tas que le envio, y tú ven á verme »con tanta diligencia como si huyeras »de la muerte. Tengo unas cuantas pa»labras que decirte al oido que te de»jarán atónito; bien que todas ellas »no serán suficientes á expresar la im»portancia del caso. Esos buenos hom»bres te conducirán hasta aquí. Gui»llermo y Ricardo siguieron su cami»no á Inglaterra. Mucho tengo que de-

»cirte de ellos. A Dios. Tuyo siempre—
»HAMLET.»

Vamos. Yo os introduciré para que presenteis esas cartas. Conviene hacerlo pronto, á fin de que me lleveis despues adonde queda el que os las entregó.

ESCENA XXI.

Gabinete del Rey.

CLAUDIO. LAERTES.

CLAUDIO.

Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo, y me darás lugar en el corazon como á tu amigo, despues que has oido con pruebas evidentes que el matador de tu noble padre conspiraba contra mi vida.

LAERTES.

Claramente se manifiesta.... Pero decidme: ¿por qué no procedeis contra excesos tan graves y culpables, cuando vuestra prudencia, vuestra grandeza, vuestra propia seguridad, todas las consideraciones juntas deberian excitaros tan particularmente á reprimirlos?

CLAUDIO.

Por dos razones, que aunque tal vez las juzgarás débiles, para mí han sido muy poderosas. Una es (14) que la Reina su madre vive pendiente casi de sus miradas, y al mismo tiempo (sea desgracia ó felicidad mia) tan estrechamente unió el amor mi vida y mi alma á la de mi esposa, que así como los astros no se mueven sino dentro de su propia esfera, así en mí no hay movimiento alguno que no dependa de su voluntad. La otra razon por que no puedo proceder contra el agresor

públicamente, es el grande cariño que le tiene el pueblo: el cual, como la fuente cuyas aguas mudan los troncos en piedras, bañando en su afecto las faltas del Príncipe, convierte en gracias todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tal violencia dispararse, que resistan á huracan tan fuerte; y sin tocar el punto á que las dirija, se volverán otra vez al arco.

LAERTES.

Sí, y en tanto yo he perdido á un ilustre padre, y hallo á una hermana en la mas deplorable situacion.... Mi hermana, cuyo mérito (si alcanza el elogio á lo que ya no existe) se levantó sobre lo mas sublime de su siglo, por las raras prendas que en ella se admiraron juntas..... Pero llegará, llegará el tiempo de mi venganza.

CLAUDIO.

Ese cuidado no debe interrumpirte

el sueño, ni has de presumir que yo esté formado de materia tan insensible y dura, que me deje remesar la barba y lo tome á fiesta..... Presto te informaré de lo demas. Basta decirte que amé á tu padre, que nosotros nos amamos tambien, y que espero darte á conocer la..... Pero..... ¿Qué noticias traes?

ESCENA XXII.

CLAUDIO. LAERTES. UN GUARDIA.

GUARDIA.

Señor, veis aquí cartas del Príncipe: esta para vuestra Magestad, y esta para la Reina.

(*Da unas cartas á Claudio.*)

CLAUDIO.

¡De Hamlet! ¿Quién las ha traido?

GUARDIA.

Dicen que unos marineros, yo no los he visto. Horacio que las recibió del que las trajo, es el que me las ha entregado á mí.

CLAUDIO.

Oirás lo que dicen, Laertes. Déjanos solos.

ESCENA XXIII.

CLAUDIO. LAERTES.

CLAUDIO.

(*Lee Claudio una carta.*)

«Alto y poderoso señor: os hago sa»ber como he llegado desnudo á vues»tro reino. Mañana os pediré permiso »de ver vuestra presencia real, y en»tonces, mediante vuestro perdon, os »diré la causa de mi extraña y repen»tina vuelta.—HAMLET.»

¿Qué quiere decir esto? ¿Se habrán vuelto los otros tambien, ó hay alguna equivocacion, ó acaso todo es falso?

LAERTES.

¿Conoceis la letra?

CLAUDIO.

Sí, es de Hamlet.... (*Examinando con atencion la carta.*) *Desnudo*..... y en una enmienda que hay aquí, dice: *solo*..... ¿Qué puede ser esto?

LAERTES.

Yo nada alcanzo.... Pero dejadle venir, que ya siento encenderse en nuevas iras mi corazon.... Sí, yo viviré, y le diré en su cara: tú lo hiciste, y fué de esta manera.

CLAUDIO.

Si el caso es cierto.... ¡Eh! ¿Cómo es posible?..... ¿Y qué otra cosa puede ser?.... ¿Quieres dirigirte por mí, Laertes?

LAERTES.

Sí señor, como no procureis inclinarme á la paz.

CLAUDIO.

A tu propia paz, no á otra ninguna. Si él vuelve ahora disgustado de este viaje y rehusa comenzarle de nuevo, yo le ocuparé en una empresa que medito, en la cual perecerá sin duda. Esta muerte no excitará el aura mas leve de acusacion, su madre misma absolverá el hecho juzgándolo casual.

LAERTES.

Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho mas si disponeis que yo sea el instrumento que las ejecute.

CLAUDIO.

Todo sucede bien..... Desde que te fuiste se ha hablado mucho de tí delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresales. Las demas que tienes no movieron tanto su en-

vidia como esta sola, que en mi opinion ocupa el último lugar.

LAERTES.

¿Y qué habilidad es, señor?

CLAUDIO.

No es mas que un lazo en el sombrero de la juventud, pero que la es muy necesario; puesto que así son propios de la juventud los adornos ligeros y alegres, como de la edad madura las ropas y pieles que se viste por abrigo y decencia.... Dos meses ha que estuvo aquí un caballero de Normandía.... Yo conozco á los franceses muy bien, he militado contra ellos, y son por cierto buenos ginetes; pero el galan de quien hablo era un prodigio en esto. Parecia haber nacido sobre la silla, y hacia ejecutar al caballo tan admirables movimientos como si él y su valiente bruto animaran un cuerpo solo: y tanto excedió á mis ideas, que

todas las formas y actitudes que yo pude imaginar no llegaron á lo que él hizo.

LAERTES.

¿Decís que era normando?

CLAUDIO.

Sí, normando.

LAERTES.

Ese es Lamond, sin duda.

CLAUDIO.

El mismo.

LAERTES.

Le conozco bien, y es la joya mas preciosa de su nacion.

CLAUDIO.

Pues este, hablando de tí públicamente, te llenaba de elogios por tu inteligencia y ejercicio en la esgrima, y la bondad de tu espada en la defensa y el ataque: tanto que dijo alguna vez, que sería un espectáculo admirable el verte lidiar con otro de igual

mérito, si pudiera hallarse, puesto que segun aseguraba él mismo, los mas diestros de su nacion carecian de agilidad para las estocadas y los quites cuando tú esgrimias con ellos. Este informe irritó la envidia de Hamlet, y en nada pensó desde entonces sino en solicitar con instancia tu pronto regreso para batallar contigo. Fuera de esto.....

LAERTES.

¿Y qué hay ademas de eso, señor?

CLAUDIO.

Laertes, ¿amaste á tu padre, ó eres como las figuras de un lienzo, que tal vez aparentan tristeza en el semblante cuando las falta un corazon?

LAERTES.

¿Por qué lo preguntais?

CLAUDIO.

No porque piense que no amabas á tu padre, sino porque sé que el amor (15)

está sujeto al tiempo, y que el tiempo extingue su ardor y sus centellas, segun me lo hace ver la experiencia de los sucesos. Existe en medio de la llama de amor una mecha ó pávilo que la destruye al fin: nada permanece en un mismo grado de bondad constantemente, pues la salud misma degenerando en plétora perece por su propio exceso. Cuanto nos proponemos hacer, deberia ejecutarse en el instante mismo en que lo deseamos, porque la voluntad se altera fácilmente, se debilita y se entorpece segun las lenguas, las manos y los accidentes que se atraviesan; y entonces aquel estéril deseo es semejante á un suspiro que exhalando pródigo el aliento, causa daño en vez de dar alivio.... Pero toquemos en lo vivo de la herida. Hamlet vuelve.... ¿Qué accion emprenderias tú para manifestar mas con las obras con que las

palabras que eres digno hijo de tu padre?

LAERTES.

¿Qué haré? Le cortaré la cabeza en el templo mismo.

CLAUDIO.

Cierto que no deberia un homicida hallar asilo en parte alguna, ni reconocer límites una justa venganza; pero buen Laertes, haz lo que te diré. Permanece oculto en tu cuarto: cuando llegue Hamlet, sabrá que tú has venido: yo le haré acompañar por algunos que alabando tu destreza den un nuevo lustre á los elogios que hizo de tí el francés. Por último (16), llegareis á veros: se harán apuestas en favor de uno y otro..... él, que es descuidado, generoso, incapaz de toda malicia, no reconocerá los floretes: de suerte que te será muy fácil con poca sutileza que uses, elegir una espada

sin boton, y en cualquiera de las jugadas tomar satisfaccion de la muerte de tu padre.

LAERTES.

Así lo haré, y á ese fin quiero envenenar la espada con cierto ungüento que compré de un charlatan; de cualidad tan mortífera, que mojando un cuchillo en él, adonde quiera que haga sangre introduce la muerte, sin que haya emplasto eficaz que pueda evitarla, por mas que se componga de cuantos simples medicinales crecen debajo de la luna. Yo bañaré la punta de mi espada en este veneno, para que apenas le toque muera.

CLAUDIO.

Reflexionemos mas sobre esto..... Examinemos qué ocasion, qué medios serán mas oportunos á nuestro engaño: porque si tal vez se malogra, y equivocada la ejecucion se descubren

los fines, valiera mas no haberlo emprendido. Conviene pues que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capaz de asegurar el golpe, cuando por el primero no se consiga. Espera... Déjame ver si.... Haremos una apuesta solemne sobre vuestra habilidad y..... Sí, ya hallé el medio. Cuando con la agitacion os sintais acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate) él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida expresamente una copa, que al gustarla solo, aunque haya podido librarse de tu espada ungida, veremos cumplido nuestro deseo. Pero... calla... ¿Qué ruido se escucha?

(Suena ruido dentro.)

ESCENA XXIV.

GERTRUDIS. CLAUDIO. LAERTES.

CLAUDIO.

¿Qué ocurre de nuevo, amada Reina?

GERTRUDIS.

Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra; tan inmediatas caminan. Laertes, tu hermana acaba de ahogarse.

LAERTES.

¡Ahogada!.... ¿En dónde?.... ¡Cielos!

GERTRUDIS.

Donde (17) hallareis un sauce que crece á las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imágen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó ridículamente coronada de ranúnculos, hortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los

sencillos labradores se reconocen bajo una denominacion grosera, y las modestas doncellas llaman dedos de muerto. Llegada que fué, se quitó la guirnalda, y queriendo subir á suspenderla de los pendientes ramos, se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y extendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante á una sirena, y en tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia, ó como criada y nacida en aquel elemento. Pero no era posible que así durase por mucho espacio..... Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbian, la arrebataron á la infeliz, interrumpiendo su canto dulcísimo la muerte, llena de angustias.

LAERTES.

¿Qué en fin se ahogó? ¡Mísero!

GERTRUDIS.

Sí, se ahogó, se ahogó.

LAERTES.

¡Desdichada Ofelia! demasiada (18 agua tienes ya, por eso quisiera reprimir la de mis ojos.... Bien que á pesar de todos nuestros esfuerzos, imperiosa la naturaleza sigue su costumbre por mas que el valor se avergüenze... Pero luego que este llanto se vierta, nada quedará en mí de femenil ni de cobarde..... A Dios, señores.... Mis palabras de fuego arderian en llamas si no las apagasen estas lágrimas imprudentes. *(Vase Laertes.)*

CLAUDIO.

Sigámosle, Gertrudis, que despues de haberme costado tanto aplacar su cólera, temo ahora que esta desgracia no la irrite otra vez. Conviene seguirle.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Cimenterio contiguo á una iglesia.

SEPULTURERO 1°, SEPULTURERO 2°.

SEPULTURERO 1°.

¿Y es la que ha de (1) sepultarse en tierra sagrada, la que deliberadamente ha conspirado contra su propia salvacion?

SEPULTURERO 2°.

Dígote que sí: con que haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadáver y ha dispuesto que se la entierre en sagrado.

SEPULTURERO 1°.

Yo no entiendo como va eso.... Aun

si se hubiera ahogado haciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

SEPULTURERO 2°.

Así han juzgado que fué.

SEPULTURERO 1°.

No, no, eso fué *se offendendo;* ni puede haber sido de otra manera: porque.... ve aquí el punto de la dificultad. Si yo me ahogo voluntariamente, esto arguye por de contado una accion, y toda accion consta de tres partes, que son: hacer, obrar y ejecutar: de donde se infiere, amigo Rasura, que ella se ahogó voluntariamente.

SEPULTURERO 2°.

¡Qué!.... Pero, óigame ahora el tio Socaba.

SEPULTURERO 1°.

No, deja, yo te diré. Mira, aquí está el agua. Bien. Aquí está un hombre. Muy bien.... Pues señor, si este hombre va y se mete dentro del agua, se

ahoga á sí mismo: porque, por fas ó por nefas, ello es que él va.... Pero atiende á lo que digo. Si el agua viene hácia él, y le sorprende y le ahoga, entonces no se ahoga él á sí propio.... Compadre Rasura, el que no desea su muerte, no se acorta la vida.

SEPULTURERO 2°.

¿Y qué, hay leyes para eso?

SEPULTURERO 1°.

Ya se ve que las hay, y por ellas se guia el juez que examina estos casos.

SEPULTURERO 2°.

¿Quieres que te diga la verdad? pues mira, si la muerta no fuese una señora, yo te aseguro que no la enterrarian en sagrado.

SEPULTURERO 1°.

En efecto dices bien, y es mucha lástima que los grandes personages hayan de tener en este mundo especial privilegio, entre todos los demas

cristianos, para ahogarse y ahorrarse cuando quieren, sin que nadie les diga nada.... Vamos allá con el azadon.... (*Pónense los dos á abrir una sepultura en medio del teatro, sacando la tierra con espuertas, y entre ella calaveras y huesos.*) Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores: que son los que ejercen la profesion de Adan.

SEPULTURERO 2°.

¿Pues qué, Adan fué caballero? (2)

SEPULTURERO 1°.

¡Toma! como que fué el primero que llevó armas.... Pero, voy á hacerte una pregunta y si no me respondes á cuento, has de confesar que eres un....

SEPULTURERO 2°.

Adelante.

SEPULTURERO 1°.

¿Cuál es el que construye edificios mas fuertes, que los que hacen los al-

bañiles y los carpinteros de casas y navíos?

SEPULTURERO 2°.

El que hace la horca: porque aquella fábrica sobrevive á mil inquilinos.

SEPULTURERO 1°.

Agudo eres, por vida mia. Buen edificio es la horca; pero ¿cómo es bueno? es bueno para los que hacen mal: ahora bien, tú haces mal en decir que la horca es fábrica mas fuerte que una iglesia, con que la horca podria ser buena para tí.... Volvamos á la pregunta.

SEPULTURERO 2°.

¿Cuál es el que hace habitaciones mas durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navíos?

SEPULTURERO 1°.

Sí, dímelo y sales del apuro.

SEPULTURERO 2°.

Ya se ve que te lo diré.

SEPULTURERO 1°.

Pues vamos.

SEPULTURERO 2°.

Pues no puedo decirlo.

SEPULTURERO 1°.

Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello.... Tú eres un burro lerdo, que no saldrá de su paso por mas que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: el sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace, duran hasta el dia del juicio?.... Anda, ve ahí á casa de Juanillo y tráeme una copa de aguardiente.

ESCENA II.

HAMLET. HORACIO. SEPULTURERO 1°.

SEPULTURERO 1°. *(Canta).*

Yo amé en mis primeros años,
Dulce cosa lo juzgué:
Pero casarme, eso no,
Que no me estuviera bien.

HAMLET.

Que poco (5) siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta.

HORACIO.

La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupacion.

HAMLET.

Así es la verdad. La mano que menos trabaja, tiene mas delicado el tacto.

SEPULTURERO 1°. *(Canta).*

La edad callada en la huesa
Me hundió con mano cruel,
Y toda se destruyó
La existencia que gocé.

HAMLET.

Aquella calavera tendria lengua en otro tiempo, y con ella podria tambien cantar.... ¡Cómo la tira al suelo el pícaro! como si fuese la quijada con que hizo Cain el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podria ser muy bien la cabeza de

algun estadista, que acaso pretendió engañar al cielo mismo. ¿No te parece?

HORACIO.

Bien puede ser.

HAMLET.

O la de algun cortesano, que diria: felicísimos dias, señor excelentísimo, ¿cómo va de salud, mi venerado señor?.... Esta puede ser la del caballero Fulano, que hacia grandes elogios del potro del caballero Zutano, para pedírsele prestado despues. ¿No puede ser así?

HORACIO.

Sí señor.

HAMLET.

¡Oh! sí por cierto, y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadon de un sepulturero.... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera en nosotros medios para observarlas.... ¿Pero,

¿costó acáso tan poco la formacion de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente (4) se divierta en sus garitos con ellos?.... ¡Eh! Los mios se estremecen al considerarlo.

SEPULTURERO 1°. *(Canta.)*

Una piqueta
Con una hazada,
Un lienzo donde
Revuelto vaya,
Y un hoyo en tierra
Que le preparan.
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.

Y esa otra, ¿por qué no podria ser la calavera de un letrado?.... ¿Adónde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Porque sufre ahora que ese bribon, grosero, le golpee contra la pared, con el azadon lleno de barro?... ¡y no dirá palabra acerca de un hecho

tan criminal!.... Éste seria, quizás, mientras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones y reconocimientos, transacciones, seguridades mútuas, pagos, recibos.... Ve aquí el arriendo de sus arriendos, y el cobro de sus cobranzas; todo á venido á parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó cabrian difícilmente en su atahud; y no obstante eso, todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones, no le han podido asegurar otra posesion que la de un espacio pequeño, capaz de cubrirse con un par de sus escrituras.... ¡Oh! y á su opulento sucesor tampoco le quedará mas!

HORACIO.

Verdad es, señor.

HAMLET.

¿No se hace el pergamino de piel de carnero?

HORACIO.

Sí señor, y de piel de ternera tambien.

HAMLET.

Pues, dígote, que son mas irracionales que las terneras y carneros, los que fundan su felicidad en la posesion de tales pergaminos.... Voy á tramar conversacion con este hombre. (*Al sepulturero.*) ¿De quién es esa sepultura, buena pieza?

SEPULTURERO 1°.

Mia, señor. (5) (*Canta.*)

Y un hoyo en tierra
Que le preparan:
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.

Sí, yo creo que es tuya porque estás ahora dentro de ella.... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos: con que has mentido.

SEPULTURERO 1°.

Ve ahí un mentís demasiado vivo; pero yo os le volveré.

HAMLET.

¿Para qué muerto cabas esa sepultura?

SEPULTURERO 1°.

No es hombre, señor.

HAMLET.

¿Pues bien, para qué muger?

SEPULTURERO 1°.

Tampoco es eso.

HAMLET.

¿Pues que es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPULTURERO 1°.

Un cadáver, que fué muger; pero ya murió.... Dios la perdone.

HAMLET.

¡Qué taimado es! Hablémosle clara y sencillamente, porque sino, es capaz de confundirnos á equívocos. De tres

años á esta parte he observado cuanto se va sutilizando la edad en que vivimos.... Por vida mia, Horacio, que ya el villano sigue tan de cerca al caballero, que muy pronto le deshollará el talon.... ¿Cuánto tiempo ha que eres sepulturero?

SEPULTURERO 1°.

Toda mi vida, se puede decir. Yo comenzé el oficio, el dia que nuestro último rey Hamlet venció á Fortimbrás.

HAMLET.

¿Y cuánto tiempo habrá?

SEPULTURERO 1°.

¡Toma! ¿no lo sabeis? pues hasta los chiquillos os lo diran. Eso sucedió el mismo dia en que nació el jóven Hamlet, el que está loco, y se ha ido á Inglaterra.

HAMLET.

¡Oiga! ¿por qué se ha ido á Inglaterra?

SEPULTURERO 1°.

Porque.... porque está loco, y allí cobrará su juicio; y sino le cobra á bien que poco importa.

HAMLET.

¿Porqué?

SEPULTURERO 1°.

Porque allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET.

¿Y cómo ha sido volverse loco?

SEPULTURERO 1°.

De un modo muy extraño, segun dicen.

HAMLET.

¿De qué modo?

SEPULTURERO 1°.

Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET.

Pero, ¿qué motivo dió lugar á eso?

SEPULTURERO 1°.

¿Qué lugar? Aquí en Dinamarca,

donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande, y por espacio de treinta años.

HAMLET.

¿Cuánto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO 1°.

De suerte que si él no corrompia ya en vida (como nos sucede todos los dias con muchos cuerpos galicados, que no hay por donde asirlos), podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años, seguramente.

HAMLET.

¿Pues qué tiene él mas que otro cualquiera?

SEPULTURERO 1°.

Lo que tiene es, un pellejo tan curtido ya, por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua: y el agua, señor mio, es la cosa que

mas pronto destruye á cualquier hideputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veinte y tres años.

HAMLET.

¿De quién es?

SEPULTURERO 1°.

¡Mayor hideputa, loco!... ¿De quién os parece que será?

HAMLET.

¿Yo cómo he de saberlo?

SEPULTURERO 1°.

¡Mala peste en él y en sus travesuras!.... Una vez me echó un frasco de vino del Rhin por los cabezones.... Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorich, el bufon del rey.

(*El sepulturero le dá una calavera á Hamlet.*)

HAMLET.

¿Esta?

SEPULTURERO 1°.

La misma.

HAMLET.

¡Ay! ¡pobre Yorick!.... Yo le conocí, Horacio.... era un hombre sumamente gracioso, de la mas fecunda imaginacion. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros.... y ahora su vista me llena de horror; y oprimido el pecho palpita.... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo dí besos sin número.... ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, falto ya enteramente de músculos, ni aun puedes reirte de tu propia deformidad.... Ve al tocador de alguna de nuestras damas y dila, para excitar su risa, que por mas que se ponga una pulgada de afeite en el rostro; al fin habrá de experimentar esta misma transformacion.... (*Tira la calavera al monton de tierra in-*

mediato á la sepultura.) Dime una cosa, Horacio.

HORACIO.

¿Cuál es, señor?

HAMLET.

¿Crees tú, que Alejandro, metido debajo de tierra, tendria esa forma horrible?

HORACIO.

Cierto que sí.

HAMLET.

¿Y exhalaria ese mismo hedor?... ¡Uh!

HORACIO.

Sin diferencia alguna.

(El sepulturero 1°, acabada la excavacion, sale de la sepultura y se pasea hácia el fondo del teatro. Viene despues el sepulturero 2° que trae el aguardiente, beben y hablan entre sí, permaneciendo retirados hasta la escena siguiente, como lo indica el diálogo.)

HAMLET.

¡En que abatimiento hemos de parar, Horacio!.... ¿Y por qué no podria la imaginacion seguir las ilustres ceni-

zas de Alejandro, hasta encontrarlas tapando la boca de algun barril?

HORACIO.

A fé que sería excesiva curiosidad ir á examinarlo.

HAMLET.

No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fué sepultado, Alejandro se redujo á polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro.... ¿Y por qué con este barro en que él está ya convertido no habrán podido tapar un barril de cerbeza? El Emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire.... ¡Oh! Y aquella tierra que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las hendiduras de un tabique contra las intemperies del invier-

no.... Pero callemos.... hagámonos á un lado, que.... sí.... Aquí viene el Rey, la Reina, los grandes..... ¿A quién acompañan? ¡Qué ceremonial tan incompleto es este!... Todo ello me anuncia que el difunto que conducen dió fin á su vida con desesperada mano... Sin duda era persona de calidad..... Ocultémonos un poco, y observa.

ESCENA III.

CLAUDIO. GERTRUDIS. HAMLET. LAERTES. HORACIO. UN CURA. DOS SEPULTUREROS. ACOMPAÑAMIENTO DE DAMAS, CABALLEROS Y CRIADOS.

(Conducen entre cuatro hombres el cadáver de Ofelia, vestida con túnica blanca y coronada de flores. Detras sigue el preste y todos los que hacen el duelo, atravesando el teatro á paso lento, hasta llegar adonde está la sepultura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet y Horacio se retiran á un extremo del teatro.)

LAERTES

¿Qué otra ceremonia falta? (6)

HAMLET.

Mira, aquel es Laertes, jóven muy ilustre.

LAERTES.

¿Qué ceremonia falta?

EL CURA.

Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar á muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caido sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

LAERTES.

¿Con qué no se debe hacer mas?

EL CURA.

No mas. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos cantando un *requiem* para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con mas cristiana disposicion.

LAERTES.

Dadla tierra pues. *(Ponen el cadáver de Ofelia en la sepultura.)* Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á tí, clérigo zafio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

HAMLET.

¡Qué!.... ¡La hermosa Ofelia!....

GERTRUDIS.

Dulces dones á mi dulce amiga. *(Esparce flores sobre el cadáver.)* A Dios... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi

Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial..... pero no tu sepulcro.

LAERTES.

¡Oh, una y mil veces sea maldito aquel cuya accion inhumana te privó á tí del mas sublime entendimiento!... No.... esperad un instante, no echeis la tierra todavía.... No.... hasta que otra vez la estreche en mis brazos.... *(Métese en la sepultura.)* Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagais un monte que descuelle sobre el antiguo Pelion, ó sobre la azul extremidad del Olimpo que toca los cielos.

HAMLET.

¿Quién es el que da á sus penas idioma tan enfático, el que así invoca en su afliccion á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á oir-

le?.... Yo soy Hamlet, Príncipe de Dinamarca.

(*Atravesando por en medio de todos, va hácia la sepultura; entra en ella y luchan él y Laertes, y se dan puñadas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo y los separan.*)

LAERTES.

El demonio lleve tu alma.

HAMLET.

No es justo lo que pides..... Quita esos (7) dedos de mi cuello, porque aunque no soy precipitado ni colérico, algun riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente debes evitarle.... Quita de ahí esa mano.

CLAUDIO.

Separadlos.

GERTRUDIS.

¡Hamlet! ¡Hamlet!

TODOS.

¡Señores!

HORACIO.

Moderaos, señor.

HAMLET.

No, por causa tan justa lidiaré con él hasta que cierre mis párpados la muerte.

GERTRUDIS.

¿Qué causa puede haber, hijo mio?...

HAMLET.

Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil hermanos juntos no podrán con todo su amor exceder al mio.... ¿Qué quieres hacer por ella? Dí.

CLAUDIO.

Laertes, mira que está loco.

GERTRUDIS.

Por Dios, Laertes, déjale.

HAMLET.

Dime lo que intentas hacer. *(Los sepultureros llenan la sepultura de tierra y la apisonan.)* ¿Quieres llorar, combatir, negarte al sustento, hacerte pedazos, beber todo

el Esil (8), devorar un caiman? Yo lo haré tambien.... ¿Vienes aquí á lamentar su muerte, á insultarme precipitándote en su sepulcro, á ser enterrado vivo con ella?..... Pues bien, eso quiero yo; y si hablas de montes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra inumerables, hasta que estos campos tuesten su frente en la tórrida zona, y el alto Osa parezca en su comparacion un terron pequeño.... Si me hablas con soberbia, yo usaré un lenguage tan altanero como el tuyo.

GERTRUDIS.

Todos son efectos de su frenesí, cuya violencia podrá agitarle por algun tiempo; pero despues, semejante á la mansa paloma cuando siente animadas las mellizas crias, le vereis sin movimiento y mudo.

HAMLET.

Oyeme: ¿cuál es la razon de obrar

así conmigo?.... Siempre te he querido bien.... Pero.... nada importa. Aunque el mismo Hércules con todo su poder quiera estorbarlo, el gato mayará, y el perro quedará vencedor.

(Vase Hamlet, y Horacio le sigue.)

CLAUDIO.

Horacio, ve, no le abandones..... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortificará tu paciencia mientras dispongo lo que importa en la ocasion presente.... Amada Gertrudis, será bien que alguno se encargue de la guarda de tu hijo.... Esta sepultura se adornará con un monumento durable..... Espero que gozaremos brevemente horas mas tranquilas, pero entretanto conviene sufrir.

ESCENA IV.

Salon de palacio, el mismo que sirvió para la representacion, con asientos que han de ocuparse en la escena IX.

HAMLET. HORACIO.

HAMLET.

Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera informarte de lo demas; ¿pero te acuerdas bien de todas las circunstancias?

HORACIO.

¿No he de acordarme, señor?

HAMLET.

Pues sabrás (9), amigo, que agitado continuamente mi corazon en una especie de combate, no me permitia conciliar el sueño, y en tal situacion me juzgaba mas infeliz que el delincuente

cargado de prisiones. Una temeridad... Bien que debo dar gracias á esta temeridad, pues por ella existo..... Sí, confesemos que tal vez nuestra indiscrecion suele sernos útil, al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad se malogran; prueba certísima de que la mano de Dios conduce á su fin todas nuestras acciones, por mas que el hombre las ordene sin inteligencia.

HORACIO.

Así es la verdad.

HAMLET.

Salgo pues de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero, y á tientas, favorecido de la obscuridad, llego hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo, me apodero de sus papeles y me vuelvo á mi cuarto. Allí, olvidando mis rezelos toda consideracion, tuve la osadía de abrir sus despachos, y

en ellos encuentro, amigo, una alevosía del Rey. Una órden precisa, apoyada en varias razones de ser importante á la tranquilidad de Dinamarca y aun á la de Inglaterra, y.... ¡oh! mil temores y anuncios de mal si me dejan vivo..... En fin, decia que luego que fuese leida, sin dilacion ni aun para afinar á la segur el filo, me cortasen la cabeza.

HORACIO.

¿Es posible?

HAMLET.

Mira la órden aquí (*Le enseña un pliego, y vuelve á guardárselo.*): podrás leerla en mejor ocasion; pero ¿quieres saber lo que yo hice?

HORACIO.

Sí, yo os lo ruego.

HAMLET.

Ya ves como rodeado así de traiciones, ya ellos habian empezado el dra-

BIBLIOTHEQVE IBERIQVE

ma aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una órden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra..... Yo creí algun tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro, y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuán útil me ha sido tenerla. ¿Quieres saber lo que el escrito contenia?

HORACIO.

Sí señor.

HAMLET.

Una súplica del Rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como á su obediente feudatario, diciéndole que su recíproca amistad floreceria como la palma robusta; que la paz coronada de espigas mantendria la quietud de ambos imperios, uniéndolos en

amor durable, con otras expresiones no menos afectuosas; pidiéndole por último, que vista que fuese aquella carta, sin otro exámen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensageros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO.

¿Y cómo la pudiste sellar?

HAMLET.

Aun eso tambien parece que lo dispuso el cielo, porque felizmente traía conmigo el sello de mi padre, por el cual se hizo el que hoy usa el Rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma direccion, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo parage, y nadie nota el cambio.... Al dia siguiente ocurrió el combate naval: lo que despues sucedió, ya lo sabes.

HORACIO.

De ese modo Guillermo y Ricardo caminan derechos á la muerte.

HAMLET.

Ya ves que ellos han solicitado este encargo: mi conciencia no me acusa acerca de su castigo..... Ellos mismos se han procurado su ruina.... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas cuando dos enemigos poderosos lidian.

HORACIO.

¡Oh, qué Rey este!

HAMLET.

¿Juzgas tú que no estoy en obligacion de proseguir lo que falta? El que asesinó á mi padre y mi Rey, que ha deshonrado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio y mis derechos justos, que ha conspirado contra mi vida valiéndose de medios tan aleves.... ¿No será justicia

rectísima castigarle con esta mano? ¿No será culpa en mí tolerar que ese monstruo exista para cometer como hasta aquí maldades atroces?

HORACIO.

Presto le avisarán de Inglaterra cuál ha sido el éxito de su solicitud.

HAMLET.

Sí, presto lo sabrá; pero entretanto el tiempo es mio, y para quitar á un hombre la vida un instante basta..... Solo me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido con Laertes, en que olvidado de mí propio, no ví en mi sentimiento la imágen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, sí.... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador que daba á sus quejas, irritó en exceso mi cólera.

HORACIO.

Callad.... ¿Quién viene aquí?

ESCENA V.

HAMLET. HORACIO. HENRIQUE.

HENRIQUE.

En hora (10) feliz haya regresado vuestra Alteza á Dinamarca.

HAMLET.

Muchas gracias, caballero.... ¿Conoces á este moscon?

HORACIO.

No señor.

HAMLET.

Nada se te dé, que el conocerle es por cierto poco agradable. Este es señor de muchas tierras y muy fértiles, y por mas que él sea un bestia que manda en otros tan bestias como él, ya se sabe, tiene su pesebre fijo en la mesa del Rey.... Es la corneja mas charlera que en mi vida he visto; pero co-

mo te he dicho ya, posee una gran porcion de polvo.

HENRIQUE.

Amable Príncipe, si vuestra grandeza no tiene ocupacion que se lo estorbe, yo le comunicaria una cosa de parte del Rey.

HAMLET.

Estoy dispuesto á oirla con la mayor atencion.... Pero emplead el sombrero en el uso á que fué destinado. El sombrero se hizo para la cabeza.

HENRIQUE.

Muchas gracias, señor..... ¡Eh! el tiempo está caluroso.

HAMLET.

No, al contrario, muy frio. El viento es norte.

HENRIQUE.

Cierto que hace bastante frio.

HAMLET.

Antes yo creo..... á lo menos para

mi complexion hace un calor que abrasa.

HENRIQUE.

¡Oh! en extremo.... sumamente fuerte, como..... yo no sé cómo diga..... Pues señor, el Rey me manda que os informe de que ha hecho una grande apuesta en vuestro favor. Este es el asunto.

HAMLET.

Tened presente que el sombrero se...

HENRIQUE.

¡Oh! señor.... lo hago por comodidad.... cierto.... Pues ello es que Laertes acaba de llegar á la corte.... ¡Oh! es un perfecto caballero, no cabe duda. Excelentes cualidades, un trato muy dulce, muy bien quisto de todos..... Cierto, hablando sin pasion, es menester confesar que es la nata y flor de la nobleza, porque en él se hallan

cuantas prendas pueden verse en un caballero.

HAMLET.

La pintura que de él haceis no desmerece nada en vuestra boca, aunque yo creí que al hacer el inventario de sus virtudes, se confundirian la aritmética y la memoria, y ambas serian insuficientes para suma tan larga. Pero sin exagerar su elogio, yo le tengo por un hombre de grande espíritu, y de tan particular y extraordinaria naturaleza, que (hablando con toda la exactitud posible) no se hallará su semejanza sino en su mismo espejo, pues el que presuma buscarla en otra parte, solo encontrará bosquejos informes.

HENRIQUE.

Vuestra Alteza acaba de hacer justicia imparcial en cuanto ha dicho de él.

HAMLET.

Sí, pero sépase á qué propósito nos

enronquecemos ahora entremetiendo en nuestra conversacion las alabanzas de ese galan.

HENRIQUE.

¿Cómo decís, señor?

HORACIO.

¿No fuera mejor que le hablárais con mas claridad? Yo creo, señor, que no os sería difícil.

HAMLET.

¿Digo que á que viene ahora hablar de ese caballero?

HENRIQUE.

¿De Laertes?

HORACIO.

¡Eh! ya vació cuanto tenia, y se le acabó la provision de frases brillantes.

HAMLET.

Sí señor, de ese mismo.

HENRIQUE.

Yo creo que no estareis ignorante de.....

HAMLET.

Quisiera que no me tuviérais por ignorante, bien que vuestra opinion no me añadiria un gran concepto..... Y bien, ¿qué mas?

HENRIQUE.

Decia que no podeis ignorar el mérito de Laertes.

HAMLET.

Yo no me atreveré confesarlo, por no igualarme con él, siendo averiguado que para conocer bien á otro es menester conocerse bien á sí mismo.

HENRIQUE.

Yo lo decia por su destreza en el arma, puesto que segun la voz general, no se le conoce compañero.

HAMLET.

¿Y qué arma es la suya?

HENRIQUE.

Espada y daga.

HAMLET.

Esas son dos armas..... Vaya, adelante.

HENRIQUE.

Pues señor, el Rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte (segun he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturon, colgantes, y así á este tenor.... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa mas bien hecha que puede darse. ¡Cureñas como ellas!.. ¡Oh! es obra de mucho gusto y primor.

HAMLET.

¿Y á qué cosa llamais cureñas?

HORACIO.

Ya rezelaba yo que sin el socorro de notas marginales no pudiérais acabar el diálogo.

HENRIQUE.

Señor, por cureñas entiendo yo, así, los.... los cinturones.....

HAMLET.

La expresion sería mucho mas propia si pudiéramos llevar al lado un cañon de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones.... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros contra seis espadas francesas con sus cinturones, y entre ellos tres cureñas primorosas.... ¿Con qué esto es lo que apuesta el francés contra el dinamarqués? ¿Y á qué fin se han impuesto (como vos decís) todas esas cosas?

HENRIQUE.

El Rey ha apostado, que si batallais con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres botonazos los que él os dé, y él dice que en las mismas doce os dará nueve cuando menos, y desea

que esto se juzgue inmediatamente, si os dignais de responder.

HAMLET.

¿Y si respondo que no?

HENRIQUE.

Quiero decir, si admitís el partido que os propone.

HAMLET.

Pues señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala, porque si su Magestad no lo ha por enojo, esta es la hora crítica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el Rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta si puedo, y si no puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes.

HENRIQUE.

¿Con que lo diré en esos términos?

HAMLET.

Esta es la substancia: despues lo po-

deis adornar con todas las flores de vuestro ingenio.

HENRIQUE.

Señor, recomiendo nuevamente mis respetos á vuestra grandeza.

HAMLET.

Siempre vuestro, siempre.

ESCENA VI.

HAMLET. HORACIO.

HAMLET.

Él hace muy bien de recomendarse á sí mismo; porque si no, dudo mucho que nadie lo hiciese por él.

HORACIO.

Este me parece un vencejo que empezó á volar y chillar con el cascaron pegado á las plumas.

HAMLET.

Sí, y aun antes de mamar hacia ya

cumplimientos á la teta.... Este es uno de los muchos que en nuestra corrompida edad son estimados, únicamente porque saben acomodarse al gusto del dia con esa exterioridad halagüeña y obsequiosa..... y con ella tal vez suelen sorprender el aprecio de los hombres prudentes; pero se parecen demasiado á la espuma, que por mas que hierva y abulte, al dar un soplo se reconoce lo que es; todas las ampollas huecas se deshacen, y no queda nada en el vaso.

ESCENA VII.

HAMLET. HORACIO. UN CABALLERO.

CABALLERO.

Señor, parece que su Magestad os envió un recado con el jóven Henrique, y éste ha vuelto diciendo que es-

perábais en esta sala. El Rey me envia á saber si gustais de batallar con Laertes inmediatamente, ó si quereis que se dilate.

HAMLET.

Yo soy constante en mi resolucion y la sujeto á la voluntad del Rey. Si esta hora fuese cómoda para él, tambien lo es para mí: con que hágase al instante ó cuando guste, con tal que me halle en la buena disposicion que ahora.

CABALLERO.

El Rey y la Reina bajan ya con toda la corte.

HAMLET.

Muy bien.

CABALLERO.

La Reina quisiera que antes de comenzar la batalla, hablárais á Laertes con dulzura y expresiones de amistad.

HAMLET.

Es advertencia muy prudente.

ESCENA VIII.

HAMLET. HORACIO.

HORACIO.

Temo que habeis de perder, señor.

HAMLET.

No, yo pienso que no. Desde que él partió para Francia, no he cesado de ejercitarme, y creo que le llevaré ventaja..... Pero..... no podrás imaginarte qué angustia siento aquí en el corazon..... ¿Y sobre qué?..... No hay motivo.

HORACIO.

Con todo eso, señor....

HAMLET.

¡Ilusiones vanas!.... Especie de pre-

sentimiento, capaces solo de turbar un alma femenil.

HORACIO.

Si sentís interiormente alguna repugnancia, no hay para qué empeñaros. Yo me adelantaré á encontrarlos, y les diré que estais indispuesto.

HAMLET.

No, no.... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla; si no ha de venir ya, señal que es ahora; y si ahora no fuese, habrá de ser despues: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre, al terminar su vida, ignora siempre lo que podria ocurrir despues, ¿qué importa que la pierda tarde ó presto? Sepa morir. (11)

ESCENA IX.

HAMLET. HORACIO. CLAUDIO. GERTRUDIS. LAERTES. HENRIQUE. CABALLEROS. DAMAS. ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Ven, Hamlet, ven y recibe esta mano que te presento.

(*Hace que Hamlet y Laertes se den la mano.*)

HAMLET.

Laertes, si estais (12) ofendido de mí, os pido perdon. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habreis oido, el desórden que mi razon padece. Cuanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazon, vuestra nobleza ó vuestro honor, cualquiera accion en fin capaz de irritaros, declaro solemnemente en este lugar, que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Ham-

let haber ofendido á Laertes? No. Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí; y si en tal ocasion (en que él á sí propio se desconocia) ofendió á Laertes, no fué Hamlet el agresor, porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. ¿Pues quién pudo ser? Su demencia sola.... Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permitid pues que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intencion, y espere de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el arpon sobre los muros de ese edificio, y por error herí á mi hermano.

LAERTES.

Mi corazon, cuyos impulsos naturales eran los primeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante

ni admitir reconciliacion alguna, hasta que examinado el hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se declare que mi pundonor está sin mancilla. Mientras llega este caso, admito con afecto recíproco el que me anunciais, y os prometo de no ofenderle.

HAMLET.

Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento, y en cuanto á la batalla que va á comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano.... Vamos. Dadnos floretes.

LAERTES.

Sí, vamos.... Uno á mí.

HAMLET.

La victoria no os será difícil: vuestra habilidad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

LAERTES.

No os burleis, señor.

HAMLET.

No, no me burlo.

CLAUDIO.

Dales floretes, jóven Henrique. Hamlet, ya sabes cuáles son las condiciones.

HAMLET.

Sí señor, y en verdad que habeis apostado por el mas débil.

(Traen los criados una mesa, y en ella, cuando lo manda Claudio, ponen jarros y copas de oro que llenan de vino. Claudio y Gertrudis se sientan junto á la mesa, y todos los demas segun su clase ocupan los asientos restantes. Quedan en pie los criados que sirven las copas, Hamlet y Laertes que se disponen para batallar, y Horacio y Enrique en calidad de jueces ó padrinos.)

CLAUDIO.

No temo perder. Yo os he visto ya esgrimir á entrambos, y aunque él haya adelantado despues, por eso mismo el premio es mayor á favor nuestro.

LAERTES.

Este es muy pesado. Dejadme ver otro.

(*Henrique presenta varios floretes. Hamlet toma uno, y Laertes escoge otro.*)

HAMLET.

Este me parece bueno.... ¿Son todos iguales?

HENRIQUE.

Sí señor.

CLAUDIO.

Cubrid esta mesa de copas llenas de vino. Si Hamlet da la primera ó segunda estocada, ó en la tercera suerte da un quite al contrario, disparen toda la artillería de las almenas. El Rey beberá á la salud de Hamlet echando en la copa una perla mas preciosa que la que han usado en su corona los cuatro últimos soberanos daneses.... Traed las copas, y el timbal diga á las trompetas, las trompetas al artillero distan-

te, los cañones al cielo, y el cielo á la tierra: ahora brinda el Rey de Dinamarca á la salud de Hamlet..... Comenzad, y vosotros que habeis de juzgarlos, observad atentos.

HAMLET.

Vamos. (13)

LAERTES.

Vamos, señor.

(*Batallan Hamlet y Laertes.*)

HAMLET.

Una.

LAERTES.

No.

HAMLET.

Que juzguen.

HENRIQUE.

Una estocada, no hay duda.

LAERTES.

Bien: á otra.

CLAUDIO.

Esperad.... Dadme de beber. (*Claudio*

echa una perla en la copa y bebe, alarga despues la copa á Hamlet, y él rehusa tomarla. Suena á lo lejos ruido de trompetas y cañonazos.) Hamlet, esta perla es para tí, y brindo con ella á tu salud. Dadle la copa.

HAMLET.

Esperad un poco.... (*Vuelven á batallar.*) Quiero dar este bote primero. Vamos... Otra estocada. ¿Que decís?

LAERTES.

Sí, me ha tocado: lo confieso.

CLAUDIO.

¡Oh! nuestro hijo vencerá.

GERTRUDIS.

Está grueso y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet, toma este lienzo y límpiate el rostro.... La Reina brinda á tu buena fortuna, querido Hamlet.

(*Toma la copa y bebe, Claudio lo quiere estorbar, y Gertrudis bebe segunda vez.*)

HAMLET.

Muchas gracias, señora.

CLAUDIO.

No, no bebais.

GERTRUDIS.

¡Oh! señor, perdonadme, yo he de beber.

CLAUDIO.

¡La copa envenenada!... ¡Pero.... no hay remedio.

HAMLET.

No, ahora no bebo, esperad un instante.

GERTRUDIS.

Ven, hijo mio, te limpiaré el sudor del rostro.

LAERTES.

Ahora vereis si le acierto.

(*Laertes habla con Claudio en voz baja, mientras Gertrudis limpia con un lienzo el sudor á Hamlet.*)

CLAUDIO.

Yo pienso que no.

LAERTES.

No sé qué repugnancia siento al ir á ejecutarlo.

HAMLET.

Vamos á la tercera, Laertes..... Pero bien se ve que lo tomais á fiesta: batallad, os ruego, con mas ahinco. Mucho temo que os burleis de mí.

LAERTES.

¿Eso decís, señor? Vamos. (*Batallan.*)

HENRIQUE.

Nada, ni uno ni otro.

LAERTES.

Ahora.... esta.....

(*Vuelven á batallar, se enfurecen, truécanse las espadas, y quedan heridos los dos. Horacio y Henrique los separan con dificultad. Gertrudis cae moribunda en los brazos de Claudio. Todo es terror y confusion.*)

CLAUDIO.

Parece que se acaloran demasiado.... Separadlos.

HAMLET.

No, no, vamos otra vez.

HENRIQUE.

Ved qué tiene la Reina.... ¡Cielos!

HORACIO.

¡Ambos heridos! ¿Qué es esto, señor?

HENRIQUE.

¿Cómo ha sido, Laertes?

LAERTES.

Esto es haber caido en el lazo que preparé..... justamente muero víctima de mi propia traicion.

HAMLET.

¿Qué tiene la Reina?

CLAUDIO.

Se ha desmayado al veros heridos.

GERTRUDIS.

No, no..... ¡La bebida!..... ¡Querido Hamlet!.... ¡La bebida!.... ¡Me han envenenado! (*Queda muerta en la silla.*)

HAMLET.

¡Oh qué alevosía!.... ¡Oh!.... Cerrad

las puertas..... Traicion..... Buscad por todas partes.... (14)

LAERTES.

No, el traidor está aquí. *(Dirá esto sostenido por Henrique.)* Hamlet, tú eres muerto..... No hay medicina que pueda salvarte: vivirás media hora apenas..... En tu mano está el instrumento aleve bañada con ponzoña su aguda punta... ¡Volvióse en mi daño la trama indigna!..... Vesme aquí postrado para no levantarme jamás..... Tu madre ha bebido un tósigo..... No puedo proseguir.... El Rey, el Rey es el delincuente.

(Claudio quiere huir. Hamlet corre á el furioso, y le atraviesa la espada por el cuerpo. Toma la copa envenenada, y se la hace apurar por fuerza. Le deja muerto en el suelo, y vuelve á oir las últimas palabras de Laertes.)

HAMLET.

¿Está envenenada esta punta? Pues, veneno, produce tus efectos.

TODOS.

Traicion, traicion.

CLAUDIO.

Amigos, estoy herido..... Defendedme.

HAMLET.

¡Malvado, incestuoso, asesino! Bebe esta ponzoña..... ¿Está la perla aquí? Sí, toma (15), acompaña á mi madre.

LAERTES.

¡Justo castigo!.... Él mismo preparó la pocion mortal..... Olvidémonos de todo, generoso Hamlet, y..... ¡Oh, no caiga sobre tí la muerte de mi padre y la mia, y sobre mí la tuya!

(Cae muerto.)

HAMLET.

El cielo te perdone.... Ya voy á seguirte.... Yo muero, Horacio.... A Dios, Reina infeliz.... *(Abrazando el cadáver de Gertrudis.)* Vosotros que asistís pálidos y mudos con el temor á este suceso ter-

rible.... Si yo tuviera tiempo.... *(Empieza á manifestar desfallecimiento y angustias de muerte. Parte de los circunstantes le acompaña y sostiene. Horacio hace extremos de dolor.)* La muerte es un ministro inexorable que no dilata la ejecucion..... Yo pudiera deciros..... pero no es posible. Horacio, yo muero. Tú, que vivirás, refiere la verdad y los motivos de mi conducta á quien los ignora.

HORACIO.

¿Vivir? No lo creais. Yo tengo alma romana, y aún ha quedado aquí parte del tósigo.

(Busca en la mesa el jarro del veneno, echa porcion de él en una copa, va á beber. Hamlet quiere estorbárselo. Los criados quitan la copa á Horacio, la toma Hamlet y la tira al suelo.)

HAMLET.

Dame esa copa.... presto.... por Dios te lo pido. ¡Oh, querido Horacio, si esto permanece oculto, que manchada reputacion dejaré despues de mi muer-

te! Si alguna vez me diste lugar en tu corazon, retarda un poco esa felicidad que apeteces: alarga por algun tiempo la fatigosa vida en este mundo llena de miserias, y divulga por él mi historia.... ¿Qué estrépito militar es este?

(*Suena música militar, que se va aproximando lentamente.*)

ESCENA X.

HAMLET. HORACIO. HENRIQUE. UN CABALLERO, Y ACOMPAÑAMIENTO.

CABALLERO.

El jóven Fortimbrás que vuelve vencedor de Polonia, saluda con la salva marcial que oís á los embajadores de Inglaterra.

HAMLET.

Yo espiro, Horacio: la activa ponzoña sufoca mi aliento.... No puedo vivir para saber nuevas de Inglaterra,

pero me atrevo (16) á anunciar que Fortimbrás será elegido por aquella nacion. Yo, moribundo, le doy mi voto.... Díselo tú, é infórmale de cuanto acaba de ocurrir..... ¡Oh!..... Para mí solo queda ya..... silencio eterno. *(Muere.)*

HORACIO.

¡En fin se rompe ese gran corazon!... A Dios, á Dios, amado Príncipe. *(Le besa las manos, y hace ademanes de dolor.)* ¡Los coros angélicos te acompañen al celeste descanso!..... ¿Pero cómo se acerca hasta aquí ese estruendo de atambores?

ESCENA XI.

FORTIMBRÁS. DOS EMBAJADORES. HORACIO. HENRIQUE. SOLDADOS. ACOMPAÑAMIENTO.

FORTIMBRÁS.

¿En dónde está ese espectáculo? (17)

HORACIO.

¿Qué buscais aquí? Si no quereis ver desgracias espantosas, no paseis adelante.

FORTIMBRAS.

¡Oh! Este destrozo pide sangrienta venganza..... Soberbia muerte, ¿qué festin dispones en tu morada infernal, que así has herido con un golpe solo tantas ilustres víctimas?

EMBAJADOR 1.°

¡Horroriza el verlo!.... Tarde hemos llegado con los mensages de Inglaterra. Los oidos á quienes debíamos dirigirlos, son ya insensibles. Sus órdenes fueron puntualmente ejecutadas. Ricardo y Guillermo perdieron la vida.... ¿Pero quién nos dará las gracias de nuestra obediencia?

HORACIO.

No las recibiríais de su boca aunque viviese todavía, que él nunca dió

órden para tales muertes. Pero puesto que vos viniendo victorioso de la guerra contra Polonia, y vosotros, enviados de Inglaterra, os hallais juntos en este lugar, y os veo deseosos de averiguar este suceso trágico, disponed que esos cadáveres se expongan sobre una tumba elevada á la vista pública, y entonces haré saber al mundo que lo ignora el motivo de estas desgracias. Me oireis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces; sentencias que dictó el acaso, estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y aleve astucia, y al fin proyectos malogrados que han hecho perecer á sus autores mismos.

FORTIMBRAS.

Deseo con impaciencia oiros, y convendrá que se reuna con este objeto la nobleza de la nacion. No puedo mi-

rar sin horror los dones que me ofrece la fortuna; pero tengo derechos muy antiguos á esta corona, y en tal ocasion es justo reclamarlos.

HORACIO.

Tambien puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca que ya no formará sonido alguno..... Pero ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la ejecucion un instante solo, para evitar los males que pudieran causar la malignidad ó el error.

FORTIMBRAS.

Cuatro de mis capitanes lleven al túmulo el cuerpo de Hamlet con las insignias correspondientes á un guerrero. ¡Ah! si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un excelente Monarca.... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre,

y hágansele todos los honores de la guerra..... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres. Espectáculo tan sangriento mas es propio de un campo de batalla que de este sitio.... Y vosotros haced que salude con descargas todo el ejército.

NOTAS.

ACTO PRIMERO.

(1) Halló Shakespeare el argumento de esta tragedia en la antigua historia de Dinamarca, llena de acaecimientos increibles y fabulosos, como lo están igualmente todas las que abrazan épocas tan remotas.

En ella se dice que Rorico reinó en Dinamarca desde los años de 3370 hasta el de 3390. Le sucedió Horvendilo su yerno, príncipe de gran valor, que se habia hecho famoso por la victoria que obtuvo de Coller, Rey de Noruega, á quien mató en singular combate; pero Horvendilo reinó poco tiempo, porque movido su hermano Fengo de envidia y ambicion le quitó la vida alevosamente, casándose despues con su cuñada Geruta, hija de Rorico, valiéndose para rendirla á su voluntad de astucias y amenazas.

Hamlet, hijo de Horvendilo y Geruta, deseando vengar la muerte de su padre, se fingió loco para disimular mejor sus designios, bien que no pudo

ocultarlos en tal manera que su tio no llegase á sospechar que la demencia que mostraba era ficcion. Para aclarar sus dudas hizo que una hermosa jóven fuese á un bosque donde Hamlet pasaba algunas horas del dia y hablase con él, esperando que al verla depondria toda disimulacion, y daria lugar á que notasen sus palabras y acciones los que debian ocultarse en la espesura y presenciar el suceso; pero ya fuese que alguno le advirtió de antemano, ó que su prudencia solo se lo sugiriese, Hamlet no dió señal ninguna de juicio mientras se entretuvo con la doncella.

Malograda esta cautela, pensó el Rey en otra que le salió mucho peor. Ausentóse de la corte por algunos dias, y dispuso que un confidente suyo se ocultase en el cuarto de la Reina, para que cuando Hamlet fuese á visitarla le observara cuidadosamente. Vino en efecto el Príncipe y empezó á hacer locuras como acostumbraba, meneando los brazos, cantando como un gallo, y examinando todos los escondites del aposento, hasta que tropezó con el que estaba escondido entre los colchones de la cama, hirióle con la espada, sacóle arrastrando de allí, le mató, dividió el cadáver en trozos, los hizo cocer, y se los dió á comer á los puercos. Volvió despues á verse con su madre, y asegurado ya de que no habia espías que le oyesen, la reprendió ásperamente por haberse casado con el matador de su padre, la declaró el motivo de su fingida locura

y la firme resolucion en que estaba de vengarse, haciéndola prometer por último que á nadie revelaria aquel importante secreto.

Viendo el Rey á su vuelta el mal éxito de sus astucias, trató solo de acabar con el Príncipe por cualquier medio que fuese. Envióle á Inglaterra acompañado de dos consejeros suyos, á quienes dió cartas para aquel Rey, en que le rogaba que así que llegase Hamlet le hiciese matar. Éste, durante el viage, mientras sus compañeros dormian, logró apoderarse de los despachos que llevaban, y al ver lo que se trataba en ellos, borró lo que quiso, y escribió encima expresiones tan diferentes de las suprimidas, que así que leyó las cartas el Rey de Inglaterra, hizo ahorcar á los dos mensageros, acogió al Príncipe con extraordinarias muestras de amor, y de allí á poco tiempo le casó con su hija.

Un año despues de este suceso volvió Hamlet á Dinamarca, y halló que habiéndose esparcido la voz de que era muerto, se celebraban sus funerales. Llegó á tiempo de asistir á un banquete que daba el Rey á los señores de la corte: Hamlet en el desórden y alegría de la mesa, logró emborrachar á todos los grandes: cuando los vió en estado de no poder moverse, dió fuego al palacio, fué al cuarto del Rey, que estaba durmiendo, y le atravesó el cuerpo con su misma espada. Convocados despues los nobles del reino, justificó ante ellos su conducta: le aclamaron Rey y ocupó el trono, hasta que habién-

dose rebelado Vicleto, gobernador de Seelandia, murió á sus manos en una batalla año de 3450 del mundo, 550 años antes de Jesucristo, segun el cómputo vulgar.

(2) *Ni un raton se ha movido.* Expresion muy natural en un soldado, y muy agena de la sublimidad trágica. M. Home, en su *Ensayo sobre la crítica*, se atreve á preferirla á la de Racine en el primer acto de *Ifigenia*.

Mais tout dort, et l'armée, et les vents, et Neptune.

Es menester mucha ignorancia, ó mucha pasion para dar tal fallo.

(3) *Mírale por donde viene.* La aparicion del muerto es ociosa é intempestiva en esta escena. Cuando la introduccion de tales visiones no fuese reprobada generalmente, se exigiria á lo menos que se colocaran donde pudiesen producir todo el efecto teatral de que son susceptibles. Si empieza la tragedia con la aparicion de un espectro, ¿cómo ha de acabar? ¿Qué objeto mas terrible podrá presentarnos el poeta en lo restante del drama? ¿Por qué no se aparece desde luego al Príncipe Hamlet? ¿Sale del purgatorio á este fin, y malgasta las horas en pasearse á obscuras y espantar centinelas? Si desea que su hijo le vengue, ¿no es imprudencia dejarse ver de otro que no sea él mismo? Es increible que un alma venida del otro mundo la yerre tan de lleno.

(4) *Nuestro último Rey.* En el teatro es muy precioso el tiempo, y estos soldados le pierden malamente con su conversacion. El desafio del Rey de Dinamarca con el de Noruega, la invasion que premedita Fortimbrás, los preparativos que se hacen para resistirle, y todo cuanto Horacio dice á sus camaradas, no tiene que ver con la accion de la tragedia; de esto y no de otra cosa debia tratarse. Dirán que es natural que en un cuerpo de guardia hablen los soldados de lo que ha sucedido en su tiempo ó de las novedades del dia: no hay duda, y tambien es natural que jueguen á la perinola y duerman y ronquen.

(5) *Fortimbrás de Noruega.* No se halla ningun Rey de este nombre en la serie de los Reyes de Noruega. Véase la nota 1.ª

(6) *En la época mas feliz y gloriosa de Roma.* Horacio usa aquí un estilo digno de la tragedia; pero es de temer que Marcelo y Bernardo no sepan quién fué César, puesto que no habia nacido todavía. En cuanto á lo del *húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno*, puede asegurarse prudentemente que no le entenderian una palabra. El discurso que Horacio dirige al muerto no padece esta excepcion.

(7) *Él iba ya á hablar cuando el gallo cantó.* Horacio, que es hombre de estudios, no debia creer los disparates que dice ni los que añade Marcelo acerca de los espíritus, las brujas, los encantos y

los planetas siniestros; pero todo esto va dedicado al populacho de Londres, á quien Shakespeare quiso agradar contándole patrañas maravillosas. El poeta dramático no ha de adular la ignorancia pública: su obligacion es censurar los vicios é ilustrar el entendimiento.

(8) *El jóven Fortimbrás estimándome en poco.* Ya se ha dicho que este Fortimbrás y esta guerra nada tienen que ver con la accion del drama. Fortimbrás, de quien tanto se habla, sale á decir siete versos en el cuarto acto, y á enterrar los muertos en el quinto. Los embajadores de Inglaterra, los de Dinamarca, Ricardo, Guillermo, Reinaldo, Henrique, el capitan, el cura del entierro, los marineros, los soldados del primer acto, los sepultureros y el ejército de Noruega, todo es inútil. Este cuadro está cargado de figuras que ofuscan el grupo principal. Hasta ahora entre todos los personages que han ido saliendo á la escena, no se ha dicho cosa que importe; todo es apurar la paciencia de quien escucha, con dilaciones y rodeos.

(9) *Algo mas que deudo, y menos que amigo.* En el original dice: *A little more than kin, and less than kind.* No puede conservarse en castellano el juguete de las palabras *kin* y *kind.* Hanmer en su edicion de las obras de Shakespeare publicada en 1744 dice, que acaso este verso será algun proverbio usado en tiempo del autor.

(10) *Bueno y laudable es.* Este discurso está lle-

no de verdades importantes, dichas con noble simplicidad, sin metáforas, ni ambages, ni ornatos viciosos.

(11) *¡Fragilidad! tú tienes nombre de muger.* Literalmente dice: *¡Fragilidad! tu nombre es muger*, Letourneur traduce: *¡Oh fragilidad! la muger y tú teneis un mismo nombre.* De cualquier modo que se diga será una locucion impropia para expresar que las mugeres son frágiles. ¿A qué fin usar de circunloquios falsos y pueriles para exprimir una idea tan sencilla?

(12) *Aun antes de romper los zapatos.* Despues de esta imágen ridícula y humilde, véase estotra. *En un mes.... enrojecidos aún sus ojos con el pérfido llanto, se casó.* ¿Por qué no omitió la primera si en la segunda se incluye el mismo pensamiento con mas energía y mas decoro? Porque Shakespeare ignoraba el arte y no sabia borrar. No puede ser otra la razon.

(13) *¿Qué asuntos tienes en Elsingór?* Hasta ahora no se sabia cuál fuese el lugar de la escena.

(14) *Señor, yo creo que le vi anoche.* Conservando diez ó doce versos de las escenas anteriores, podria suprimirse todo lo restante, y empezar la tragedia por aquí.

(15) *¿Y en dónde fué eso?* En todo este diálogo animado y rápido se expresa perfectamente la curiosidad, la inquietud, el terror del Príncipe.

(16) *¿Nada mas?* ¿Quién duda ya que Ofelia

está enamorada de Hamlet? ¡Con qué amable sencillez manifiesta en dos palabras el estado de su corazon! Estos rasgos caracterizan los grandes talentos.

(17) *Porque no solo en nuestra juventud.* Este pasage está obscuro en el original como en la traduccion. Es una repeticion de lo que se ha dicho antes, esto es, que los obsequios de Hamlet no nacen de cariño verdadero y constante, ni son mas que ímpetus fogosos de un hombre á quien le bulle la sangre en el cuerpo con la lozanía de la juventud.

(18) *Él no puede como una persona vulgar.* Voltaire en sus *Miscelánéas literarias* traduce mal este pasage, diciendo: *Un Príncipe, un heredero del reino no debe trinchar la vianda por sí mismo, es menester que le escojan los pedazos de ella.* Shakespeare no dice nada de esto, y no es justo atribuirle lo que no pensó.

(19) *La juventud, aun cuando nadie la combate.* Esta y otras muchas máximas que se hallarán en lo restante de la obra, encierran tan sólida é importante doctrina, que se hace inútil recomendarlas á la consideracion del lector.

(20) *Algunos rígidos pastores.* Sarcasmo del autor contra los eclesiásticos de su tiempo, de quienes los poetas y cómicos se hallaban ofendidos.

(21) *No publiques con facilidad.* Estos consejos serán muy buenos, pero no son del caso. Ni el viaje de Laertes, ni el modo con que debe condu-

cirse en Francia interesan poco ni mucho, porque nada de esto tiene relacion con la fábula: son partes episódicas, desunidas, ociosas, que la dilatan sin utilidad.

(22) *Por seguir la comenzada alusion.* ¿Y qué necesidad tiene de seguirla, ni aun de haberla empezado? ¿No es error, cuando se trata de dar consejos á una niña, obscurecérselos entre metáforas y alusiones que acaso no entenderá? Dirán que Polonio es un personage ridículo, ¿y no es error tambien introducir en una tragedia figuras ridículas?

(23) *Son relámpagos, hija mia.* El amor de Hamlet es: *Un hervor de la sangre, es una violeta que se adelanta á vivir y no permanece, es perfume de un momento, es como los relámpagos, que dan mas luz que calor, que se apagan pronto y no son fuego verdadero. Sus palabras son fementidas. No es verdadero el color que aparentan. Si parecen sagrados votos, es para engañar mejor.* De toda esta inútil pompa de palabras é imágenes resulta un solo pensamiento. Que no es verdadero ni puede ser durable el amor de Hamlet.

(24) *Angeles y ministros de piedad.* Este discurso está lleno de vehemencia, de terror y sublimidad trágica, y prepara oportunamente la situacion que sigue despues.

(25) *Si os arrebata al mar.* El temor de Horacio es justo, las ideas que le sugiere espantosas; pero Hamlet ha visto ya á su padre, y ninguna conside-

racion le detiene, va á seguirle. ¡Qué pavorosa agitacion se apodera del auditorio! ¡Con qué muda inquietud se espera el éxito! Yá se olvidan cuantos desaciertos han precedido: aquí triunfa el talento del poeta; ya ha conmovido con poderoso encanto los ánimos de la multitud que le sigue atónita.

(26) *Refiéremelo presto.* Hamlet dice bien: el muerto no deberia distraerse en lo que no es del caso. Esta situacion, mas que otra ninguna, pide concision y rapidez; no adornos, que son impropios del personage que habla; no reflexiones, que el auditorio las hará.

(27) *Conviene que yo apunte en este libro.* ¿No es risible ver á Hamlet en un despoblado, á media noche, á obscuras, tiritando de frio y de horror, sacar el lapicero y el libro de memoria y apuntar á toda prisa la recóndita verdad de que un hombre, aunque sepa sonreirse, puede ser un malvado? ¡Qué parage y qué ocasion para ocuparse en escribir apuntaciones insulsas!

(28) *No existe en toda Dinamarca.* Iba á decirles que no hay en Dinamarca hombre mas infame que su tio; pero se detiene, considerando que será mejor ocultarles lo que acaba de saber.

(29) *Por san Patricio.* Hamlet no podia jurar por san Patricio: este santo, apóstol de Irlanda, floreció mil años despues. En esta obra se habla de los ángeles y los diablos, de Adan, Jesucristo, la Vírgen, san Valentin, el Purgatorio, el juicio final,

la sagrada Escritura, la santa Cruz, la Cuaresma, el Domingo y la Eucaristía. Siendo lo peor que entre estas expresiones propias del cristianismo, y que suponen personages mas modernos, se mezclan á las veces ideas gentílicas; de donde resulta un embrollo inconexo y absurdo. Lo mismo sucede en lo perteneciente á la historia profana, usos y costumbres. Alejandro, César, Bruto, Roscio, Herodes y Neron son posteriores á Hamlet, en cuya edad no habia pólvora ni cañones, minas ni hornillos, ni títulos de duque, magestad, ni alteza, ni relojes de campana, ni estudios de Witemberga, ni morbo gálico, ni peregrinos, ni conventos.

(30) *Si, si, sobre mi espada.* Era costumbre religiosa de los dinamarqueses jurar sobre la espada, y acaso sobre la cruz de la guarnicion. Se dice que el juramento comun de los escitas era por la espada y el fuego. Los irlandeses juraban por sus espadas tambien. (Hanmer en sus *notas á Shakespeare.*)

En España se observó antiguamente la misma costumbre, que aun dura en la milicia. Los caballeros juraban sacando la espada ó empuñándola, expresando en la fórmula; *por esta espada, por la cruz de esta espada.* A esta usanza aludió Don Nicolás Fernandez de Moratin en una de sus obras, donde dice:

> Y es fama que á la bajada
> Juró por la cruz el Cid
> De su vencedora espada,

De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.

(31) *¡Ah! ¿eso dices?* Letourneur, empeñado en hermosear su ídolo, tuvo gran cuidado de omitir las expresiones familiares del original en todo este pasage, como lo hace en otros muchos. Aquello de *hombre de bien*, lo traduce por *sombra real*; lo de *hic et ubique*, lo pone en francés, conociendo cuán ridículo es en latin; y el *topo viejo* le transforma en *fantasma invisible*. Esto no se llama traducir.

(32) *Por eso como á un extraño debeis hospedarle.* Alusion á las leyes de la hospitalidad. (Warburton *notas á Shakespeare.*) Nótese que Hamlet juega del vocablo, dando á la palabra *extraño* la significacion de *extrangero*.

(33) *Por mas singular y extraordinaria.* Aquí anuncia Hamlet la idea de fingirse loco, segun lo verifica despues.

ACTO SEGUNDO.

(1) *Escena I.* Esta escena se omite en la representacion: es del todo inútil, pertenece al género cómico, y abunda en expresiones poco decentes.

(2) *Seria un admirable golpe de prudencia.* El caracter de Polonio (*Lord chambelan* del rey de Dinamarca: que equivale á Sumiller de Corps), jamas se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable: destinado á ser el gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuanto deliró Shakespeare, dicen que el caracter de este personage está bien seguido, y tiene razon: dicen tambien que en las córtes y en los palacios hay abundancia de estos vichos ridículos, y tambien es cierto; pero tales figuras son buenas para un entremés, no para una tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta expresion que corresponde á tales pasiones, la unidad de interes que nunca debe debilitarse; todo esto se aviene mal con las tonterías de un viejo chocarrero y parlanchin. No basta que la naturaleza nos pre-

sente esta union confusa de objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es en sí: desecha lo inutil é inoportuno: elige lo que es conveniente á sus fines, y en esta eleccion consiste el gran secreto del arte. Es muy natural, que cuando Antonio presentó en el foro romano á vista del pueblo, la túnica ensangrentada de César, hubiese alguna vieja mugrienta y astrosa, que en un rincon vendiese higos ó asara castañas; pero si un pintor se atreviese á introducir esta figura grotesca en un cuadro de aquel asunto, se burlarian de él los inteligentes, y en vano gritaria para disculparse: que era natural. Sí, es natural (le dirian), pero destruye el efecto que tu pintura debia producir: es natural, pero inoportuno y ridículo, y tú eres un artífice ignorante: puesto que debiendo imitar la naturaleza, te ceñiste solo á copiarla.

(3) *Pues entonces él dice.... dice.* Este olvido de Polonio es un rasgo cómico, digno de Moliere. La debilidad de su cabeza no le permite seguir sin interrupcion la serie de ideas que convienen á su propósito: su locuacidad llena estos vacíos con palabras insignificantes: habla sin tino y pierde de vista el objeto principal de su discurso, hasta que se halla tan distante de él, que necesita preguntar al otro lo que le pensaba decir.

(4) *Yo estaba haciendo labor.* Por la relacion de Ofelia se vé que el príncipe ha empezado ya la ficcion de su locura. El lector espera sin duda gran-

des cosas de este artificio ; pero en el progreso del drama se verá que no resulta nada de interesante, y que Hamlet procede en todo con suma imprudencia. Johnson dice : que no se vé que esta fingida locura sea bien fundada, pues nada hace Hamlet con ella, que no pudiese hacer igualmente estando en juicio.

(5) *Tan propio parece de la edad anciana.* Acostumbrados los viejos á juzgar siempre de lo que sucederá por lo que ha sucedido, y adquiriendo en la práctica la presuncion de acertarlo todo, no hay hecho ni circunstancia de la cual no piensen adivinar el éxito. Esto les hace pasar mas allá de los límites de la prudencia, y yerran muchas veces por exceso de prevision. En los jóvenes sucede al contrario ; carecen de esperiencia, no saben adivinar en el momento presente lo que será despues : la vehemencia de sus pasiones les pinta los objetos diferentes de lo que son en sí : proceden con temeridad, y solo aprenden á fuerza de escarmientos. La debilidad de los viejos y el ejemplo de lo pasado, les hace en estremo tímidos y cavilosos ; el vigor de los mancebos y la poca práctica del mundo, les hace atrevidos. Aquella timidez y este atrevimiento, son sin duda el orígen de todas sus equivocaciones.

(6) *Bien venido Guillermo.* Vé aquí dos nuevos personages de quienes no se tenia noticia : condenados entrambos á sufrir pullas de Hamlet y morir

ahorcados en Inglaterra. En el original se llaman *Guildenstern y Rosencrantz.*

(7) *Los embajadores enviados á Noruega.* Estos embajadores salieron en el primer acto de Elsingór: han ido á Noruega, han dado su mensage, y ya estan de vuelta. Nadie dirá que se han detenido mucho.

(8) *Mi Soberano, y vos Señora.* Ya se vé que todo cuanto dice Polonio en esta escena, va dirigido á excitar la risa del público, y así se verifica. Los que atribuyen esta mezcla de cómico y trágico, de bajeza y sublimidad, al carácter de la nacion y no á ignorancia de los escritores; se equivocan mucho. Los ingleses y los españoles no son ciertamente mas risueños que los franceses; pero entre estos últimos se ha cultivado con mas acierto la *poesía* dramática: han aplicado á cada uno de sus géneros, los personages, los afectos y el lenguage que les es propio, y aquella nacion ligera y alegre mas que otra ninguna de Europa, rie con *Turcaret*, y llora con *Phedra.*

(9) *Como quiera que la brevedad.* Los exordios y rodeos de Polonio, las protestas de que será breve, (cosa que en él es imposible) las antítesis y equívocos que vierte á cada paso, para afectar cultura y elegancia, las distracciones que padece, las interrupciones con que rompe el discurso continuamente: su vanidad ridícula de vasallo fiel, sagaz político, prudente padre; y el prurito de meterse en

todo y hacerse hombre de importancia, llenan de sales cómicas este caracter, y manifiestan lo que el gran talento de Shakespeare hubiera sabido hacer en otra edad, y con otros principios.

(10) *Pero, veis? qué lástima!* Hasta ahora todos los personages de la tragedia original han hablado cuasi siempre en verso; pero de aquí en adelante usa el autor con mas frecuencia la mezcla de verso y prosa: en lo que tambien han querido hallar un primor sus panegiristas.

(11) *Si el sol engendra gusanos.* De aquí en adelante se hallarán muchas expresiones en boca de Hamlet que carecen de sentido; pero debe considerarse que hace el papel de loco.

(12) *Aquí dice el malvado satírico.* Algunos quieren que este pasage aluda á unos versos de Juvenal, Sat. X.

(13) *En tal caso, estareis colocados.* Este pasage se omite en la representacion, y debe advertirse que Shakespeare goza el concepto de haber sido el autor mas honesto y decente de cuantos en su tiempo escribian para el teatro.

(14) *Creo que los últimos reglamentos.* En el año de 1597 se publicó en Inglaterra un edicto contra los vagos, incluyendo entre ellos á los cómicos. (Hánmer.) Véase tambien la nota 22 del acto I.

(15) *Pero hay aquí una cria de chiquillos.* Ya echará de ver el lector que en todo este pasage duerme profundamente el padre del teatro inglés.

Aquí se trata de las compañías de cómicos que representaban en Londres á fines del siglo 16, entre las cuales tenian mucho aplauso la de los músicos de la capilla real y otra que llamaron *Children of the revels.* (Niños de la diversion), las cuales por el concurso que atrahian excitaron la envidia de los demas cómicos como se ve en esta escena claramente. Cuan grande sea el desacierto de poner en boca de Hamlet tales discursos, no hay para que ponderarlo. Letourneur confiesa de buena fé, que en este pasage Shakespeare *se aparta un poco de su asunto.* En efecto, se aparta un poco.

(16) *Asi en la Tragedia como en la Comedia.* A esta especie de catálogo que hace Polonio, de los varios géneros de piezas dramáticas que se representaban en tiempo del autor, pudieran añadirse otros muchos que se hallan en la *Biografía dramática* Erskine Baker. Nuestros poetas aunque no han pecado menos que los ingleses en confundir los géneros y estilos; han sido mas moderados en dar á sus piezas denominaciones arbitrarias y ridículas. En nuestro teatro no se conocen mas clases que estas. *Auto, Comedia, Tragicomedia, Tragedia, Saynete* (que no es mas que comedia en un acto) *Entremés* (que equivale á farsa) y *Zarzuela* (que es lo mismo que ópera cómica y ningun autor español ha dado á sus dramas otros nombres que éstos. No obstante, el Abate Betinelli en su obra de *il Risorgimento d'Italia*, cap. 3. dice hablando del teatro español: *Nue-*

vos nombres inventaron para tan nuevas representaciones. Una se llamaba, Comedia de Capa y espada; otra de dos partes ó jornadas; otra de tres ingenios, Autos Sacramentales, Alegóricos Historiales, y otras extravagancias semejantes á estas. Es lástima, por cierto, hallar en un literato de tan conocido mérito, equivocaciones que desacreditarian á un pedante folicularío y superficial. Ningun autor español ha dado el nombre de *capa y espada* á sus comedias; aunque vulgarmente se llamen así aquellas en que no entran personages heróicos, para distinguirlas de las demas. Los *Autos*, sean de composicion alegórica ó historial, nunca han tenido otro nombre que el de *Autos*, y el ser una pieza de dos ó tres jornadas, de uno ó mas ingenios, no es circunstancia que la quite el ser rigurosa tragedia ó comedia, ni el formar dos ó tres ó mas fábulas de un solo personage, quiere decir que los géneros se alteren y confundan. *Ifigenia en Tauris*, no es mas que una seguuda parte de *Ifigenia en Aulide*, y una y otra son tragedias. *Ircana en Julfa*, é *Ircana en Hispahan* son la segunda y tercera parte de la *Esposa Persiana*; y todas tres comedias arregladas, de las mejores del teatro italiano. En este deberia haber buscado el docto Betinelli ejemplos de extravagancia, que no hallará tan abundantes, ni en el español, ni en el inglés, ni en otro alguno de Europa y es ciertamente demasiada generosidad atribuirnos la invencion de tales ridiculeces, cuando

Italia puede reclamar este elogio que se la debe de justicia. Véanse aquí unos cuantos nombres de los que sus autores han dado á las piezas dramáticas, y juzgue el que sea imparcial, á quien pertenece por excelencia el título de inventor. *Archicomedia caprichosa-moral. Anatopismo músico. Archidrama musical. Accion Regi-cómica moral. Comedia infernal. Comedia tropológica. Comedia tragi-comedia en Comedia. Comi-drama. Capricho satiri-cómico. Drama-heroy-cómico-histórico. Drama civil y rústico. Drama melo-trágico. Dramática grotesca. Etopeya trágica. Fábula eteróclita. Fábula trágico-regia-pastoral. Invectiva pastoral-escénica-representable. Opera heroi-tragi-satiri-cómica. Opera anagramáti-cómica. Parábola sacro-dramática. Representacion heremítica espiritual. Tragicomedia ideal. Tragi-comedia pastoral piscatoria. Tragico-sátira. Tragi-comedia pastro-cómica-tricumena.* Si no bastan los títulos citados véase la *Dramaturgia de Leon Alacci* y se hallarán algunas docenas mas; pero estos solos prueban suficientemente que el erudito italiano procedió con suma ligereza y absoluta ignorancia de la literatura extrangera: que faltó á la imparcialidad de buen crítico; y que, fingiendo lo que no existe, se olvidó de que en su tierra sé habian escrito *Archidramas, Anatopismos y Etopeyas, y Fábulas eteróclitas y anagramati-cómicas, infernales, heremíticas y tricúmenas.*

(17) *Escena indivisible.* Hay quien ha creido

que por *Escena indivisible* deba entenderse *Escena fija;* sacando de aquí la consecuencia de que en tiempo de Shakespeare habia ya quien escribiese dramas con unidad de lugar; pero como no hay autoridad ni documento que apoye esta opinion, ni se dice quien fué el poeta que tales obras compuso, ni quien las imprimió, ni quien las vió; no será temeridad presumir que jamas habrán existido. Estas piezas y las seis comedias de Lope escritas con arte, y las mil tragedias atribuidas á Malara, por quien no sabe el trabajo que cuesta hacer una: pueden ponerse en la lista de los bienes deseados.

(18) *La primera línea de aquella devota cancion.* En este pasage y el anterior en que habla de Jephté, se alude á las coplas devotas ó villancicos que se cantaban por las calles, en tiempo del autor.

(19) *Dios quiera que tu voz.* Hamlet habla con un muchacho, que hace papel de muger.

(20) *Pirro feroz con pavonadas armas.* Algunos eruditos han creido que Shakespeare quiso en estos versos (sean suyos ó agenos), burlarse del estilo declamatorio, hinchado y retumbante: otros, que no los han hallado defectuosos, son de contrario parecer. Esta variedad de opiniones nace sin duda de que todos ellos han dado por supuesto, que Shakespeare no podia hacer ni aprobar cosa que no fuese perfecta. Los que no le juzguen impecable, hallarán estos versos muy dignos de su pluma: fantasía robusta; imágenes atrevidas, expresion gigan-

tesca, pompa de estilo, mucha descripcion, adornos inoportunos, viciosa abundancia; tales son las prendas que caracterizan éste y el siguiente pasage, y ellas delatan el verdadero autor. Las armas negras como la intencion de Pirro; la sangre cuajada, que la cubre de la frente al pié), el aire de su espada, que postra al débil Priamo; el Ilion, que como si fuera sensible á tanto golpe, desploma sus techos; la rueda de la fortuna, precipitándose hecha pedazos desde el cielo hasta los abismos; Hécuba, que intenta extinguir con su llanto el incendio de Troya; Pirro, que deshace en trozos menudos el cadaver de Priamo; las estrellas, ojos del cielo, humedecidos en lágrimas; son expresiones ó ideas tan propias del autor de *Hamlet*, que equivalen á cualquiera demostracion. Y si lo gigantesco, lo recargado, lo inoportuno y redundante de ellas, impide á sus apasionados reconocerlas por suyas; sirvan de compensacion á estos defectos las dos excelentes comparaciones, de la calma que precede el rayo; y el golpe de los Cíclopes sobre las armas de Marte.

(21) *¿Quién se atreve á llamarme villano?* El pensamiento es: Será posible que yo (no acostumbrado jamas á que nadie me insulte), tolere ahora tan graves ofensas? sí, que ha faltado en mí sin duda el antiguo valor, pues no he tomado ya venganza de un enemigo que detesto. Esta reflexion de Hamlet es justa y oportuna; pero las imágenes ri-

dículas con que la amplifica y adorna, lo echan todo á perder.

(22) *Prostituta vil.* Letourneur omitió en la version de este monólogo, lo de arrancar las barbas y soplarlas, el asir las narices, la legía, la paloma sin hiel, la prostituta y el pillo de cocina: no obstante haber prometido solemnemente en el prólogo, que su traduccion *será exacta y fiel, formando una copia parecida donde se verán la composicion, las actitudes, el colorido, las bellezas y los defectos del cuadro original.*

(23) *Si muda de color, si se estremece.* ¿Y está seguro Hamlet de que el rey se estremecerá y mudará de color? ¿No es de creer que un malvado, cauto, artificioso, halagüeño, que no siente remordimientos de su culpa y que ha sabido con tanta destreza disimularla, sabrá tambien conservar en aquella ocasion una tranquilidad aparente que desbarate todas las ideas del príncipe? Cuando vea por la escena que le han de representar, que Hamlet sabe ya las circunstancias de la muerte de su padre y el agresor de ella, ¿tardará un momento en quitarle la vida, ó podrá omitir un nuevo delito (que le es necesario), estando tan hecho á cometer otros mayores? Hamlet que ha fingido hasta ahora estar loco, ya parece que lo es de veras; pues no conoce que puede ser víctima de su propio artificio.

ACTO TERCERO.

(1) *Su padre y yo testigos los mas aptos.* Véase la nota primera del primer acto.

(2) *Existir ó no existir.* Johnson explica la situacion de Hamlet y la serie de sus ideas, en esta forma: «Hamlet que se ve ofendido del modo mas »atroz, no hallando camino de vengarse sin expo»nerse al mayor peligro, raciocina de esta mane»ra. Antes que yo pueda formar plan ninguno con»viene decidir, si despues de esta vida hemos de »existir ó no. Ve aquí la cuestion, cuya resolucion »determinará, si es mas conveniente al decoro y á la »razon sufrir en paciência los ultrages de la fortu»na, ó armarme contra ella y acabar con la vida »todos mis males. Si morir es lo mismo que dor»mir, éste seria un término apetecible, pero, si »morir es soñar, esto es: conservar toda la sensi»bilidad; en tal caso bien es detenerse un poco á »reflexionar, ¿qué especie de sueños pueden ocur»rir despues de la muerte? Esta consideracion, este »temor de lo futuro, nos hace sufrir por tanto »tiempo la calamidad; esto da fuerzas á la con»ciencia y entorpece la resolucion. Hamlet iba á

»contraer á sí mismo y á las circunstancias en que se »halla, estas observaciones generales; pero la vista »inopinada de Ofelia interrumpe sus reflexiones.»

No obstante la opinion que se acaba de exponer podria notarse que el discurso de Hamlet es impropio de la situacion en que se halla. Porque, ¿cuáles pueden ser sus ideas? ¿Quiere matarse? no es ocasion: su padre le pide venganza, el cielo le avisa á fuerza de prodigios que el tirano debe morir, y él ha de ser el instrumento. ¿Teme perecer en la empresa? Este temor es indigno de un alma grande, indigno de quien está seguro de la justicia de su causa, y debe contar con el favor de la Omnipotencia, que pues le ordena aquella accion sabrá darle los medios de ejecutarla, y disipará todos los peligros. Un hombre animado de tal impulso, ¿es bien que tema la muerte ni le asuste la consideracion de la eternidad? ¿Ha creido acaso que es ficcion del demonio la aparicion que vió? pues si todo es falso, nada hay que emprender: su tio no es ni usurpador ni fratricida. Tales son las dificultades que ocurren acerca del soliloquio de Hamlet, el cual no parece convenir á las circunstancias presentes. Colóquese, por ejemplo, en el primer acto antes de la escena en que los soldados hablan al príncipe, y entonces será oportuno cuanto se dice en él.

Prescindiendo de estos reparos; de cuya solidez juzgarán los inteligentes, el monólogo de Hamlet

es uno de los pasages mas aplaudidos de esta tragedia, y merece serlo.

(3) *No, yo nunca te dí nada.* No se halla razon que disculpe la dureza bárbara con que Hamlet trata en esta escena á la inocente y sensible Ofelia. Pudiera muy bien hacer con ella el papel de loco, sin despreciarla ni abatirla.

(4) *Dirás este pasage.* Ve aquí un príncipe á quien se le acaba de aparecer el alma de su padre, entretenido en dar lecciones de representar. ¡Qué tranquilidad de ánimo! Así se gastan cinco actos en una fábula que pudiera holgadamente reducirse á tres.

(5) *Los que hacen de payos.* En tiempo del autor solian los cómicos ingleses introducir discursos y aun escenas enteras, inventadas de repente en el teatro: para dar novedad á los dramas, y lucir la prontitud de su ingenio; de lo cual resultaban defectos muy considerables, y á este abuso alude Shakespeare.

(6) *Muy bruto fué el que cometió.* Estas puerilidades y equívocos necios, no son propios de la tragedia, ni de la comedia, ni de obra ninguna escrita con gusto y juicio. En tiempo de Shakespeare se hizo tan comun esta corrupcion, que los mas graves predicadores llenaban sus oraciones de tales frialdades, y no es de admirar que se usara en el teatro lo que se aplaudia en el púlpito. Véase la *vida de Shakespeare*, escrita por Hanmer.

(7) El pasage que se ha dejado en blanco, es uno de aquellos cuya traduccion podria ofender la modestia de los lectores. El original dice:

That's a fair thought to lie betwcen maids' legs!

(8) *Suenan trompetas.* En esta escena muda se representa la muerte del rey Hamlet, con todas sus circunstancias, delante de Claudio, que sufre en paciencia tal espectáculo, sin darse por entendido. ¿Pues por qué no hace lo mismo en adelante? no se adivina la razon. O debió interrumpir esta escena, luego que vió el argumento de ella, ó debia sufrir con igual serenidad la declamacion que sigue despues, en la cual nada hay que pudiera ofenderle de nuevo, habiendo visto ya puestas en accion sus maldades. Así es, que este personage se contradice en su modo de proceder: cuando ve la representacion muda tolera mucho, y cuando oye los versos demasiado poco. En cuanto á la temeridad del príncipe, de presentar al tirano tal espectáculo, ya se hicieron algunas observaciones en la nota 23 del acto segundo.

(9) *Ya treinta vueltas dió.* No deja de estar un poco embrollada esta cuenta; no obstante, parece que todo ello suma treinta años y un mes.

(10) *Asi pende del ramo.* Esto no es mas que una ociosa amplificacion de lo que ha dicho ya.

(11) *¿Te has enterado bien del asunto?* A buen tiempo lo pregunta el rey! Pues ¿no ha visto ya que se representa la muerte que dió á su hermano

su casamiento con la reina y la usurpacion del trono? Claudio parece en toda esta escena un hombre estúpido.

(12) *Al rocin que esté lleno de mataduras.* Sublimes imágenes para una tragedia! Letourneur se guardó muy bien de traducirlas.

(13) *Que tanto el mundo va desordenado.* Ya logró Hamlet cuanto pretendia: el rey se ha conmovido, se ha llenado de terror, se ha visto precisado á huir por no manifestar mas claramente los remordimientos de su conciencia. Ya está averiguado el grande secreto. Cierto es que mató á su hermano, que es un usurpador, asesino, seductor, incestuoso: cierto es que la providencia quiere su muerte: la vision terrible que habló al príncipe no es ficcion diabólica, como temió; es el alma indignada de un rey, de un esposo, de un padre infeliz. ¡Qué ideas, qué afectos no debe excitar en el jóven Hamlet, este momento, en que se le disipan todas sus dudas, y descubre verdades tan funestas! Horror, piedad filial, ira, venganzas; esto ha de sentir, de esto ha de hablar.... ¿Quién hubiera creido que se pondria á cantar coplas, y tocar la flauta, y decir bufonadas, y llamar jumento á su tio?

(14) *Si diez veces fuera mi madre.* Querrá decir: Aunque fuera diez veces mas delincuente de lo que es, la obedeceré, porque al fin es mi madre.

(15) *Este es el espacio de la noche.* Segun las

antiguas supersticiones vulgares la noche era execrable y profana, y el dia puro y santo. (Warburton *notas á Shakespeare.*)

(16) *Déjame ser cruel; pero no parricida.* La ternura filial de Hamlet es uno de los rasgos mas felices de que pudo usar el autor, para hacer interesante este personage. Hamlet va á ver á la reina: la hablará á solas, la hará conocer la atrocidad de su delito, la reprehenderá ásperamente, llenará su corazon de angustias; pero, á pesar de la justa indignacion que le agita, nada intentará contra la vida de su madre. Estos grandes afectos producen el patético tan esencial á la tragedia; y si en medio de su violento choque, se ven triunfar aquellas pasiones virtuosas, que la naturaleza inspira; no hay entonces alma sensible que pueda resistirse á la comiseracion y al llanto.

Hanmer en la *vida de Shakespeare*, cotejando la fábula de *Hamlet* con la *Electra* de Sofocles, dice así. «En ambas tragedias se ve precisado un jóven »principe á vengar la muerte de su padre: sus ma»dres son igualmente culpadas, entrambas han sido »parte en el asesinato de sus esposos y se han ca»sado despues con los agresores de aquel delito. »Orestes baña sus manos en la sangre de su misma »madre, y aunque no se ve esta bárbara accion en »el teatro, se ejecuta tan cerca de él, que el es»pectador oye los gritos de Clitemnestra pidiendo »favor á Egisto é implorando perdon de su hijo,

»que la mata: mientras Electra desde la escena le »anima al parricidio. Hamlet movido como Orestes »del amor á su padre y de la misma resolucion de »vengar su muerte, no detesta menos el delito de »su madre (que se hace mayor que el de Clitem»nestra, por el incesto); pero el poeta inglés, con »admirable prudencia y artificio, le hace abstenerse »de usar con su madre violencia alguna. Esto es, »saber distinguir acertadamente el horror y el ter»ror: la última de estas pasiones es propia de la »tragedia; pero la primera debe siempre evitarse »con el mayor conato.»

Si Hanmer hubiera comparado el *Hamlet* de Shakespeare con la *Electra* de Eurípides, seria mayor todavía la preferencia del poeta inglés. La fábula de aquella tragedia griega, los caractéres de Electra y Orestes, las circunstancias de la muerte de Clitemnestra, engañada y asesinada por sus hijos: todo está manchado de tan negros colores, y resulta un hecho tan abominable y atroz, que en ningun teatro moderno podria tolerarse.

(17) *¡Oh! mi culpa es atroz.* Ya se ha dicho que el caracter del rey está lleno de contradicciones, y la que se advierte en esta escena no es menor que las antecedentes. Claudio acaba de disponer el viage de Hamlet á Inglaterra, para que le maten allí así que llegue, y apenas ha resuelto esta nueva maldad, se presenta en la escena lleno de compuncion y arrepentimiento, haciendo cuantos esfuerzos son po-

sibles en un pecador para obtener la divina misericordia.

Si se perdona lo inconexo y mal preparado de esta situacion, se hallarán en ella excelentes pensamientos de filosofía cristiana. ¿Qué mas puede decirse acerca de la bondad infinita de Dios sobre la necesidad de la oracion y sus saludables efectos ó sobre la diferencia inmensa que existe entre la justicia humana y la divina, inalterable, incorruptible? Estas máximas de eterna verdad hacen grande efecto en el teatro, cuando se introducen oportunamente, y cuando (como en esta ocasion) no degeneran en declamacion moral ó discurso académico; sino que tocadas ligeramente y unidas á los afectos del *personage que las dice*, ilustran la razon é indican al hombre el camino de la virtud.

(18) *Cuando esté ocupado en el juego.* Hamlet quisiera matar al rey; pero le detiene la consideracion de que si le quita la vida mientras está pidiendo perdon á Dios de sus pecados, podrá salvarse, y suspende el golpe para cuando, cogiéndole menos dispuesto, le procure á un tiempo la muerte y la condenacion. Este proyecto horrible es propio de un mónstruo implacable y feroz, no de un príncipe virtuoso y magnánimo. Todos los delitos de Claudio no son comparables al que premedita Hamlet.

(19) *Yo entre tanto retirado aqui.* Véase la nota primera del primer acto.

(20) *Que me mandais, Señora.* En esta escena se compensan los defectos de plan y estilo, con el grande interés de la situacion, lo animado y rápido del diálogo, la viveza de las pinturas, y la agitacion de los afectos.

(21) *Murió.* La muerte de Polonio no produce efecto trágico: semejante en esto á la de Arlequin. Aquel personage ha sido poco necesario á la fábula: no ha excitado mas afectos que el de la risa, no ha sido un malvado que deba morir, ni un hombre grande y virtuoso por quien el auditorio pueda interesarse. Disgusta, no conmueve su muerte; y la accion de Hamlet, á pesar de los motivos que le determinan, parece atropellada y brutal.

(22) *Los cabellos del Sol.* Es lástima que Hamlet se distraiga en estos floreos impertinentes: la situacion en que se halla pide vehemencia de afectos, y sobriedad de estilo.

(23) *¡Oh espiritus celestes defendedme.* Esta aparicion del muerto es inútil. Dice que viene á inflamar el ardor cuasi extinguido de Hamlet, y á fé que no tiene razon: nunca el príncipe se ha manifestado mas ardiente que en esta escena. Si hubiese venido cuando se entretenia en dar lecciones de representar á los cómicos, ya era otra cosa.

(24) *La costumbre, aquel mónstruo.* Estas refle-

xiones son justas, propias de la situacion, y dichas con la brevedad conveniente, dan expresion y movimiento al diálogo; no le ofuscan ni debilitan.

(25) *Porque soy piadoso debo ser cruel.* Quiere decir, que el amor que tuvo à su padre, le obliga à ser sanguinario y vengativo.

(26) *Aquel gato viejo.* A Letourneur se le olvidó traducir todo este pasage.

ACTO CUARTO.

(1) *Así el oro.* Como el Rey acaba su discurso con una comparacion, la Reina, que no quiere ser menos, le responde con otra. En nuestro teatro hay mucho de eso tambien. Si D. Felix se compara con el eliotropio que sigue al sol, Doña Isabel le asegura que ella es como el imán enamorado del norte: si dice D. Cárlos que su amor es único y solo, como el fénix de Arabia, Doña Leonor le replica que su constancia es el escollo combatido en vano de las tempestades y las ondas. Este prurito de discretear, volviéndose los interlocutores décima por décima, concepto por concepto, no está ya en uso. La buena crítica ha desterrado del teatro estos ornatos inoportunos y agenos de toda verisimilitud.

(2) *El cuerpo está con el Rey.* Steevens lo interpreta así: *El cuerpo está en la casa del actual Rey; pero el verdadero* (esto es, el precedente Rey) *no está con su cuerpo.* A. M. Eschenberg le parece mas natural de esta manera: *El atahud está cerca del Rey; pero el Rey no está todavia en el atahud:* que es decir: no está muerto aun como debia estarlo.

Letourneur cree que se pudiera explicar en estos términos: *El Rey no está con el cuerpo*, esto es: *Claudio no es mas que un cuerpo sin alma, no tenemos Rey, no hay un verdadero Rey dentro de su cuerpo.* Si todos los comentadores de Góngora viniesen á interpretar este pasage, no podrian disipar la obscuridad en que está envuelto.

(3) *Nosotros engordamos.* No hay dificultad en decir con Hamlet que engordamos á los demas animales para alimentarnos con ellos, y que los gusanos engordan despues comiéndonos á nosotros: tampoco es de admirar que un hombre se coma un pez que tragó á un gusano que se habia alimentado del cadaver de un Rey. Todo esto es verdadero y posible; el mal está en que no viene á cuento, en que es ocioso y ridículo, y en que un Príncipe de Dinamarca se explica en este pasage como un arriero de Sacedon.

(4) *Id, capitan.* Este es el Príncipe de Noruega, tan prometido en los dos primeros actos: no hay que esperar que este nuevo personage tome parte alguna en el enredo de la fábula; luego que haya dicho media docena de versos, se irá á Polonia, la conquistará, y volverá sin falta antes que se acabe la tragedia.

(5) *Caballero, ¿de dónde son estas tropas?* El lector notará que Hamlet habiéndose embarcado en Elsingór para ir á Inglaterra, se encuentra en el camino con un ejército de Noruega que marcha á Po-

lonia. Conviene confesar que la geografía de Shakespeare no es de las mas exactas.

(6) *Cuantos accidentes ocurren.* Aquí repite Hamlet lo que ha dicho otras veces: culpa su inaccion y hace nuevos propósitos de venganza. Las reflexiones de su discurso ó son inoportunas, ó encierran malísima doctrina. Fortimbrás, que emprende la conquista de un pais que no vale cinco ducados, y va á sacrificar veinte mil hombres por un capricho, es un frenético, y su ejemplo no debe ser imitado de ningun Príncipe justo, ni aplaudido de quien tenga sana razon. Los locos y los héroes desprecian igualmente la vida: la diferencia está en que aquellos la exponen por pequeños motivos, y estos (apreciándola en todo lo que vale), hacen de ella voluntario sacrificio cuando la necesidad de las circunstancias, su obligacion, la privada ó la comun utilidad lo exigen.

(7) *De San Valentino.* En estos versos se alude á una costumbre popular muy antigua en Inglaterra. Las muchachas solteras tenian gran cuidado de ponerse á la ventana ó salir á la calle en el primer dia de mayo al rayar el alba, y el jóven que las veia primero, aquel creian que fuese el que la fortuna las destinaba para marido ó galan.

En una comedia de Cervantes intitulada *Pedro de Urdemalas* se hace mencion de otra práctica vulgar en España, muy semejante á la que se acaba de referir. Las mozas casaderas se ponian á la ventana

en la noche de San Juan, con el cabello suelto y un pie desnudo dentro de un barreño lleno de agua, y estaban atentas á escuchar el primer nombre que dijesen en la calle, suponiendo que así debia llamarse el que habia de ser su marido. A esto aluden los siguientes versos de *Benita* en la citada comedia.

Yo por conseguir mi intento
Los cabellos doy al viento,
Y el pie izquierdo á una bacía
Llena de agua clara y fria,
Y el oido al aire atento.
Eres, noche, tan sagrada,
Que hasta la voz que en tí suena,
Dicen que viene preñada
De alguna ventura buena
A quien la escucha guardada.
Haz que mis oidos toque
Alguna que me provoque
A esperar suerte dichosa, etc.

(8) *Buenas noches.* La locura de Ofelia aunque de nada sirve á la accion principal, es un episodio que produce en la representacion admirable efecto. No se caracteriza, como la del Príncipe, con bufonadas ni chocarrerías, ni indirectas amargas: la demencia de Ofelia es verdadera; la de Hamlet mal fingida. La muerte de Polonio inopinada y cruel llena su alma sensible de afliccion, turba su entendimiento, y en cuanto hace y dice lo manifiesta. Se

va al campo, y teje guirnaldas y festones de flores y yerbas que amontona sin eleccion; con ellos se corona y adorna: vaga inquieta de una parte en otra, sin hallar en nada placer: solloza y rie, se enfada tal vez, pero á nadie ofende: pisa y trastorna cuanto halla al paso, enmudece melancólica y prorumpe despues cantando versos que aprendió en tiempo mas feliz, unos alusivos al estado de su corazon, y otros en que no se ve conexion ni objeto: á todos saluda cariñosa, con todos reparte los rústicos dones que lleva en la falda: á cada momento se distrae, habla de su padre y suspira, se acuerda de su hermano, desea verle, y cuando le ve no le conoce. Su risa, sus cantares, su furor, su alegría, sus lágrimas, su silencio, son toques felices de un gran pincel que dió á esta figura toda la expresion imaginable.

(9) *Huid, señor.* Todo lo restante de este acto está lleno de accidentes atropellados é inverisímiles. Laertes, que partió para Francia al empezarse la tragedia, está ya de vuelta en Elsingór, furioso por vengar la muerte de su padre sucedida la noche antecedente. Hecho cabeza del vulgo amotinado que le aclama Rey, combate y dispersa las guardias del palacio y entra en él seguido de sus parciales, sin que hasta ahora se haya tenido noticia alguna de que la nacion esté disgustada con el Soberano, sin que se alcance por qué el pueblo pone los ojos en un caballero particular como Laertes, que pasa

su vida en hacer viages, olvidándose del Príncipe legítimo heredero del trono, á quien ama tan ciegamente que hasta sus defectos los aplaude como virtudes. Estas inconsecuencias manifiestan que el autor se cansó poco en estudiar el plan de su tragedia; pero en aquel tiempo (exceptuando en Italia, donde ya se conocia el arte) todos los poetas dramáticos hacian lo mismo. Lope de Vega, Hardy y Shakespeare siempre escribieron de prisa.

(10) *La naturaleza.* Este concepto alambicado que se rompe de puro sutil, pudiera tener lugar en una Oda amorosa de Solis, ó en un Soneto de Villamediana; en boca de Laertes son muy inverisímiles tales expresiones:

Et ce n'est point ainsi que parle la nature.

(11) *Abajito está.* Por no dejar este pasage en blanco ha sido necesario substituir una traduccion casi arbitraria. El original dice: *Down a-down an you call him a-down-a.* Estas palabras, en que no hay sentido alguno, como tambien las anteriores de: *Ay no ni, ay ay no ni*, son estribillos usados en tiempo del autor. En nuestras comedias se hallan á cada paso intercalares semejantes: por ejemplo, en la de *Guardarse á si mismo*, cantan:

Luneta
Atalá allá de la sonsoneta.

En la de *El garrote mas bien dado.*

Yo soy tiritiritayna,
Flor de la jacarandayna.
Yo soy tiritiritina,
Flor de la jacarandina.

Esto y los estrivillos modernos de la tirana, la jota, el caballo, cúcú, holchole, chandé, trompilipitrompili, zerengue, cachirulo y otros de esta especie, ni pueden traducirse á otra lengua, ni en la nuestra significan nada.

(12) *Y ruda para vos tambien.* La ruda se llamaba en Inglaterra yerba santa del domingo, porque los curas católicos usaban de ella, mezclándola con la bebida que daban á los energúmenos cuando los exorcizaban, y esto se practicaba en los domingos. (Warburton en sus *notas á Shakespeare.*)

(13) *Un solitario.* El pájaro solitario, segun la opinion vulgar de Inglaterra, recordaba la memoria de los difuntos á quienes se habia tenido en vida mayor cariño: y cuando una de estas aves entraba en alguna casa, creian que anunciase la muerte próxima de alguno de aquella familia. (Letourneur, *notas á Shakespeare.*)

(14) *Una es que la Reina su madre.* Los astros que no se mueven sino dentro de su propia esfera, el pueblo que baña en su afecto las faltas del Príncipe, la fuente que muda los troncos en piedras, las flechas que no pueden resistir al huracan y se

vuelven al arco, son floreos calderonianos que producen el mismo delicioso aturdimiento en el vulgo de Londres que en el de Madrid.

(15) *El amor está sujeto al tiempo.* En este pasage se repiten las mismas ideas que puso el autor en boca del cómico en el acto tercero.

(16) *Por último llegareis á veros.* El medio que discurre Claudio para quitar la vida al Príncipe, es el mas arriesgado que pudo escojer: quiere hacerle morir en su palacio á vista de su madre, de sus amigos, de toda la corte, ó herido por un florete sin boton, ó emponzoñado con el ungüento del charlatan ó con la bebida que ha de prepararle. ¿Pues cómo no teme que la muerte de Hamlet producida por tales medios, descubrirá la traicion á los ojos de todos, y que no habrá nadie que no le juzgue autor ó cómplice? ¿Cómo no teme que resulten alborotos en el pueblo, ú ofendido de la alevosa muerte de su Príncipe, ó haciéndose de la parte del matador, á quien poco antes ha proclamado Rey? ¿No es de creer que en esta general conmocion Claudio será la víctima sacrificada á la venganza pública? ¿Hay circunstancia en este proyecto que no le manifieste peligroso y absurdo? ¿Es posible que un Rey malvado no halla medios mas seguros de consumar un delito de esta especie sin dilacion, sin publicidad, sin exponerse á perder en la empresa el cetro y la vida? La ausencia del Príncipe le facilita la ejecucion; ¿por qué no estorba

su venida á Elsingór? ¿Por qué no le hace morir en el camino, donde nadie lo vea ni lo sepa, y salva entonces todas las dificultades, su maldad queda oculta, y se libra de un enemigo que aborrece? Hasta ahora se ignoraba cual fuese el carácter de Laertes; pero al ver que adopta el plan propuesto por el Rey, nadie dudará que es un mal caballero sin ideas de honor ni de virtud.

(17) *Donde hallareis un sauce.* La narracion de la muerte de Ofelia es bastante breve, y aunque se omitiera el segundo periodo, en que se hace enumeracion de las flores que la adornaban, nada se perderia. En situaciones semejantes á esta no se toleran largos discursos; porque si el suceso debe excitar violentos afectos en el personage que escucha, no es natural que los reprima por dar lugar á que el nuncio lo luzca con una vana verbosidad.

(18) *Demasiada agua tienes ya.* El agua que llora Laertes nada tiene que ver con el agua en que su hermana acaba de ahogarse: por mucho que llore, no crecerá el arroyo, ni la difunta recibirá daño alguno. Tampoco tiene razon en creer que sus palabras puedan encenderse, porque las palabras no se encienden jamas, y la precaucion de apagarlas con lágrimas parece inutil. Todo cuanto dice Laertes en este pasage es afectado, falso, pueril, de pésimo gusto.

ACTO QUINTO.

(1) *Y es la que ha de sepultarse.* Las ridiculeces y chocarrerías de que esta obra está llena, las han dicho hasta ahora las personas mas principales: Hamlet, el sumiller de corps del Rey de Dinamarca, los grandes y caballeros han hecho á ratos papel de bufones. En las primeras escenas del acto quinto se presentan nuevos personages, y tales, que por lo que dicen y lo que son, apenas podrian tolerarse en la farsa mas grosera y soez. Se ve una iglesia, un cementerio, dos sepultureros cavando una sepultura, esparciendo por el teatro la tierra, las calaveras y huesos destrozados, diciéndose el uno al otro bufonadas y equívocos frios, para excitar la risa del vulgo, en medio de tanto horror. El célebre Garrick tentó una vez representar esta tragedia suprimiendo lo mas repugnante y absurdo: quitó por consiguiente los sepultureros y los huesos; pero aunque tuvo en su favor la aprobacion de los hombres de juicio, el concurso abandonaba su teatro y acudia á deleitarse con *Hamlet*, tal cual salió de las manos de Shakespeare, que se representaba al mismo tiempo en el de Covent-Garden.

El pueblo inglés gusta de horrores y bufonadas, discursos filosóficos, lenguage altísono, batallas y entierros, brujas, aparecidos, cachetes, triunfos, música, suplicios y cadáveres. Esto podrá tal vez consolar en parte la envidia de las naciones que no han producido un Bacon ni un Newton.

(2) *¿Pues qué, Adan fué caballero?* Aquí hay un juego de palabras que no puede conservarse en la traduccion. La voz inglesa *arms* significa igualmente armas y brazos. Dice el tio Socaba que Adan fué el primero que tuvo brazos, el tio Rasura lo entiende mal y replica que Adan no tuvo armas. Socaba, citándole la Escritura, insiste en que Adan no podia cavar si no hubiese tenido brazos. Los apasionados de Shakespeare hallarán poco que admirar en este pasage, el cual traducido á la letra es como se sigue:

SEPULTURERO 1°.

Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros, y cavadores, que son los que ejercen la profesion de Adan.

SEPULTURERO 2°.

¿Pues qué, Adan fué caballero?

SEPULTURERO 1°.

¡Toma! como que fué el primero que llevó armas (brazos).

SEPULTURERO 2°.

¡Qué! si nunca las tuvo.

SEPULTURERO 1°.

Vaya, tú debes de ser algun gentil.... ¿pues como entiendes aquello de la Escritura? La Escritura dice: Adan cavó: ¿y como podia cavar sin brazos? (armas) *No hay remedio. Pero voy á hacerte una pregunta, etc.*

(3) *Qué poco siente ese hombre.* Si parece extraño que los sepultureros hagan papel en una tragedia, mas lo parecerá que un Príncipe trame conversacion con ellos, sufra sus necedades y se divierta en revolver los huesos y moralizar sobre las calaveras. ¡Y qué imágenes amontona el autor! Horrendas, asquerosas, repugnantes, ridículas: ¡y qué estilo tan ageno del decoro trágico! La calavera del que pedia prestado el caballo, de la cual el señor gusano se apoderó; la del letrado que se enriqueció á fuerza de equívocos y embrollos, y no se querella aunque se ve estropeada con el azadon y llena de barro; la altercacion con el sepulturero sobre si es la sepultura suya ó no; la explicacion de lo que puede durar sin corromperse un hideputa de un curtidor; las profundas reflexiones de Hamlet sobre los dados y chitas que se hacen con los huesos de muerto; sobre que los compradores de tierras son mas brutos que las terneras y carneros; sobre si seria posible tapar un tabique hendido ó un barril de cerveza con las cenizas de César y Alejandro.....

¿puede darse cosa mas impertinente, mas necia y soez? ¡Qué desengaño para los que piensan que un poeta solo necesita ingenio!

(4) *Para que esa gente se divierta.* En el original se hace mencion de un juego antiguo que llamaban *Loggats:* las piezas con que la gente ordinaria le jugaba, solian hacerse de huesos de muertos.

(5) *Mia, señor.* La obscuridad que se nota en este pasage nace de la varia significacion del verbo *to lie*: que unas veces es *mentir* y otras *estar*. De aquí resulta en el original un equívoco ridículo que no se ha podido conservar en la traduccion.

HAMLET.

Si, yo creo que es tuya porque estás (mientes) *ahora dentro de ella.*

SEPULTURERO.

Vos estais (mentís) *fuera de ella, y por eso no es vuestra: por lo que hace á mi, yo no estoy* (no miento) *dentro de ella; pero no obstante es mia.*

HAMLET.

Tu estás (mientes) *en ella, y estando en ella, dices que es tuya; pero la sepultura es para los muertos, etc.*

(6) *¿Qué otra ceremonia falta?* A una escena de cementerio y sepultura no podia seguir otra cosa que un entierro, y veisle que viene á paso grave y tardo, con sus bayetas, su atahud, sus clérigos y

su acompañamiento detrás: en tanto que suena la campana fúnebre, á cuyo sonido el gran concurso que llena los teatros de Covent-Garden y Hay-Market enmudece atónito. Esto agrada al vulgo, y en todas las naciones le hay, y quienes adulen su ignorancia, y le aturdan sin enseñarle.

(7) *Quita esos dedos de mi cuello.* Ve aquí un Príncipe y un gran señor de Dinamarca dentro de una sepultura, pateando un cadáver, agarrándose del pescuezo y de los pelos, y dándose de puñadas el uno al otro. A la extravagancia de la presente situacion se junta la desigualdad del diálogo; humilde y grosero en boca de Laertes, cuando insulta al clérigo zafio, y en la de Hamlet, cuando habla de los cuatro mil hermanos y del gato y el perro; inflado y campanudo, cuando uno y otro empiezan á echar bravatas y hablan de las estrellas errantes, y de levantar un monte con espuertas de tierra que tueste su frente en la zona tórrida, y otras baladronadas dignas de Pyrgopolinices. Habla la Reina, y todo es diferente. ¡En qué hermosa actitud se presenta esparciendo flores sobre el cuerpo de su dulce amiga! ¡Qué triste reflexion la de que esperó adornar con ellas su tálamo nupcial, no ya su sepulcro! ¡Qué inquietud materna al ver la furia de Hamlet y su peligro! ¡Qué bellísima comparacion la de la paloma cubriendo inmóvil sus nuevas crias!

(8) *Esil.* Lago inmediato á Elsingór.

(9) *Pues sabràs, amigo.* Horacio acompañado

de los marineros fué á buscar á Hamlet, y ha vuelto con él á Elsingór; pero ni en todo el camino, ni desde que llegaron, se han acordado de hablar de una cosa tan interesante como es el saber lo que le sucedió en su viage al Príncipe, y por qué extraños accidentes se halla de nuevo en Dinamarca. El que los ve salir al principio del quinto acto, espera oir de su boca todo el suceso; pero esta esperanza le burla. Horacio no es demasiado curioso, el Príncipe se divierte con los sepultureros y los huesos, y luego sigue el entierro y los arañazos. Pudiera, no obstante, disimularse la tardanza de Hamlet, si su relacion no estuviese llena de circunstancias inverisímiles. ¿Tan poco rezelosos estaban del Príncipe los dos mensageros, tan dormilones eran, tan mal guardados tenian los despachos del Rey, que así se los dejan quitar? ¿Es verisímil que Hamlet llevara en la faltriquera el sello de su padre? ¿Es creible que Claudio no use ya de otro diferente, ó que permita que el Príncipe conserve en su poder un mueble tan peligroso? Es mucha casualidad que en el combate referido en la carta dirigida á Horacio, fuese Hamlet el único que saltara al bajel enemigo; ni lo es menor la de separarse inmediatamente las dos naves y cesar el ataque: como si el corsario no hubiese tenido otro fin que el de salvar al Príncipe. Preso Hamlet, se ignora por qué medios pudo librarse, ni cómo halló piratas tan desinteresados y compasivos. Dícese en la carta, y en esta escena se

confirma, que los dos mensageros siguieron su viage á Inglaterra: ¿para qué? ¿no saben ya que el Rey quiere deshacerse de Hamlet, y que á este fin le ha enviado en su compañía? ¡Pues á qué prosiguen el viaje que es inutil ya? ¿No era mas natural volverse atrás, seguir al corsario ó informarse á lo menos de su derrota, presentarse al Rey, y hacerle saber lo ocurrido para que determinase lo que en tal caso conviniera? El autor quiso que Hamlet volviese á ver el entierro, quiso que los otros muriesen ahorcados, y no se paró en delicadezas: así salió este episodio tan mal combinado que no hay en él la menor apariencia de verdad.

Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi.

Véase la nota 1.ª del primer acto.

(10) *En hora feliz.* Este nuevo personage es un cortesano salamero que afecta cultura y elegancia en el hablar, con poquísimo caudal de talento: asi que vierte los dos ó tres periodos que llevaba estudiados, se atasca y no sabe qué decir. La presente escena no es mas trágica que las anteriores: las voces y frases afectadas de que usa Henrique (en el original se llama Osrick), las réplicas y correcciones de Hamlet, la altercacion sobre si el tiempo es caloroso ó frio, las instancias cariñosas para que se ponga el sombrero, la burla que de él hace imitando su estilo ponderativo y crespo, son chistes có-

micos que solo tienen el defecto de no ser oportunos. Si el autor no hubiese hecho morir de mala muerte á Polonio, Ricardo y Guillermo, cualquiera de ellos hubiera desempeñado este papel sin necesidad de aumentar personages; cuyo número si es excesivo, aun cuando sea necesario, embaraza mucho la fábula. En esta hay treinta y dos interlocutores: no es fácil hacer nada bueno con tanta gente.

(11) *Sepa morir.* La voz comun de que el corazon no es traidor, carece de fundamento: despues de ocurrido un mal, se dice que lo anunciaba el corazon; pero antes de suceder no lo adivina. Los presentimientos que anuncian desgracia ó felicidad, son casi siempre vanos, y si tal vez aciertan, es casualidad no mas. La prudencia es la única luz que en tal obscuridad nos guia, y esta nos abandona á lo mejor, y nos engaña. Nuestro destino es ignorar lo que sucederá despues; y cuando nos obstinamos en penetrarlo, pasamos de la ignorancia al error. Dispóngase el ánimo á cualquier fortuna, hágase fuerte para sufrir los golpes de la adversidad, aparte de sí al temor que anuncia desdichas que no vendrán, ó si vienen, nos hace incapaces de tolerarlas; y pues vivimos bajo la mano de una Providencia irresistible, solo nuestra fortaleza hará menor el número de los males. Tal es la opinion de Hamlet.

(12) *Si estais ofendido.* Al acercarse la catástrofe, hace el autor mas amable al protagonista. Ham-

let, reconociendo el exceso que cometió, pide perdon á Laertes de haberle ofendido. Su candor y su generoso proceder hacen saltar mas la perfidia de sus enemigos que le preparan una muerte tan alevosa.

(13) *Vamos.* Habiendo visto ya la escena de la sepultura y los mogicones, no parecerá tan extravagante como lo es en efecto, el haber introducido un desafio de espada para desenlazar una tragedia. La Reina muere por una equivocacion, tomando la copa del veneno que estaba prevenido para Hamlet; y es de admirar en esto la falta de precaucion de Claudio, y el poco esfuerzo que hace para impedir que beba la Reina, á quien ciertamente no queria matar. Laertes muere tambien por otra casualidad; ni se alcanza cómo pudo verificarse naturalmente el trueque de las espadas, lo cual (como observa Johnson) mas parece un recurso de la necesidad, que un rasgo del arte.

(14) *Buscad por todas partes.* De aquí en adelante hasta la conclusion de la tragedia es natural el estilo sin ser humilde, elegante sin vicioso ornato de metáforas, comparaciones líricas, ni frases huecas y gigantescas: digno de la situacion y los personages.

(15) *Toma, acompaña á mi madre.* Ve aquí lograda por un accidente la venganza que pidió el muerto al principio del drama, la cual no se verifica sin que en ella perezca tambien el mismo á quien el cielo encargó la ejecucion. Todos los prin-

cipales personages de esta tragedia mueren, culpados é inocentes; sin que esta matanza general sirva de aumentar el efecto trágico, pues al contrario le disminuye, dividiendo el interés que deberia concertarse en uno solo. Los cuatro cadáveres que ensangrientan la escena forman un objeto horrendo, no terrible. Parece que el autor hizo la crítica de su obra, cuando dijo por boca de Fortimbrás: que tal espectáculo solo es propio de un campo de batalla.

(16) *Me atrevo á anunciar.* Este pasage está un poco obscuro. Parece que el autor quiere decir que Inglaterra como dependiente de Dinamarca, daba sus votos en la eleccion de los soberanos daneses. Hamlet insinua su deseo de que Fortimbrás le suceda en el trono, y espera que Inglaterra aprobará y confirmará tal eleccion.

(17) *¿En dónde está ese espectáculo?* Como el personage de Fortimbrás es del todo inutil, no es maravilla que esta segunda salida suya sea tan intempestiva y ociosa como la primera. La brevedad con que ha conquistado á Polonia y vuelve vencedor, es prodigiosa por cierto; pero no es menos singular que en dos ó tres dias hayan llegado á Inglaterra Ricardo y Guillermo, y ya esten los embajadores ingleses en Elsingór con la noticia del mal despacho que hallaron en Londres aquellos infelices.

FIN DEL TOMO CUARTO.

23-10-63
Bruno
F 157

BIBLIOTHEQVE
VNIVERSITE TOLOSANE

23-10-63
Bonaire
7 157

SE SUSCRIBE:

EN BARCELONA.....	Oliva, Piferrer y Gaspar.
MADRID.....	Cuesta. — Perez.
CADIZ.....	Hortal y compañia.
VALENCIA.....	Mallen y Berard. — Fauli.
SEVILLA.....	Caro Hernandez.
SANTIAGO.....	Rey Romero.
VALLADOLID.....	Roldan.
CORUÑA.....	Calvete.
MALAGA.....	Viuda Martinez de Aguilar.
ZARAGOZA.....	Polo y Monge.
PALMA DE MALLORCA.	Noguera. — Trias.

Y en los demas puntos en las principales librerias del Reino.

AVISO.

Para que la edicion de las obras de Moratin resulte con toda la brillantez posible, y en obsequio de los señores que se han suscrito y en adelante se suscribieren, se darán al fin de la obra *gratis* á los señores suscriptores, ocho láminas análogas á las cinco comedias originales, y tres traducciones del mismo autor, valiéndose al efecto los editores de los grabadores mas acreditados, para que de su parte sean las láminas dignas del público que tanto les favorece.